



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

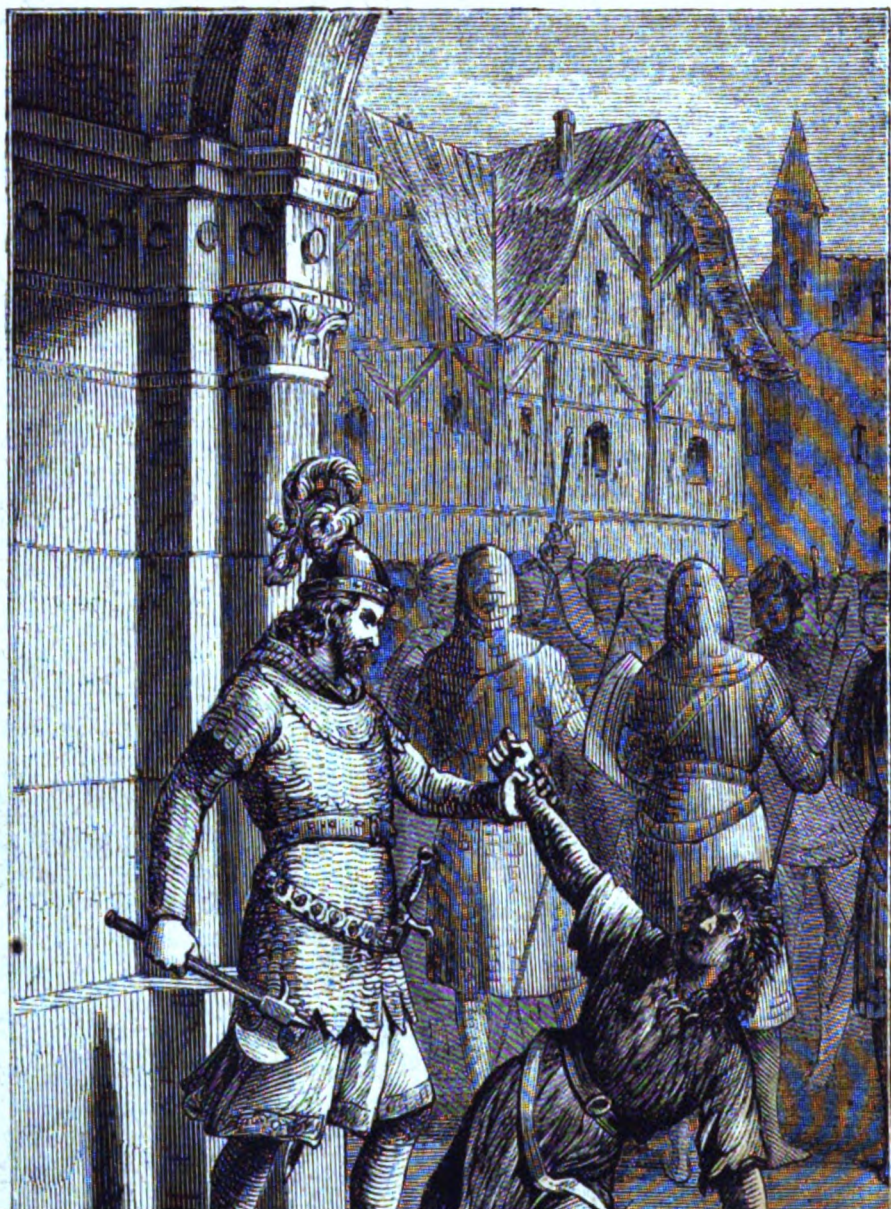
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

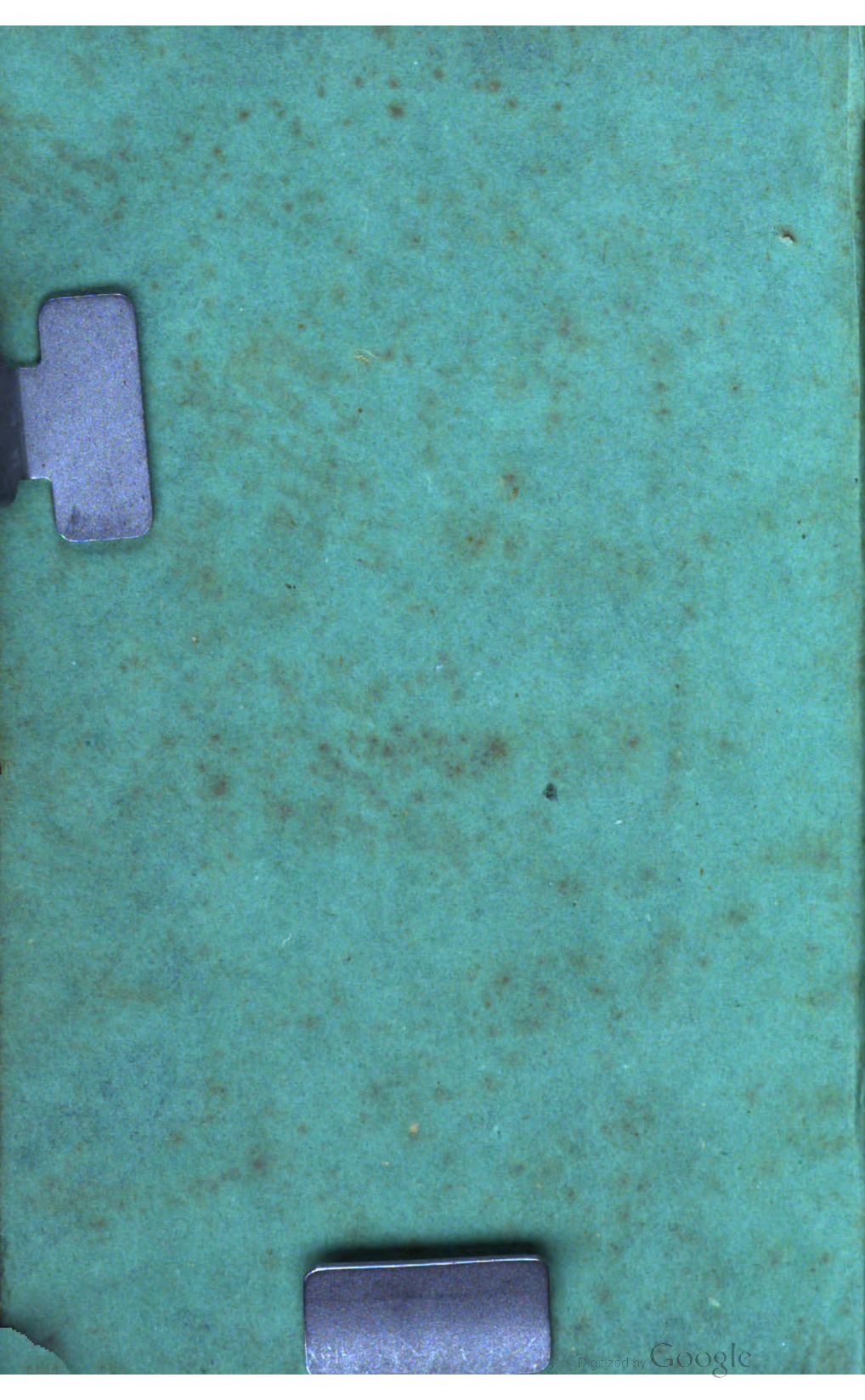
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



*Cid Rodrigo de Vivar (el
Cid Campeador)*

Manuel Fernández y González





CID RODRIGO DE VIVAR

URBANO MANINI, EDITOR



CID RODRIGO DE VIVAR

(EL CID CAMPEADOR)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

Tomo II

ADMINISTRACION:



CALLE DE RECOLETOS, N.º 7.

MADRID:—1875.



Imp. de Santos Lazé, calle de Hortaleza, 429.

Capítulo I.

De cómo el rey don Alfonso fué traído de Toledo, y en llegando conoció, no muy á gusto suyo, que para ser rey de Castilla era de todo punto necesario contar con la voluntad del Cid.

Desde el día siguiente, los de Zamora empezaron á construir el palénque cerrado donde debía sujetarse á la cuestion del duelo la prueba de la inocencia ó de la traicion de Zamora.

Entretanto hubo parlamento de la una y de la otra parte, que tenia lugar en un punto medio, entre el campo del Cid y la ciudad.

No embargante que el cerco habia sido levantado, ni los de Zamora venian al campamento, ni los del campamento iban á la ciudad, ni aun á lugar intermedio, donde los de Zamora construian en toda regla y forma el palenque ó campo cerrado.

El plazo habia sido señalado, primero de tres dias. Pero no hay plazo que no se prolongue.

La construcción del palenque, el terraplenado y el nivelado de la tela, requerían más tiempo.

Se quería dar á aquel lance toda la solemnidad posible.

Además de esto, se daban largas para que el jóven don Alfonso VI pudiera volver de Toledo y asistir al dueño.

Pero por más que el cerco hubiera sido levantado, por más que se tuviese la palabra del Cid, y en ella se fuese, las puertas de la ciudad de Zamora estaban cerradas, alzados los puentes, bajados los rastrillos.

Solo una hora por la mañana y otra hora por la tarde estaban francas cuatro puertas para que pudiesen entrar y salir los ciudadanos que no podían apartarse un momento de la ciudad, y sin un reconocimiento minucioso, y para que la ciudad se abasteciese.

Esto acontecía, porque se sabía (doña Urraca lo había declarado noblemente) que Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido, había sido el asesino del rey.

Se habían hecho en la ciudad escrupulosos registros, y no se había encontrado á Vellido Dolfos.

Por eso se ejercía una gran vigilancia en las puertas y en los muros.

Zamora quería librarse de la mancha de traición que sobre ella se había arrojado, y en su enojo, el pueblo, que no había podido encontrar á Vellido Dolfos, y que había encontrado en su casa, avergonzado, muriendo de dolor al anciano Dolfos Vellido, por el sólo delito de ser el padre del asesino, arremetió á él ciego de furor y le arrastró sin piedad.

Desde los más remotos tiempos, el arrastre de aque-

llos á quienes ha aborrecido ha sido usado por el pueblo español.

Aun en nuestros dias hemos visto con horror arrastrados por la calle.

Oyendo el Cid á la ciudad de Zamora, habia acordado al fin, sobre los tres dias concedidos y otros seis más, un plazo de quince dias para que el duelo tuviese lugar.

En dos dias Alvar Fañez, con los caballeros castellanos y el escuadron de escuderos del Cid que consigo llevaba, habia llegado á la imperial Toledo.

Alvar Fañez se encontró con que ya el rey sarraceno tenia noticia de la muerte del rey don Sancho, lo que queria decir que, no habiéndose detenido ni un momento, ni aun para descansar, Alvar Fañez y los suyos, el rey Almamun tenia cerca del campo cristiano, en el mismo campo, espías cuyos caballos corrían más.

Obsequió espléndidamente el rey Almamun á Alvar Fañez y á la gente que con él iba, y en el banquete les presentó al rey don Alfonso, que era un mancebo que apenas habia cumplido sus veinte años, y que, cogido de improviso por aquella novedad, dió las mayores muestras de dolor, y manifestó la más ardiente sed de venganza por la muerte de su hermano.

Acompañaban al rey Alfonso el conde don Pero Anzules ó don Peranzules, como vulgarmente se le llama, y los otros caballeros asturianos que le acompañaban voluntariamente en Toledo, y que habian sufrido con él aquella larga proscripcion de cinco años.

De don Alfonso, durante su estancia en Toledo, y á propósito del sobrenombre que más adelante se le dió,

del de la *mano horadada*, se cuenta la siguiente tradición.

Dicen que un día estando el rey Almamun con algunos de sus caballeros, sesteando agradablemente en la huerta del palacio, habiéndose sentado al pié de una pequeña enramada, y encareciendo Almamun lo fuerte y lo inexpugnable de la ciudad, les reveló en confianza un lugar oculto por donde únicamente podría entrarse en la ciudad.

Y como concluida esta plática, el rey y sus caballeros se levantasen y diesen vuelta á la enramada, encontraron profundamente dormido, ó al ménos en la apariencia, al otro lado de la enramada, á don Alfonso, y tan cerca del lugar donde habia estado sentado el rey Almamun, que, á no dormir el príncipe castellano, debia haber oído lo que el rey Almamun habia hablado con sus caballeros.

En este caso, ó estaba en peligro la ciudad, ó habia necesidad, si no de matar, de encerrar para siempre al jóven don Alfonso, comunicándole de tal manera que no pudiese revelar el secreto por él sorprendido, ó lo que era más óbvio y más seguro, cortarle la lengua para que no pudiese romper aquel grave secreto.

Una medida tal contra el jóven príncipe, que en todo caso era inocente, se hacia muy dura al buen rey Almamun.

Y como en el abandono de su sueño, fingido ó cierto, don Alfonso tuviese tendido el brazo derecho y su mano abierta con la palma hácia arriba, mandó el rey llevasen al momento plomo derretido y le dejasen caer sobre la mano derecha del príncipe para probar si dormia ó no.

Y se añade en este de todo punto inverosímil relato, que don Alfonso, que no dormía, que había oído sin perder palabra todo lo que había dicho Almamun, tuvo el terrible valor de aguantar el chorro de plomo derretido que le cayó en la mano, sin hacer el más ligero movimiento y continuando en su aparente sueño.

La verdad del caso es que por sus prodigalidades, por la rapidez con que el dinero pasaba por sus manos, se nombró á don Alfonso VI *el de la mano horadada*, y de aquí tomó fundamento la tradicion vulgar é increíble que hemos referido á nuestros lectores.

Estuvieron muy poco tiempo en Toledo Alvar Fañez y las gentes que le acompañaban, porque se apresuraron á volver á Castilla con su jóven rey, que Almamun les entregó graciosamente, con los caballeros que en Toledo le habian acompañado, y además con un fastuoso regalo, segun usanza de los espléndidos emires musulmanes.

Pero no soltó el rey Almamun á don Alfonso VI sin hacerle prestar dos juramentos solemnes.

Fué el primero, que él no habia abusado de la hospitalidad que le habia dado, conspirando desde Toledo contra la vida de su hermano, y que él en ningun modo, ni ninguno de los caballeros cristianos que en Toledo le acompañaban y le asistian, habian tenido parte directa ni indirecta, ni aun noticia del atentado alevoso contra la vida del rey don Sancho.

Y fué el segundo juramento más apretado aún que el primero; que en todos los dias de *su vida* no intentaria el rey don Alfonso la conquista de Toledo, ni aun siquiera el rompimiento de la amistad y alianza con el rey de Toledo.

Habia en este juramento una ambigüedad determinada por el pronombre posesivo, en que de una manera tan terrible se presta á la anfibología.

No se determinaba claramente si la frase *su vida* se referia á la vida del rey Almamun ó á la de Alfonso VI, y más adelante, cuando Alfonso VI puso, por la muerte de Almamun, contra su hijo Yago la conquista de Toledo, muchos y profundos teólogos que fueron consultados declararon que aquel *su vida* se referia á la vida de Almamun, y que, por consecuencia, muerto Almamun, el rey estaba quitado de su juramento y podia ahora ir sobre Toledo, combatirle y ganarle.

Es cosa muy fuerte el que por una cuestion de locucion se atropellen derechos, y se hagan ilusorios juramentos y palabras.

Despues de prestados los dos juramentos, las fiestas, que duraron tres dias, que soportaron no sin impaciencia el rey don Alfonso y sus caballeros, pero que fué necesario aceptar por dar gusto á Almamun, que de otro modo podia haberse negado á entregar al rey, éste y sus caballeros partieron para Zamora, llegando al campo real, que á una legua de distancia de ella se encontraba, diez dias despues de aquel en que partieron en busca del rey Alvar Fañez y los suyos.

Salió el Cid á recibir al rey á una aldea situada á dos leguas del campo real, y le hizo gran acatamiento.

Pero no le rindió pleito homenaje, ni permitió que nadie se lo rindiese, lo cual, visto por don Alfonso, que era tan irritable como su difunto hermano el rey don Sancho, le alteró mucho y le hizo decir que el Cid no era vasallo, ni quien tal lo pensó, sino un tirano in-

soportable, que lo mismo se sobreponia al rey que al reino, que hacia lo que queria, y que debia ser considerado como el verdadero rey, de cuya murmuracion real tomó no poco enojo el Cid, que se fué al rey y le dijo en pocas pero enérgicas palabras:

—Ni aunque fuéseis siete veces hijo de rey, y os hubiesen parido siete reinas, y por siete veces más derecho que el que teneis fueseis llamado á ser rey de Castilla, no lo sereis, señor, ni yo os prestaré pleito homenaje, ni ninguno de los míos, ni ninguno de estos reinos, mientras no jureis solemnemente que no habeis tenido la más mínima parte, ni con el pensamiento, en la muerte del rey vuestro hermano; y este juramento ha de prestarse allí donde se hace la consagracion de nuestros reyes, en Santa Agueda de Búrgos, y teniendo vos empuñado el cerrojo de su puerta, delante, en las manos del Obispo de Búrgos, los santos Evangelios, y en mis manos, y al pecho, la ballesta armada con la jara con el que sin ventura vuestro hermano el rey don Sancho fué muerto; y esto de Santa Agueda no ha de ser sino cuando Dios hubiere pronunciado su juicio sobre la ciudad de Zamora por medio del duelo, que de aquí á unos dias ha de tener lugar, siendo mantenedor del reto de traicion Diego Ordoñez de Lara contra los tres campeones por Zamora, hijos del noble Arias Gonzalo, y así ha de ser para que seais rey, y si no, no, ó Dios me habia llevado á mí de esta vida y no quedara otro que en mi lugar defienda la razon y la justicia.

Aguantó el varapalo el jóven don Alfonso, porque no podia hacer otra cosa.

Pero desde entonces se crió en él la saña y enemidad que muy pronto manifestó al Cid; que era el Cid

uno de aquellos hombres á quienes, segun el dicho de todos los poderosos castellanos, empezando por el rey, pero que ménos poderosos que él, era un hombre á quien no se podia sufrir, ni aun pasar con mermelada, y porque lo que el Cid decia habia de ser contra viento y marea.

Y como la gran popularidad ayudaba á su gran valor y á su grande energia, resultaba en efecto que el Cid era un extraño vasallo, que hacia, hablando en plata, lo que le daba la gana y nada más, sin cuidarse del enojo del rey ó de vasallo, de chico ó de grande.

Tuvo, pues, paciencia, como se ha dicho, Alfonso VI, y entre los suyos estuvo, ni dentro ni fuera, como rey condicional, muy acatado, sí, pero no jurado ni reconocido.

Capítulo II

— —

Del supradisimo lance en que se vió el buen Diego Ordoñez de Lara.

Como habian pasado los tres primeros plazos de tres dias, pasó el otro de quince, y apareció por fin el palenque, quitada la valla de esteras y tapices viejos y lienzo que se le habia puesto en torno para que no se le viese hasta que estuviese completamente terminado.

Esto era una parte del espectáculo que no se perdonaba.

Cuando cayó la valla, al décimo cuarto del dia del cuarto plazo, apareció no solamente un palenque magnífico, sino una especie de ciudad de madera y de hierro.

Las tiendas destinadas, la una al nuevo rey, la otra á los jueces del campo, la otra al mantenedor del reto á Zamora, y por último, la de los campeones por Zamora eran de un lujo extraordinario.

Los estrados, tanto el del rey como el de doña Urraca, como el de los jueces, como los otros destinados á las damas, estaban sobrecargados de preciosos paños, que relucían al sol de una manera que deslumbraba.

La barrera y los andamios, que eran tan extensos que cabían en ellos todos los habitantes de la ciudad y aun los de los pueblos circunvecinos, estaban tan sólidamente contruidos, que si no se hubieran deshecho, hubieran podido durar muchos años.

Habíase nombrado de antemano á los jueces, que eran tres por la parte de Zamora, y otros tres por la parte de Castilla, ó más bien por la parte de la hueste del rey don Sancho, siendo cabeza y presidente de todos ellos el Cid.

Duraba aún la murmuración entre los del campo y los de la ciudad, y tanto más cuanto que el nuevo rey don Alfonso había mostrado claramente su intención determinada de no mantener en toda su fuerza y vigor lo determinado en su testamento por su padre el señor rey don Fernando el I, y realizado por su hermano el señor rey don Sancho.

De manera que no había esperanza ni para el cegado y prisionero don García, ni para las infantas doña Urraca y doña Elvira.

Ignorábase aún si doña Urraca, que guardaba la mayor reserva, y permanecía encerrada y aun incommunicada en el alcázar, renunciaría su derecho en beneficio de su hermano don Alfonso, ó le mantendría contra él, como lo había mantenido contra su hermano don Sancho.

Todo esto suponiendo que la ciudad de Zamora fuese declarada libre y sin mancha de la acusación de

traicion que Diego Ordoñez de Lara habia lanzado contra ella.

Los zamoranos estaban resueltos á continuar defendiendo á doña Urraca hasta morir, salvo el caso en que Dios decidiese por la prueba del duelo que Zamora habia dado en traicion y alevosía y ensañamiento contra el rey don Sancho, á quién se consideraba, á pesar de todo, como rey que habia sido y señor natural de la ciudad de Zamora, no embargante la nueva declaracion de reino contra la cual prevalecia la costumbre.

Tres dias antes del cumplimiento del plazo se pregonó un dia á clarin el reto de Diego Ordoñez de Lara contra la ciudad, y á son de clarin se pregonó tambien la contestacion de los mantenedores de la inocencia de Zamora.

Al fin llegó el dia solemne, el dia terrible.

Desde una hora despues de la salida del sol apareció el palenque orlado por el inmenso gentío que llenava sus estrados, gradas y andamios, y que desde antes del amanecer habia acudido.

Ni el ejército zamorano se habia movido de la ciudad, cuyas puertas y muros guardaban, ni un solo soldado del rey se habia venido del campo, ni más personas que las que debian asistir como jueces ó como servidores del campo, y cuatro escuadrones de lanzas gruesas que, para asegurar el campo cerrado, habian ido por parte del rey de Castilla.

Otros tantos jueces, otros tantos servidores del palenque, y otros cuatro escuadrones de lanzas, tambien para asegurar el campo, habian ido por parte de Zamora.

Todos los nobles burgueses, plebeyos ó villanos de

la ciudad, chicos y grandes, jóvenes y viejos, habían acudido, y el que no iba completamente de luto, como en duelo, por la infamia que sobre la ciudad hacía pesar la acusación de Diego Ordoñez, llevaba á un tiempo su dolor y su quebranto, y el cuidado en que todos estaban por lo que pudiese resultar del juicio de Dios.

Podía decirse que no había ninguno de los concurrentes al duelo al que no hubiese correspondido, aunque no fuese más que una parte mínima, algo del gasto hecho para levantar aquel ostentoso palenque, que para ello el concejo de la ciudad, en junta de regidores, había ordenado un prédio ó derrama por cabeza de cada habitante, más á menos fuerte, según la fortuna de cada uno.

Nunca se ha dado un duelo más grave ni más solemne.

No habiendo podido conservar el Cid el cadáver del rey, porque había empezado á descomponerse muy pronto, y entonces no se conocían los embalsamamientos, á lo ménos en Castilla, que entre los árabes y en Oriente eran inmemoriales, había conservado las ropas ensangrentadas de don Sancho IV, lo que hoy se llamaría cuerpo de convicción, y que como se presentan hoy en el jurado, entonces estaban expuestos en un gran paño blanco pieza por pieza, en un plano inclinado al pié del estrado de los jueces.

El aspecto de aquellos cuerpos de convicción era fatídico, y ensombrecía el palenque, y hasta parecía que daba algo de lúgubre á aquel hermosísimo y despejado día de invierno, con un cielo trasparente y azul brillante.

Apenas el sol había salido, cuando se oyó lo que

podía llamarse un largo gemido de atambores, atabales, atabalejos, ataquebiras, trompetas, clarines, añfiles y dulzainas, todos estos instrumentos destemplados, tañendo en un apagado, brève, lúgubre, pavoroso sonido, que no parecía sino que con aquel toque se evocaba de sus tumbas á las generaciones muertas para que asistiesen á aquel tremendo juicio de Dios.

Acabada aquella larga y medrosa música, sonó un solo clarin vibrante y terrible, voz de guerra que llenó conmovedora el espacio con su clamor poderoso, y abierta la poterna del lado de los jueces, salieron los reyes de armas de Castilla á caballo, con sus mazas de armas al hombro, llevando sobre sus dalmáticas una cota de armas blanca, en señal de duelo, que el blanco, ya lo hemos dicho en otro lugar, era el color de duelo en aquellos tiempos.

Las mismas divisas de luto llevaban sobre sus cotas de armas los farautes, los oficiales, heraldos, y así mismo un escuadroncillo que venía de escolta.

Este escuadroncillo llevaba igualmente de luto las banderolas de sus lanzas.

En medio de los farautes y de los oficiales de armas, todos á caballo, iba en un asno el pregonero real privado, que como la acusacion era de infamia, no podía ser gritada por un noble rey de armas.

Detrás del pregonero iba en otro asno un hombre completamente vestido de rojo, con un gran cuchillo á la cintura, sujeto en una cuerda, á propósito para ahorcar, que de ceñidor le servía.

Este hombre era el verdugo real privado, maestro ejecutor de altas obras por Castilla, y en nombre del

rey, preboste, segun otra de sus denominaciones de justicia del ejército castellano.

Y asimismo de rojo vestido, y en un asno montado, iba un criado ó lugarteniente.

La presencia fatidica de estos personajes entre la escolta, manifestaba cierto, claro, que los campeones por la ciudad debian ser degollados por el verdugo como traidores, y en representacion de Zamora, dado caso que fuesen vencidos, y ya quedasen vivos ó muertos.

Despues sus cabezas debian ser puestas en las altas escarpas con sus correspondientes garfios, que aparecian clavados en la arena, á alguna distancia del estrado de los jueces.

Toda esta extraña y tremenda comitiva, acompañada por la música lúgubre que volvió á oírse de nuevo opaca y sombría, avanzó solèmnemente á cada uno de los cuatro puntos de la tela, que correspondian en medio, el uno, del estrado real y del estrado de doña Urraca; el otro, á la tienda del mantenedor del reto; el otro, al estrado de los jueces; por último, el otro, á la tienda de los mantenedores de la inocencia de Zamora.

El pregon relataba la muerte del rey en breves palabras, el reto de Diego Ordoñez á los zamoranos, y la contestacion del reto por los mantenedores.

Despues de esto se dió otro pregon en los mismos sitios, amenazando de muerte á todo aquel que por señal, palabra ú obra, avisase, favoreciese ó hiciese algo en pró ó en contra de los combatientes.

Despues de esto, y tocando siempre la música fatidica, todo aquel cortejo desapareció por la poterna que se abria bajo el estrado de los jueces del campo, cabal-

mente bajo el paño enlutado sobre el que se ostentaban las ensangrentadas ropas del rey don Sancho.

Despejada ya la arena, bajó el Cid con los jueces de Castilla y de Zamora, armados todos de sendos bastones, y por acá y por allá fueron con estos bastones golpeando la arena y removiéndola para que todo el mundo viese que el terreno era igualmente firme por todas partes, sin trampa ni celada.

Midieron luego con los mismos bastones la tela, lo que en términos técnicos de aquellos tiempos se llamaba partir el sol los caballeros, y determinaron los puntos en que los contendientes debían colocarse para desde allí arrancar el uno contra el otro al toque de arremetida.

Examinaron luego las armaduras de los caballeros, los paramentos de los caballos, midieron sus espadas, pesaron sus hachas de armas, y examinaron los hieros de las lanzas y las midieron.

Después de esto, llamaron ante sí al retador y á los campeones.

Los tomaron juramento de que no usarían de amuletos ni de maleficios, ni de otras malas artes, entre las que se contaba consorcio con el diablo ó vendimiento del alma al mismo señor por obtener ventajas y beneficios sobre la tierra.

Llenada esta última ceremonia y formalidad preventiva del duelo, el retador y los campeones se retiraron á sus tiendas, y se reunieron con los sacerdotes que allí les esperaban, y comulgaron y ratificaron su testamento, después de lo cual, y como por la cuestión de la Eucaristía, desde las doce de la noche no habían comido bocado ni bebido trago, y no era cosa cómoda ni

prudente entrar en batalla con la tripa vacía, dando ocasion á vértigos y desvanecimientos; el retador y los mantenedores, cada cual en su tienda, servidos por sus respectivos padrinos, almorzaron sobriamente, que si ño era bien entrar con debilidad en el combate, tampoco era prudente envasarse y dificultarse con un letargo.

Estos almuerzos se habian hecho en público, porque las tiendas estaban muy abiertas y daban sobre la tela, como habian tenido tambien en público lugar la augusta ceremonia de la Eucaristía.

Concluido que fué el almuerzo, y servidos que fueron por pajes los aguamaniles, los cuatro caballeros fueron armados por sus escuderos, tambien á la vista de todo el mundo, cabalgaron frente á sus respectivas poternas Diego Ordoñez de Lara y el menor de los hijos de Arias Gonzalo, que por la menor edad empezaba el honor del combate, y avisados los jueces de que los combatientes estaban prontos, sonaron todos los instrumentos, no ya en son lúgubre y lastimero, sino en un alto alarido de guerra.

Y pedida antes la vénia al rey y á la infanta ó reina de Zamora, dieron la señal de que se abria el palenque á los caballeros.

Y, en efecto, se abrieron las poternas correspondientes al retador y al primer mantenedor.

Llevaban las riendas del caballo de cada uno sus dos padrinos, lujosamente vestidos.

Sus escuderos llevaban, el uno á la izquierda su escudo, el otro á la derecha su lanza, y seguia una tropa de pajes de lanzas, cada cual con una lanza al hombro para servirla á su señor cuando fuese necesario.

Ya los oficiales de armas de los jueces esperaban á los caballeros en los puntos determinados para que se situasen.

Y una vez situados, un solo toque de clarin ordenó que padrinos, escuderos y pajes se hiciesen á un lado.

Sirvieron los escuderos escudos y lanzas á sus respectivos señores, y éstos quedaron solos en el lugar en que se les habia colocado.

Sonó un segundo toque de clarin.

Los caballeros se adargaron, se previnieron y tendieron sus lanzas.

Y no calaron sus viseras, como se hizo tiempo adelante, porque entonces no se usaban viseras.

Una vez prevenidos los caballeros, el Cid, á quien correspondia la voz de mando, comò cabeza de los jueces del campo, dictó la órden al réy de armas frontero, que gritó con voz llena y estentórea:

—En el nombre de Dios y por su santo juicio, partid, caballeros, y cumplir con vuestro deber.

Apenas pronunciadas estas palabras, los instrumentos rompieron clamorosamente, dando la señal de arremetida.

Podia decirse que estaban en suspenso todos los corazones de los circunstantes.

Habia llegado el momento terrible.

Iba á probarse la inocencia ó la culpabilidad de Zamora.

Pero aconteció algo que nadie habia podido pensar, algo que manifestó muy pronto, y de una manera extraordinariamente benigna, aunque con gran despecho del bravo y terrible Diego Ordoñez de Lara, el juicio y la voluntad de Dios.

Porque en el momento de arremeter, y cuando sus dos acicates habian rasgado los ijares de su corcel, éste se encabritó, votó, resistió el freno, le mordió, partió descompuesto, rompió por contenerle las riendas Diego Ordoñez, y el caballo, recorriendo el palenque, con asombro de todos, se fué á saltar la barrera por la porterna de la tienda de los mantenedores de Zamora, y entre ellos puso á Diego Ordoñez de Lara, que estaba á punto de desvanecerse de cólera.

—¡Hé aquí el juicio de Dios, el juicio de Dios!—gritaron, al par que los jueces, las treinta mil bocas de la muchedumbre.—Zamora es inocente.

Y pasó como un largo gemido por toda aquella multitud.

Habia entre las leyes del duelo una ley que determinaba que, cualquiera de los contendientes que se saliera del campo ó del terreno prefijado, ya por cobarde, fuga, ya por cualquier accidente independiente de su voluntad, fuese declarado vencido.

¿Quién podrá decir lo que pasó por el terrible Diego Ordoñez de Lara, cuando, contra su voluntad y su propósito, y por un accidente puramente casual, por la rebeldía de su caballo, se vió sacado del campo y declarado, con arreglo á las leyes del duelo, vencido, y por consecuencia felon y calumniador, y sujeto á ser preso y castigado.

Porque no habia medio: el juicio de Dios lo habia dicho.

El al retar de traicion y regicidio á Zamora, habia mentido.

Habia calumniado á la ciudad, habia incurrido en una fea mancha, y estaba sujeto á terribles penas.

Alegaba Diego Ordoñez que él no habia dejado el palenque; que su caballo le habia arrastrado; que le habia sido imposible dominarle; que, en fin, á él no podia castigársele en justicia, porque él no habia cometido delito alguno porque mereciese castigo, y que harto enojado y sentenciado se encontraba por no haber podido contener á su caballo, viéndose de esta manera imposibilitado de castigar á aquellos á quienes habia retado.

Pero decia el severísimo Cid, que siempre estaba en su punto, que Dios era muy dueño de manifestar su juicio de la manera que mejor le placiese, y que puesto que las leyes del duelo determinaban que el que se saliese del campo cerrado, ya fuese por voluntad ó por accidente, se tuviese por vencido, claro estaba que vencido era, porque así lo habia querido la voluntad de Dios.

Y no habia medio.

Y habia que prender á Diego Ordoñez de Lara, exhonorarle de la esclarecida Orden de la caballería, reducirle á un villano punible de muerte, cortarle la lengua con que habia mentido, y ahogarle despues por la garganta hasta que muriese, cosa, como se ve, clarísima en el hecho, aparte de la infamia que traian sobre el clarísimo linaje de los Laras, de quien Diego Ordoñez habia sido hasta entonces un alentado y heroico representante.

Recia cosa debió de parecerle á Diego Ordoñez la que se le venia encima, y no ménos recia pareció al Cid y á los jueces, y á los mismos ciudadanos de Zamora, que reunidos en asamblea, se echaron á buscar un medio para sacar de aquel aprieto al bueno de Diego

Ordoñez, á quien ya se habia preso, aunque no cargado de cadenas por consideracion á su valia.

Pero se le tenia con guardas de vista, y en la situacion más séria y comprometida del mundo, y por la cual Diego Ordoñez votaba y juraba, y no habia quien le oyese, y protestaba, y decia que aquello no habia de ser, ni podia ser, mal que le pesase al bellaco que habia ordenado y promulgado aquella ley sin concebirla, bárbara y estúpida á que se le sujetaba.

Pero eran las suyas ceces en desierto.

Los guardas estaban apercebidos para que no se les escapase, cosa que sea dicha de paso, no hubiera hecho Diego Ordoñez, y el Cid de la una parte por los caballeros del rey, y Arias Gonzalo por los ciudadanos de Zamora, y doña Urraca, que al fin y al cabo tenia entrañas de mujer, y todos los que podian intervenir, andaban buscando medio para salvar á Diego Ordoñez de Lara, dejándole en el alto y envidiable lugar que habia sabido conquistarse por sus hechos.

Pero el medio no se encontraba.

La ley era expresa y terminante, y no admitia interpretacion de ningun género.

El juicio de Dios se habia declarado contra Diego Ordoñez.

Esta declaracion se habia hecho solemnemente.

Zamora estaba absuelta de traicion.

Diego Ordoñez habia mentido, habia calumniado, habia intentado la ruina de toda una ciudad.

Por consecuencia, la execracion, la mutilacion de la lengua y el ahorcamiento eran irremediables, á no ser que se diere en meritoria injusticia, cosa que no podia ser en asuntos en que interviniese el Cid, Ruy Diaz, ni

aun en aquellos de que él tuviese noticia y estuviesen al alcance de su mano, aunque en ellos no tuviese intervencion, y solo por aquello de que las leyes de la caballería obligaban á sostener la accion de la justicia donde quiera que se encontrase, y aun con los menores elementos de defensa que tuviese.

Y como al Cid le dolia muy mucho la desgracia en que Diego Ordoñez de Lara se encontraba, todo era maquinaciones é ir y venir consigo mismo, buscando salida.

Y del un letrado á quien consultaba, se iba á consultar al otro, sin que á ninguno se le pusiese por delante de las narices una callejuela por la cual se pudiese salir de aquel aprieto.

Al fin un viejo marino, hombre ducho y antiguo en el terreno jurídico, declaró que habia un camino ancho y expedito, una via real por donde salir de aquel apuro.

Y este era el indulto del rey, seguido de la rehabilitacion, en favor de Diego Ordoñez.

Pero era el caso que no habia rey.

Porque aunque lo habia, el rey, que lo era don Alfonso VI, estaba en Toledo, se habia enviado por él al conde don Pero Anzures, y cuando más, cuando más, don Alfonso debia estar en camino, si era que el rey Almamun de Toledo, ó Alimamun, como dicen nuestros viejos romances, no le habia detenido en su córte á pretesto de plácemes, enhorabuenas y pleitos.

De modo que lo que el marino habia encontrado era como si no hubiese encontrado nada, porque decian las leyes del duelo que se referian al caso en que Diego Ordoñez se encontraba, que una vez declarada la felonía del caballero retador, el castigo sobreviniese

inmediatamente sin otra intermediacion de tiempo que la necesaria para que el conveñido de delito de muerte pudiese hacer testamento y ponerse bien con Dios, y confesarse y comulgarse, despues de lo cual debia ser ejecutado.

Doña Urraca, que era una señora expectativa y enérgica, mientras se debatian estas cosas, extraordinariamente interesada por Diego Ordoñez de Lara, habia enviado uno de los íntimos de su casa, en el cual tenia una gran confianza, á promover un motin en la ciudad, en cuyo motin debia pedirse gracia para Diego Ordoñez, y otrosí, que los amotinados debian entrecoger al verdugo y darle una paliza, y obligarle á huir y á esconderse en lugar donde no pudiese ser habido, por temor de ser muerto; y otrosí, lo mismo debia de hacerse con el criado del verdugo y con el pregonero, su lugarteniente; de manera que en algunos dias no hubiese quien pudiese ni cortar la lengua ni ahorcar al desventurado caballero, en cuyo término podian enviarse prohombres de confianza á Toledo que allí vieses al rey, ó que le encontrasen por el camino y le notificasen lo que acontecia, y á escape y sin perder instante, volviesen con las reales cartas de gracia.

Y otrosí, además mandó doña Urraca que los amotinados quemasen la horca, que en las casas del concejo se guardaba, para añadir un impedimento más á la ejecucion.

Por otra parte, el Cid y los principales caballeros andaban revueltos con los teólogos y con los juristas buscando tambien largas.

Y decian los teólogos, empezando por el obispo de Zamora, que era muy entendido, que tales y tales pe-

cados podia haber cometido un hombre ya granado como Diego Ordoñez, y de tan larga fecha algunos de ellos, que bien se necesitasen tres meses para hacer exámen de conciencia.

Y se les ocurría tambien á los juristas que, con redactar y ordenar un testamento, podia muy bien invertirse quince días.

Pero el Cid saltaba con que aquello era apelar á subterfugios á los cuales él no podia dar su asentimiento, negándose redondamente á ello, y diciendo que en casos apretados, y que siempre era apretado el caso de cumplir la justicia, un testamento se hacia en dos palabras.

En cuanto á lo de Dios, con rezar de una manera contrita la confesion general se estaba fuera del paso, y que él no habia de otorgar más de tres horas, así lo sacatesen, para que Diego Ordoñez hiciese sus preparativos.

Saltaba el abogado de Diego Ordoñez apelando.

Irritábase el Cid y decia que, como le fuese en mucho á la mano los letrados en quererle hacer faltar á su obligacion con artimañas, habia de hacer en ellos un escarmiento.

Intercedia el obispo, y le decia el Cid que su mere el obispo no tenia nada que ver en aquello.

Metian su cuarto á espadas los caballeros y principales de Zamora, y el Cid los conminaba, y los amenazaba y los metia en un puño.

Y esto que el buen Rodrigo Diaz de Vivar estaba que se ahogaba.

Porque á más de ser Diego Ordoñez de Lara algo pariente suyo, tenía en grande estima por lo gran caballero que era el sentenciado.

Llegaron entonces á decir al Cid que el popular de Zamora se habia amotinado y se habia ido á meterle mano al verdugo, y que este, escapándose por una guarda y saltando en limpio callejuelas, por los tejados habia ido á refugiarse nada ménos que á la torre de la catedral y á la parte más alta de su campanario y allí, armado de una tranca, en la salida de una estrechísima escalera, aparecia de tal modo decidido á defenderse, que no habia cristiano que se atreviese á asomar por el caracol la cabeza.

Porque el tio Colmillo, que antes se llamaba el verdugo jurado de la muy noble y muy leal de Zamora, era un hombre feroz que no se andaba con chiquitas.

Envió el Cid una orden al buen Garcés, alcaide de sus escuderos, con veinticinco ó treinta de estos, para que á zurriagazos apagasen el motin, librasen al verdugo y le pusiesen en seguridad, conservándole en actitud de ejercitar su terrible oficio.

Las circunstancias no podian ser más críticas para el pobre Diego Ordoñez de Lara.

La terrible energía del Cid, y su celo porque se cumpliese la justicia, estrechaban ya con el dogal la garganta del pobre caballero, al que se dió el irremisible plazo de tres horas para que hiciese todos sus preparativos, notificado lo cual á Diego Ordoñez, contestó que él no reconocia razon ni justicia que le hiciese confesarse lo que él no podia ser, traidor y felon, y que no tenia necesidad de prepararse para nada, ni habian de ahorcarle, sino por lo ménos, que maguer se encontrase sin armas, á puñetazos, á bocados y á coces habia de defenderse de los que fuesen á apoderarse de su persona, hasta que le matasen; por cuya contestacion, ir-

ritado el Cid, fuese á la tienda donde Diego Ordoñez de Lara estaba, rodeado por ocho escuderos armados hasta los dientes, y dijóle:

- —Diego Ordoñez, nadie más que yo siente lo que os sucede; pero puesto que Dios, que no puede engañarse, por una patente manifestacion de su juicio, os ha declarado traidor y felon, y embustero y maldiciente, las penas de estos delitos habeis de sufrir, mal que os pese; y en cuanto á lo de que os defendereis á puñetazos, á bocados y á coces, de que os agarren y os aten, y como á rebelde al ejecutor de la justicia os entreguen, vive Dios que á vos arremeto y os prendo, y os imposibilito, y la justicia se cumple, que donde yo estoy no há de haber rebelde que con la suya se salga.

A lo que Diego Ordoñez contestó:

—Libreme Dios de que yo contra vos me vuelva, ni de vos me resisto, que ni quiero, ni debo, ni puedo hacerlo; ni que sea visto por esta mi declaracion que yo tema ni deba; que vive Dios, que esto no es más que de respeto mio á un tan gran caballero como vos, y puesto que vos decís que es justo que me corten la cabeza y me maltraten y me ahorquen, á lo que vos determineis me someto; y aunque bien pudiera por ante Dios emplazaros, ni aun esto contra vos quiero hacer, por el mucho cariño y respeto que siempre os tuve y os tengo y os tendré mientras aliente.

Apretósele el corazon al Cid y se dió á los diablos para sus adentros.

Pero no aflojó en su severidad y convenció á Diego Ordoñez para que testase y con Dios cumpliese, y nada hiciese por dilatar aquel plazo de tres horas que se le concedia.

A todo esto, los andamios, las graderías, y los estrados del palenque no se habian despojado, por aquello de que el espectáculo no habia concluido, porque ya que se habian defraudado las esperanzas de todo el mundo de ver romperse el alma á aquellos caballeros, habia que aprovechar el espectáculo de la mutiacion y del ahorcamiento.

Y como la multitud es impaciente, habia grandes rumores por que se dilataba demasiado lo que todos ansiaban ver, aunque todos en su interior se compadeciesen de la terrible situacion en que se encontraba Diego Ordoñez de Lara, que la compasion nada tiene que ver con la curiosidad, y se puede muy bien gozar, ó más bien, presenciar el punzante espectáculo de un hombre ahorcado, sin dejar por esto de interesarse por él.

No habia salvacion en lo humano.

El Cid se habia sobrepuesto á todo.

Lo dominaba todo.

Diego Ordoñez, que era un hombre bravo, un caballero sin miedo ni tacha, se apresuraba á llenar aquellas últimas formalidades, aquellos últimos deberes que le correspondian.

Así es, que no á las tres horas, sino apenas trascurrida una, dijo que estaba dispuesto y que podian acabar con él cuanto antes mejor.

Pero era el caso, que aun no se habia acabado de armar en el centro del palenque la horca, y Diego Ordoñez tuvo que esperar una hora más entregado á las exortaciones y á los consuelos de los caritativos agonizantes que le asistian.

Al fin to lo estuvo dispuesto, y el sentenciado, des-

pues de dados los pregones que la ley mandaba, salió de la tienda rodeado de los frailes, seguido por el verdugo y guardado por hombres de armas.

Y así en esta guisa, se encaminó al estrado de los jueces, donde el Cid, que era el mayor caballero que allí se encontraba, el de más preeminencias y más autoridad, debía exhonorarle de la orden de caballería, y asimismo de su nobleza, para entregarle como villano y mal nacido y traidor al brazo seglar de la justicia.

Llegó el momento terrible.

Al decir el Cid á Diego Ordoñez que se arrodillase, se vió que el Cid palidecia, que pasaba por sus ojos algo extraño, que vacilaba y se veía obligado á hacer poderosos esfuerzos para no caer.

Tal impresión habia causado en su alma generosa el durísimo deber que se veía obligado á cumplir.

—¡Gracia, gracia!—sonó por todas partes.

La multitud se habia, en fin, conmovido, y amparaba á Diego Ordoñez, ó más bien, pretendia ampararle.

A lo que el Cid contestó con vos ronca:

—No soy yo quien puede hacer gracia. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Capítulo III.

De como llegó á tiempo para Diego de Lara el señor rey don
Alfonso VI.

Iba á cumplirse lo que más temia y más terrible que la muerte era para Diego Ordoñez de Lara, la oshonerracion.

El Cid habia vacilado un momento.

Pero se habia repuesto.

Ante él aparecia de rodillas Diego Ordoñez con la cabeza inclinada y humilde, y resignado á todo como valiente caballero y como buen cristiano, y allá en el fondo de su alma decíase que sin duda Dios le castigaba por algun grave pecado que habia cometido.

Pero él no se daba cuenta; él no recordaba cual hubiese sido este pecado, porque él siempre habia cumplido extrictamente sus deberes de caballero, y solo se le ocurría que alguna vez hubiese sido cruel con los moros vencidos sobre el campo de batalla.

Pero como aquellos eran tiempos de fé, y de fé ciega,

Diego Ordoñez habia llegado al fin al convencimiento de que Dios le castigaba con justicia, por más que él no podia dar con la causa del castigo.

Iba á pronunciar el Cid las terribles palabras de la exoneracion, cuando de improviso, de allá de una alta colina que por el lado opuesto á la ciudad dominaba el palenque, se oyó un gran estruendo de alegre y marcial trompetería, y se vieron asomar por la cumbre; por un camino que la cumbre montaba, muchos ginetes cubiertos de lucientes arneses, sobre cuyas largas lanzas ondeaba un gran estandarte rojo bordado de oro, que no era otro que el estandarte real de Castilla, que el conde Pero Anzures habia llevado á Toledo para buscar en nombre del reino al infante don Alfonso, ya rey, por la muerte de su hermano don Sancho IV.

Apercibióse la muchedumbre, atraída por el clamor de las trompetas, y por el estandarte real, y empezó á gritar con voces desmesuradas:

—¡El rey, el rey!

Y como el Cid volviese el rostro y viese tambien el egregio estandarte sobre los hombres de armas que á media rienda se acercaban, dijo volviéndose á Diego Ordoñez:

—Alzaos y esperemos, y Dios quiera que Dios en su juicio pronuncie su última palabra, y que esta os sea favorable, mi buen Diego Ordoñez.

Y tras esto, y haber mandado se mantuviese con seguridad al preso, el Cid pidió á grandes voces un caballo, y en él saltó, y acompañado de muchos caballeros que habian cabalgado tambien, allá se fué al encuentro del escuadron que venia, llevando al viento su estandarte verde.

Y aconteció que cuando los que venian vieron aquella tropa de armados, sobre la cual ondeaba el estandarte del Cid, un jóven caballero, seguido de un caballero ya de edad provecta, y de algunos otros, salió de entre el escuadron real y arrancó á rienda suelta, llegando á encontrarse á poco con el Cid.

—¡ Ah, por el año de mi abuelo!—exclamó don Rodrigo,—que sois vos, señor infante don Alfonso, y cuanto de ello me huelgo, que yo me temia os tuviésemos que arrancar á lanzadas de entre las manos del rey de Toledo.

—Creo que me habeis llamado infante, don Rodrigo,—dijo don Alfonso, que era un punto ménos soberbio que lo que lo habia sido su hermano don Sancho IV, y no ménos violento que él,—y por mi honra que yo me creo tan rey como lo han sido los señores reyes mis predecesores.

—Pues por rey no he de teneros yo,—contestó reposadamente don Rodrigo, que si tenia cólera no la mostraba jamás,—mientras que vos, señor, no jureis que ninguna parte habeis tenido, ni aun con el pensamiento, ni aun con el deseo más recóndito, en la desastrosa muerte del rey vuestro hermano.

—¿Y quién sois vos,—exclamó completamente demudado el jóven príncipe,—para pedirme un tal juramento tan denigrante y ofensivo á mi persona?

—Yo soy,—contestó el Cid siempre tranquilo,—cuanto basta para que no seais rey sino jurais. Y conste, señor, y esto no lo digo por disculparme, que nunca se tomó á culpa el cumplimiento de una obligacion, que yo creo bien que vos sois inocente y digno, señor, de ser nuestro rey, y que nuestro rey sereis; que vos

otorgareis el juramento que en nombre del reino yo os pido y os pediré, porque así debéis hacerlo para evitar maledicciones de enemigos que se atreverían á suponer que vos desde Toledo y por el ánsia de ser rey, y ayudado por el rey moro, habiais armado la traidora ballesta de que partió la jara que mató á vuestro hermano.

—Yo juro...—exclamó instintivamente don Alfonso.

Y el Cid le interrumpió, diciéndole:

—No jureis, señor, que este no es el lugar, ni la hora, ni en las formalidades estamos en que se ha de hacer el solemne juramento que habeis de prestar, sino en la puerta de Santa Gadea de Búrgos, donde han jurado vuestros predecesores, asido al cerrojo de su puerta, ante la ballesta armada con que se mató á vuestro hermano y á la misma hora en que se cometió el delito, y esto ha de ser muy pronto, que Castilla no puede estar huérfana de rey por mucho tiempo.

—Os repito,—contestó el tenaz jóven,—que si yo juro será porque quiera y como quiera y donde quiera, y no porque vos me lo mandeis, ni donde queráis y como queráis, que ya me habian dicho á mí que erais soberbio y que decís que aquí los reyes han de hacer lo que mandeis, y si no, no.

—Perro traidor y judío debe ser quien tal habló,—contestó el Cid siempre inalterable y sin mirar siquiera al conde leonés don Pero Anzures, á quien al decir aquellas palabras tenia en el santo de la memoria,—que no es ser soberbio ser digno de mi cualidad de rico-hombre castellano, mayordomo de la casa del rey y su lugar-teniente. Y ya veremos si, mandándolo yo ó no os lo mande, juráis ó no juráis, y allá lo vereis vos,

y á las consecuencias de lo que hiciéreis os atendreis; y más no se hable de esto; señor, ni por lo que se ha hablado vuestra señoría dude del mucho amor y lealtad que le tengo y de la alegría con que le veo en esta su pátria y la nuestra, y llamado á ser uno de los más grandes reyes conque se han honrado Castilla; y vamos, señor, que ya el popular impaciente á nosotros se viene, y aclamándoos se adelanta.

En efecto, venian todos.

El palenque se habia quedado desierto.

Doña Urraca, cabalgando en un palafren, avanzaba acompañada de sus damas, de sus caballeros y de sus guardas, y todos los otros caballeros mesnaderos é hidalgos de Zamora acudian, y asimismo los ciudadanos y los plebeyos.

Habiánse quedado solos en el palenque los guardas.

Y aun los mismos que á Diego Ordoñez retenian, con él habian avanzado, ansiosos por presentar el preso al rey, en la seguridad de que en cuanto el rey supiese lo que habia acontecido, absolveria de toda pena al buen don Diego Ordoñez.

Y no eran los que ménos prisa se daban por llegar al rey é informarle de lo que habia acontecido, los tres hijos de Arias Gonzalo, los mismos que habian respondido por Zamora al reto de Diego Ordoñez.

Todo era allí noble y generoso, y se conocia claro que el miserable crimen de Vellido Dolfos en él se aislaba y de él no pasaba.

A medida que avanzaba la multitud, oia más distintamente sus gritos el jóven don Alfonso, y se le llenaba el alma de contento y el corazon de orgullo, porque la vertiente de la colina desaparecia bajo la mul-

titud y eran atronadores los gritos de viva el rey, que de todas las bocas salía.

Solo á una persona la pesaba de aquello, y esta persona era doña Urraca, la reina de Zamora.

En aquellos entusiastas gritos de sus vasallos que aclamaban á su hermano, veía el fin de su reinado.

A los de Zamora, particularmente á los caballeros, á los hidalgos y al popular, no les habia ido bien constituidos en una pequeña monarquía, porque se habian encontrado de una parte débiles y de la otra sobrecargados de impuestos y afligidos con vejaciones.

Recordaban que les habia ido mucho mejor cuando pertenecian á la corona de Castilla, y que entonces sentian ménos la dura mano del gobierno bajo un rey que tenia un más vasto imperio, sobre el cual ejercer su soberanía.

Hizo sin embargo, doña Urraca, de tripas corazon, como suele decirse, y allá se fué á abrazar á su hermano, con tal contentamiento en la apariencia, que no parecía sino que le amaba con todas sus entrañas.

Recibióla con no ménos alegría, aunque más sincera, don Alfonso, abrazóla y aun lloró de emocion.

Y como pasados los primeros momentos, don Alfonso reparase en Diego Ordoñez, con el cual habian adelantado sus guardas hasta llegar cerca del grupo real, exclamó:

—Decídmelo, señores, ¿por qué traéis preso á ese caballero?

Contóle el Cid brevemente lo que habia acontecido, y apenas hubo acabado el Cid, cuando el jóven don Alfonso dijo:

—Pues que Dios ha querido, don Diego Ordoñez que

yo llegue en el punto y hora en que en tan apretado trance os veiais y yo puedo como nuevo imperante haceros gracia, á juicio de Dios ha de tomarse y providencia suya el que yo á tan buen tiempo haya llegado. Como bueno habeis cumplido y como buena ha cumplido tambien la buena ciudad de Zamora, y manifiestamente se ve que Dios ha querido que Zamora se vea quita de toda mancha de alevosía y alta traicion, sin que para que est^o se pruebe haya corrido sangre. Por todo lo que yo tengo para mí que Dios quiere que gracia os haga, os tenga por tan bueno y por tan leal como mi nobilísima ciudad de Zamora, y os mantenga en vuestra caballería y en todos vuestros privilegios, fueros y exenciones que os corresponden y os deben ser guardados. Y libre sois, y que os den vuestro caballo y vuestras armas, y á mi casa os venís, que yo quiero teneros en ella, que aunque hasta ahora no os vi ni os conocí, muchas y muy buenas cosas que os honran de vos he oido. Y vamos para adelante, caballero, y más no se hable en esto.

—Téngase lo que haceis por adelantado,—dijo el Cid,—ya que de gracia se trata, que por lo demás la tal facultad de gracia no os corresponde, señor, hasta que seais rey; y ya sabéis, señor, que rey no sereis hasta que juráreis al tenor de lo que ya os he dicho.

—Teneis cosas, don Rodrigo,—dijo Alfonso VI contentiéndose á duras penas,—que harian hablar á las piedras, y puesto que vos se os poneis de por medio y yo no quiero volverme á vos, vamos cuanto antes á Santa Gadea de Búrgos, y juremos. Y acábes^o esto, y sepamos al fin quien es aquí el rey y quien es el vasallo.

—No ha de irse sino en su tiempo y lugar,—dijo el Cid, siempre indómito, pero siempre mesurado, respetuoso y tranquilo,—porque por lo de ahora, lo que urge es poner orden en esto de Zamora, y procurar pescar al asesino del rey que en Zamora se oculta, y hacerle proceso, y averiguar lo que se pueda sobre si tiene cómplices ó no los tuvo, y averiguar lo que esto sea, ó bien que no se averigüe, justiciarle, y despues que esta justicia sea hecha y ordenado lo de Zamora, y visto lo que haya de hacerse en lo tocante á la señora infanta doña Urraca vuestra hermana, entonces á Búrgos nos iremos, y al santuario de Santa Gadea, y jurareis, y cuando hubiéreis jurado, yo, cumpliendo con mi oficio de alférez mayor de Castilla, os proclamaré rey con toda mi alma y toda mi voluntad.

Comprendió don Alfonso que nada habia de recalcar de la entereza del Cid, y se resignó á tener paciencia, y no replicó.

Y como á este tiempo hubiesen traído ya su caballo y sus armas á Diego Ordoñez de Lara, cabalgó y se fué en seguimiento de la córte que se encaminaba á Zamora.

—Pues ya le podeis encender una vela al santo del dia, don Diego Ordoñez,—dijo á este el Cid,—que mirad que si el rey tarda media hora, yo lo hubiera sentido mucho, pero hubiérais ido á cenar á las puertas del cielo con el buen apóstol San Pedro.

—Pues más vale que por allá me espere San Pedro muchos años,—dijo Diego Ordoñez,—lo que no quita que yo prometa á Dios una solemne funcion de gracias en todos los años que tuviese de vida en tal dia como éste. Y creed, que lo que á mí más me afrentaba no

era el que me cortasen la lengua y me ahorcasen, sino la infamia que habia de caer sobre mi nombre.

—Puesto que Dios no lo ha querido, —dijo el Cid, —ello no debia ser, y como no ha sido, regocijaos, y no hablemos más de esto, que todavía tengo yo la carne de gallina, como se me puso, al veros metido en tal aprieto; y sabed, que yo le he ofrecido por vos un manto á Nuestra Señora de la Antigua de Búrgos, y que no ha de costarme ménos de quinientas doblas.

—Pues que Dios os lo pague, don Rodrigo, y contentad con que mi vida es vuestra, y nada os doy en ello, porque ya teniais de antiguo esta mi buena voluntad, homenaje y respeto.

—Vamos andando y á otra, —dijo el Cid.

Y se fué á poner al lado del rey, que iba cabizbajo y meditabundo, y visiblemente airado, y haciendo esfuerzos para que la ira no le saliese á la cara.

Como se ve, los aficionados á los espectáculos fuertes habian tenido que tener paciencia.

El duelo habia acabado sin lance.

Se habian contentado con la esperanza de un ahorcamiento y de un deslenguamiento, y tambien esto se habia deshecho en humo

El palenque se habia construido inútilmente.

Inútilmente en medio de él se habia levantado la horea.

Tenian que consolarse, pues, con la imprevista llegada del rey, lo cual no les compensaba, por más que estimasen aquel espectáculo de distinto género.

Y para entretenerse y para dar á aquel espectáculo, único que les quedaba, ruido y relumbron, iban

gritando como locos delante y detrás del rey, viva y más viva.

Y así se entraron, córte, caballeros y popular, los unos detrás de los otros, en la ciudad, que estaba aun cordoneada y con guardas á las puertas para que no pudiese escapar el traidor Vellido Dolfos.

Capítulo IV

De como el Cid se convenció de que doña Urraca era inocente, y sintió mucho el no haber podido ser otra cosa para doña Urraca,

Doña Urraca podía considerarse como destronada

Don Alfonso tenía, sin quitar ni poner, la misma pinta que su difunto hermano don Sancho.

Se comprendía, por la manera que tenía de tratar á su hermana mayor, doña Urraca, entre ágrío y dulce, que no era muy á su gusto cumplir las cláusulas del testamento de su padre, el rey don Fernando, en lo tocante á las partijas del reino.

Como sabemos, doña Elvira se había dejado despo-
seer por don Sancho.

En cuanto á don García, el desventurado continua-
ba ciego y pobre en una torre.

Doña Urraca sabía bien que toda resistencia la era
ya imposible, y se resignaba á ir á pasar lo que la

quedaba de vida en un convento, con el despecho de sus mal aventurados amores por el Cid, y de la pérdida de aquella corona, á la que, aunque pequeña, habia tomado harto cariño.

El Cid era el inconveniente y la fatalidad de doña Urraca.

No la habia dado su corazon y la habia quitado su corona.

Y no era esto solo, sino que manteniéndose el Cid en sus trece, en cuanto á lo de tomar venganza contra los asesinos del buen rey don Sancho, la tenia emplazada, y en cierto modo, presa y pendiente de la aclaracion de aquel crimen misterioso; que no le parecia al Cid, que Vellido Dolfos, solo por un extraño patriotismo, sin complicidad con nadie y sin ser por nadie alentado, se hubiese atrevido á tanto.

Verdad es que el juicio de Dios habia declarado libre á la ciudad de Zamora del crimen de regicidio.

Pero esto no queria dezir que de la misma manera hubiese sido absuelta por el juicio de Dios doña Urraca.

Y se acordaba el Cid de que cuando él llegó y vió al rey muerto, y empezó á dar voces desesperado, se abrió la ventana del alcázar, que daba sobre el postigo, por donde el asesino habia desaparecido, y doña Urraca le increpó, soberbia, apareciendo en aquella ventana, descompuesta y colérica, por lo cual el Cid sospechaba que doña Urraca hubiese sido la instigadora de Vellido Dolfos.

Pero de esto no habia prueba alguna en que el Cid hubiera podido apoyarse para proceder contra doña Urraca, y juramento la habia pedido á que ella habia contestado indignada.

Pero de una manera tal y tan espontánea, que no habia que pensar en que habia jurado en falso.

Esto, no obstante, y como el Cid no tuviese la certidumbre de que doña Urraca no habia dado en perjurio, haécíala guardar, aunque de una manera indirecta, hasta tal punto, que si doña Urraca hubiera pretendido salir fuera de los muros de Zamora, se la hubiera estorbado la salida.

Doña Urraca se irritaba más y más contra el Cid, y apenas se vió sola con su hermano don Alfonso en una de las cámaras del alcázar, cuando volviéndose á él, le dijo:

—Ni vos ni yo tenemos vergüenza en sufrir á éste don Rodrigo Diaz, que no parece sino que Dios le ha hecho para que en todo se entrometa, y para tener en un puño y sujeto á su voluntad á todo bicho viviente, desde el último pelon hasta el rey. Y dígoos yo que esto es insoportable, y que un tal vasallo pesa tanto, que rey que no acierte á libertarse de él, tañ apretado ha de verse que no cese ni un solo punto de dar gritos.

—Dejadme á mí hacer,—exclamó don Alfonso,—que magüer que yo sea de pocos años, y él ya granado, y yo no he conocido armas, y él ya famoso en lides, hemos de ver quien se lleva el gato al agua, si don Rodrigo ó yo; y juraré, y diré cuanto él quiera que diga, hasta que yo me apriete en las sienas la corona, que entonces, yo juro que hemos de ver si el rey don Alfonso es mucho rey para el Cid Campeador, ó el Cid Campeador mucho vasallo para el rey don Alfonso.

Interrumpió en este momento á los dos hermanos un horrendo griterío que partia de la plaza del alcázar.

No podia distinguirse lo que decian los que gritaban, como sucede en los grandes tumultos.

Pero sucedia lo que sucede siempre; que los aullidos del populacho espantaban.

El pueblo es una fiera que parece un gato ruin y miserable, cuando está encadenado y sujeto, y se hace el muertecino, y parece que ni aun existe.

Apura su paciencia y su sufrimiento, hasta tal punto, que se le cree degradado é impotente.

Pero un dia se levanta, se despereza, y con solo agitar sus cadenas, antes de exhalar su terrible rugido, aterra á los que de él se mofaban y le creian una masa podrida, disuelta é inútil.

Por eso los que gobiernan deben tener un gran cuidado en no discontentar á la fiera, ni oprimirla, ni maltratarla, hasta el punto que se desespere, y por todo rompa, y á todos los excesos de furor, excitada por inícuas violencias, se entregue.

La verdad es que, cuando las multitudes se sublevaran, ménos aún, cuando sin sublevarse, por cualquier motivo se mueven, áun de una manera simultánea, el solo resoplido de este monstruo de múltiples cabezas, produce un espanto que hiela la sangre de los más alentados.

Doña Urraca y don Alfonso palidieron.

¿Qué sucedia?

¿Qué causa reconocian aquellos alaridos de muerte, aquel espantable grito unísono, feroz, inconcebible?

Las gentes de armas del alcázar corrian por todas partes, á los adarves, á las puertas, á las ventanas, y el espantable alarido continuaba.

Y á cada momento más feroz, más tremendo.

No eran, sin embargo, ni don Alfonso ni doña Urraca personas en quien durase mucho tiempo la acción del terror.

Venían de una raza de héroes y tenían el corazón bravo.

En el momento en que ambos se dirigieron á la puerta de la cámara, dominando el primer pavor instintivo, aparecieron el Cid, Arias Gonzalo, sus hijos, Diego Ordoñez de Lara, Alvar Fañez, y otra multitud de caballeros que venían á buscar al rey y á la infanta para rodearlos y defenderlos.

Porque la verdad era, que no se sabía de lo que acontecía otra cosa, sino que de improviso se había entrado en la gran plaza de armas del alcázar una multitud inmensa gritando, aullando, entregándose á las más terribles demostraciones de furor.

No se sabía á qué atribuir aquello.

¿Era que Zamora en masa se sublevaba contra el rey, pretendiendo mantener en su trono á doña Urraca?

Esto no era de creer, si se tenía en cuenta el entusiasmo con que los zamoranos habían victoreado al rey poco antes.

Y se sabía además que Zamora estaba muy disgustada por su separación de la corona de Castilla, que como hemos dicho, había aumentado para ella las servidumbres y los vejámenes.

¿Qué causa, pues, reconocía el tumulto?

El Cid, después de haber resguardado al rey y á la infanta, se fué por sí mismo á informarse de lo que aquello podía ser; extendió en la parte exterior del vestíbulo sus escuderos y gran número de los hombres



CID RODRIGO DE VIVAR.—Sí, yo soy,—exclamó Vellido...

de armas que daban la guarda al alcázar, y hacha en mano, delante de todas estas gentes, mandó al alcaide abriese de par en par la enorme puerta.

Continuaban los gritos, los alaridos, los rugidos.

De repente al abrirse la puerta, un hombre perseguido por una multitud furiosa que le apaleaba, y le heria, entró y cayó á los pies del Cid, ante el cual, viéndole de improviso al frente de un cerrado escuadron de hombres de armas que tenian caladas las lanzas, se habia detenido la multitud.

Pero aunque no se habian atrevido á pasar, puestos en respeto por el Cid y su gente, vociferaban de una manera rabiosa: ¡Muera el traidor! ¡muera el asesino!

El Cid, pues, tenia á sus pies apoyándose sobre sus manos, jadeante, mal herido, arrojando sangre de su cabeza y otras muchas partes de su cuerpo, pero sombrío y terrible, al asesino del rey don Sancho.

—¡Conque eres tú! ¡conque tú eres Vellido Dolfos, el vil, el sacrilego, el infame!—rugió el Cid inclinándose sobre Vellido, asiéndole por un brazo y levantándole como hubiera podido levantar un niño, á pesar de que Vellido Dolfos era alto y corpulento.

—Sí, yo soy,—exclamó Vellido;—yo, que muero contento porque he matado al asesino de mi patria.

Y Vellido Dolfos miraba de una manera insolente y fria al Cid, y en sus ojos aparecia una sonrisa de desprecio, y estaba horrible con su semblante descompuesto, manchado á medias con la sangre que corria de una ancha herida que le partia la frente.

Cegó el Cid de indignacion y de cólera, y retenien-

do levantado con su hercúlea fuerza á Vellido Dolfos, alzó su hacha de armas para herirle, é instantáneamente se contuvo.

—¡Ah, no, no!—exclamó dejando caer de nuevo su brazo, —es necesario que hables, que descubras á tus cómplices.

Y se llevó hácia el interior del alcázar á Vellido Dolfos, por el medio del escuadron que le abrió paso.

La multitud continuaba á la puerta del alcázar, gritando muerte, y algunos ciudadanos de aspecto respetable, entre los cuales, algunos llevaban signos de gente de justicia, ó más bien de miembros del consejo municipal, entraron y siguieron al Cid, sin que nadie les estorbase el paso.

Don Rodrigo habia continuado arrastrando á su presa hasta una de las cámaras del piso bajo del alcázar, y allí, seguido de Garcés, de algunos funcionarios de la casa real y de algunos caballeros, habia arrojado sobre un divan á Vellido Dolfos, y le interrogaba.

Pero Vellido Dolfos no contestaba á las preguntas del Cid más que de esta manera:

—Muero contento, y en mi conciencia honrado, por haber vengado á mi patria del tirano rey don Sancho, de la única manera que pude librarla.

El Cid se irritaba.

Amenazaba.

Juraba. •

Volvia á preguntar y obtenia la misma respuesta.

—¡Ah!—dijo el Cid, ya cansado, viendo que nada se sacaba de aquel hombre, cuya vida se extinguia visiblemente y de una manera rápida,—tú has hecho esto por amor á la infanta doña Urraca.

—¡Vive Dios!—exclamó entonces Vellido Dolfos,— que es un caballero ruin y mal nacido el que así se atreve á tomar en su miserable boca el nombre de una dama para difamarla.

Y habia algo inmenso en la mirada terriblemente fija en el Cid de Vellido Dolfos; algo en que se leia un amor inmenso á aquella misma doña Urraca, acusada, aunque indirectamente, por el Cid.

—¡Ah, sí, sí!—exclamó don Rodrigo, haciendo caso omiso de las injurias de Vellido Dolfos, como si no hubieran podido alcanzarle,—tú, traidor y rebelde y arrojado á todo, te has atrevido á poner los ojos en una dama de sangre real. En tu reina, la has amado hasta enloquecer por ella, y por ella has llegado hasta el más horrendo de los crímenes; pero ¿ha partido ella contigo este crimen? ¿te ha incitado? Habla, en nombre de Dios, ante cuya justicia vas á aparecer en breve.

—Os repito,—dijo Vellido,—que mentís como un bellaco, y que por vuestras calumnias mereceis que os mate un villano, y no con arma honrada, sino con cuchillo cachicuerno.

Tampoco hizo mérito de estas nuevas injurias el Cid, que se desesperaba porque veia que Vellido Dolfos empeoraba rápidamente, y no podian contarse para él más que algunos minutos de vida.

Se habian llamado médicos, y habian acudido dos que en el alcázar se encontraban y que pertenecian á la servidumbre de doña Urraca.

Era de un gravísimo interés el prolongar la vida de Vellido Dolfos.

Pero los médicos decretaron que todo era inútil, que de tal manera habia sido apaleado y acuchillado aquel

hombre, que habia que contar con lo inmediatísimo de su muerte.

Pero aplicarle el tormento para que declarase si tenia cómplices, no era posible, no ya por su estado, que esto le importaba muy poco al Cid y á los mesnaderos y oficiales de justicia que allí asistian, sino porque no habia tiempo para preparar el tormento de una manera legal.

Entonces el Cid, rompiendo por toda consideracion, se fué á buscar á la infanta doña Urraca, y la dijo:

—O deo yo de ser quien soy, ó no hay Dios en los cielos, ó sucede algo espantable y nunca visto, ó vos habeis de venir, señora, á carearos con el asesino de vuestro hermano, en el cual han hecho justicia ejecutiva y airada los buenos ciudadanos de Zamora. Y no nos detengamos, que ese miserable se muere, y si á poneros ante él os negais, señora, indicios darcis de que teneis miedo.

—Mucho mal me habeis hecho en este mundo, don Rodrigo,—dijo doña Urraca;—pero os estaba guardado el llegar hasta este punto, en que para vos nada soy más que una mujer, sospechada de una manera tal, que en verdad, me espanto que en vos haya sabido contra mí tal sospecha; pero porque no quiero que alegueis como una prueba contra mi inocencia ó mi honra el que yo me niegue á ponerme delante de ese infame y maldecido, allá vamos.

Callaba Alfonso VI, aunque contrariado y hosco, y callaba el conde don Peranzules, aunque muy á su despecho, y nadie se atrevia á interponer una protesta, de miedo de que se le creyese cómplice en el asesinato del rey don Sancho.

Y el Cid, en sus severísimas ideas de justicia y en su deber de vasallo leal y amigo del rey difunto, se iba recto al negocio, que era hacer cuanta justicia fuese posible, sin mirar ni oír nada más que esto.

Siguieron al Cid doña Urraca y sus damas, y sus caballeros, que allí estaban, y quedóse el rey con el conde don Peranzules y algunos otros de sus caballeros en la cámara, mudo y sombrío, y agriándose más y más contra aquel altivo y prepotente vasallo, que no miraba respeto humano cuando se trataba del cumplimiento del deber y de la justicia, y todo lo llevaba á punta de lanza y de una manera incontrastable.

Cuando doña Urraca entró en la cámara donde Vellido Dolfos, ya casi espirante, se encontraba, el Cid, que á sus grandes dotes de héroe unía una gran perspicacia, y una gran intuición acerca del corazón humano, exclamó de repente:

—Se me ha quitado del corazón, señora, un peso que me ahogaba, y siento un gozo tal, por conoceros inocente, que no sé como explicarlo, ni hay palabras que para manifestarlo sirvan.

Y era, que al ver á Vellido Dolfos, había aparecido en los ojos, en el semblante, en la boca, en la fisonomía entera de doña Urraca, una tal expresión de odio, de saña, de sed de venganza, de agresión, en fin, respecto á Vellido Dolfos, que el Cid no pudo dudar de que doña Urraca se sentía de tal manera irritada y dolorida por la muerte de su hermano, á pesar de la dureza con que don Sancho la había tratado, que al ver á su asesino, había visto algo para ella de todo punto horrible, de todo punto infame, de todo punto enemigo.

El exterminio, la maldicion, la desesperacion, cuanto un alma combatida por el dolor pueda expresar, habia aparecido en el semblante de doña Urraca.

Y era, que aparte de todo, hablaba en ella la sangre.

Era, que aparte de todo, ella, la hermana mayor, habia amado con sus entrañas á aquel niño, que al ser rey, se habia convertido en su enemigo.

Era, que al ver su desastrada muerte, doña Urraca habia perdonado su enemistad á su hermano, y le habia llorado en el fondo de su alma, aunque por lo soberbio y altivo y aun acre de su carácter, habia ocultado tan profundamente su dolor, que nadie habia podido apercibirse de él.

—Sí, vos sois inocente,—exclamó Vellido Dolfos, ya con la voz apagada y ronca;—vos, señora, estais pura, completamente pura, de la sangre de vuestro hermano; pero yo os amaba, aunque nunca os lo habia dicho; vos érais para mí mi alma entera, algo más allá de la tierra, una diosa; y yo amaba á mi patria, yo la amo; yo os veia desposeida, ultrajada, despreciada; yo veia mi patria combatida, próxima á sucumbir; yo no dudé en afrontar la infamia por vos, señora, y por mi patria. Yo sé que he manchado el nombre de mi familia; yo sé que mi memoria pasará infamada hasta las más remotas generaciones, y sin embargo, no me he arrepentido de lo que he hecho, y lo volveria á hacer mil veces, si mil veces me fuera posible hacerlo.

Y la voz de Vellido Dolfos era tan entrecortada y tan ronca, que casi no se percibian sus últimas palabras.

Al fin le acometio una tos cavernosa.

Arrojó un vómito de sangre, y en medio de este vómito, se desplomó y quedó inerte.

Aquel horrible drama había terminado.

Vellido Dolfos no era ya más que un cadáver.

Antes de que esto fuese, cuando ya se habían hecho inteligibles las palabras de Vellido, el Cid había conducido fuera de aquella terrible cámara á doña Urraca.

—Al fin estais ya tranquilo, crudo enemigo mio, — exclamó doña Urraca;—al fin el último mal que podíais hacerme me lo habeis hecho, y yo no puedo aborreceros, porque siendo mi enemigo y causando mi desgracia, habeis cumplido siempre con vuestro deber, con vuestro honor, con vuestra rectitud.

El Cid volvió á sentirse inquieto como en otras ocasiones en que le había hablado con toda la elocuencia de su amor doña Urraca.

Suspiró, apretó el gesto, pasó por él un leve estremecimiento, y nada dijo.

Pero pensó para sí.

—¡Qué diablo! Cuan diferentemente hubieran ido las cosas si yo hubiera conocido á doña Urraca antes que á mi doña Gimena. En fin, adelante y paciencia; lo que no sucede, á pesar de todos los pesares, es por que no quiere Dios que suceda.

Y siguieron marchando en silencio doña Urraca y don Rodrigo.

La servidumbre iba tan atrás, por respeto, que no había podido oír lo que doña Urraca había dicho al Cid.

Al llegar cerca de la cámara de doña Urraca, ésta dijo á don Rodrigo:

—Aquí nos separamos para no volver á vernos en todos los dias de nuestra vida, á no ser que vos querais alguna vez ir á visitar á la pobre mujer, que ningun mal os ha hecho, al monasterio de las Huelgas de Búrgos. Pero no, vos no ireis, ni yo quiero que vayais. Adios, don Rodrigo, hasta la eternidad.

Y á doña Urraca se la arrasaron los ojos, y se entró en un movimiento brusco llorando en su cámara.

La siguió su servidumbre.

El Cid se quedó solo en la galería, y despues de algunos momentos de silencio y de meditacion, murmuró.

—Vamos, no estaba de Dios; paciencia, y adelante.
Y se fué á buscar al rey don Alfonso.

Capítulo V.

En cuyo fin aparece una figura interesante y misteriosa.

El cadáver de Vellido Dolfos fué entregado á la multitud, que le pedía con gritos desesperados.

Cuando aquel miserable cadáver fué arrojado al hambriento pueblo, salió sin saberse de donde una sogá, le ataron por los pies, y le llevaron arrastrando por toda la ciudad.

Y no era esto solo, sino que otra gran masa de furiosos habían acometido la casa de Dolfos Vellido, su padre, y la derribaban, mientras otros la ponían fuego.

Afortunadamente los pobres padres, los inocentes hermanos, desde el momento en que se supo en Zamora que Vellido Dolfos había asesinado al rey don San-

cho, fueron salvados del furor popular por los frailes de San Francisco, cuyo convento estaba próximo.

A la noche siguiente los habían sacado disfrazados de Zamora, valiéndose de medios casi inverosímiles para pasar sin ser vistos, sin ser notados, la línea de gente de guerra que custodiaba la ciudad.

La casa, pues, había quedado desierta.

En los primeros momentos se la había saqueado.

Pero no se había pasado de esto.

Cuando se descubrió el paradero, ó mejor dicho, el escondrijo que en la ciudad tenía Vellido Dolfos, cuando la multitud le persiguió hiriendo sobre él, ó mejor dicho, cuando arrojado su cadáver á la multitud le arrastraron, cuando se les ocurrió que lo último que podían y debían hacer con aquel cadáver infame era quemarle, encontraron que ninguna hoguera era más apropósito que su propia casa, que debía ser arrasada por haber servido de vivienda á un tan infame traidor.

Y como que todos no podían ir arrastrando á Vellido Dolfos, una gran parte se fué á prender fuego á su casa que por fortuna estaba aislada.

Los sucesos que acabamos de referir habían tenido lugar bien entrada la tarde, y caía ya la noche, cuando la furiosa multitud llevaba arrastrando por las calles el cadáver de Vellido Dolfos.

Muy pronto el espectáculo repugnante de aquel cuerpo desbaratado por algunos de la hez del pueblo, que no solamente la hez se presta á hacer oficio de verdugo, adquirió un nuevo detalle siniestro.

La rojiza luz de unas hachas de viento que, llevadas por desharrapados que iban á la carrera, iluminaban el cadáver.

De tiempo en tiempo, y para que las hachas luciesen más, el que la llevaba sobre el cadáver la sacudía.

Los vestidos primero, despues la piel, despues el músculo, habian ido quedándose sobre el áspero terreno de las calles de Zamora, no solamente no empedradas, pero ni aun terraplenadas, que en la Edad Media no se andaba con delicadezas.

Vellido Dolfos no era ya más que una masa informe cuando, despues de haber dado vueltas por toda la ciudad, los que le conducian llegaron con él delante de su casa, que ardía por todos los cuatro ángulos, y no era otra cosa que una inmensa hoguera.

Una vez allí, en medio de un griterio y de las más tremendas imprecaciones, el cadáver fué arrojado al incendio.

En aquel momento sonó el toque de cobre-fuego, y los mesnaderos y el preboste de la ciudad, con sus oficiales inferiores, empezaron á despejar la multitud que, saciada al fin de aquella bacanal de venganza, se fué retirando lentamente.

Al fin las calles quedaron completamente desiertas.

Se cruzaron las cañenas y los maderos que las cerraban durante la noche desde el toque de queda ó de cobre-fuego, hasta el toque de leva, y la casa de Dolfos Vellido continuó ardiendo.

No habia peligro para las casas inmediatas; ni nadie se hubiera atrevido, por temor de ser hecho peda-

zos, á pretender apagar el fuego prendido á la casa de un traidor.

Apenas la multitud se habia retirado, cuando la soledad habia sobrevenido, apareció por una de las callejas, en una especie de plaza en medio de la cual la casa de Dolfos Vellido desembocaba, una mujer que avanzó con paso lento, fatigado, como si la hubiera dominado un dolor profundo.

Esta mujer era alta, esbelta.

Vestia una larga túnica parda con una especie de capuz que la cubria la cabeza, y prendida en el hombro izquierdo llevaba una cinta de lana amarilla.

Era, pues, una judia.

Por debajo de la esclavina que la cubria los hombros, y que la llegaba hasta un poco más abajo de la cintura, asomaban por delante y unidas por las puntas, dos largas y gruesas trenzas rubias.

Esto significaba que era soltera.

Avanzaba con la mirada fija en el incendio, pero de una manera tan lenta, que se comprendia la gran fatiga que el andar la costaba.

Hubiérasela podido tomar por enferma, y gravemente enferma, y á pesar de su enfermedad, se tenia de pié y andaba.

Llegó hasta una piedra cuadrada que á manera de asiento habia á poca distancia de la casa, y se sentó en ella.

Estaba á tan poca distancia del incendio, que habia que suponer sufría un calor excesivo.

Cruzó sus manos sobre sus rodillas, dejando ver que eran bellísimas, y permaneció inmóvil, con la mirada

fija en el lugar por donde habia sido arrojado al incendio el cadáver del asesino.

Para dar á conocer á nuestros lectores esta extraña criatura, tenemos que tomar nuestro relato de algun tiempo antes.



Capítulo VI

En que empieza á relatarse algo referente á la casa del Misterio de la judería de Zamora.

Habia en la judería de Zamora, cerca de la sinagoga, una casa á la que se llamaba la casa del *Misterio*, porque aunque se sabia y se conocia que estaba habitada, nadie podia decir quienes fuesen sus habitantes.

La única persona que tal vez los conocia era el anciano *rabi*, ó sacerdote principal de la sinagoga, y éste guardaba acerca de los habitantes de la casa del Misterio un secreto profundísimo.

Hacia muchos años que la casa del Misterio aparecia cerrada á piedra y lodo, y tantos años, que los más viejos de la judería no guardaban idea de haberla visto jamás abierta.

Y era una magnífica casa de madera, ladrillo y piedra, de una construccion bizarra y de un gusto puramente hebreico.

La madera constituía los anchos y salientes aleros, ornamentados de una manera verdaderamente hebráica, grandiosa, salomónica, simbólica, y el ancho friso, de madera también, en que el alero se sustentaba, dejaba ver, aunque con escándalo de la ley hebráica, que no permite la reproducción de seres animales, los pasajes más misteriosos, más parabólicos de la Biblia, en altos relieves de un mérito poco común.

Cuatro pilares, de madera también, escultados, prominentes, que abarcaban desde el zócalo de piedra hasta llegar al friso, separaban en tres partes el muro de ladrillo rojizo, agramilado, tallado con una peregrina labor.

Y en estos paños, por decirlo así, de ladrillos, se veían en la parte superior ajimecillos de mármol labrado y pulimentado, y en los dos pisos que bajo estos ajimecillos mostraba la casa, grandes ajimeces también de piedra pulida y ornamentada sobre la puerta de herradura, también de mármol; en el patio del centro, había un riquísimo mirador de mármol, cerrado y calado de una manera primorosa, que dejaba pasar la luz al interior, por más que podían llamarse celosías de mármol.

La puerta era grande, de dos hojas, de roble, ornamentada con una originalísima tracería, y claveteada de hierro, cincelado minuciosamente en la cabeza de sus clavos.

En cada una de estas dos hojas había un postigo tan pequeño que no se podía pasar por él, sin doblarse hasta el punto de ponerse sobre las manos.

Todo este edificio era vetusto.

Tenia sobre sí lo que pudiera llamarse el moho de los tiempos.

Y aunque en su relieve, en su resalte, en sus ornamentaciones, no se veía una sola mutilacion, sin embargo, la madera parecia árida, seca, áspera, el ladrillo denegrado, la piedra amarillenta, el hierro mohoso.

Era aquella casa, ó más bien palacio, en su aspecto, lo que un anciano centenario que se mantiene fuerte; pero cuya piel aparece terrosa, horrible, como si se tratase de una momia animada, sacada de una tumba en que ha estado durante siglos.

¿Estaba aquella casa deshabitada?

Indudablemente no, porque de tiempo en tiempo durante la noche, á horas distintas, á veces de las más avanzadas, se veía pasar un alma por detrás de las celosías, y á veces fijarse en algunos de los ajimeces ó galerías de la casa.

En las Páscuas, en las grandes solemnidades hebráicas, solia oirse tambien de noche un coro, que cantaba con arreglo al rito, y otras veces una voz poderosa, pura, armoniosa, que revelaba una mujer, y que cantaba, en hebreo purísimo, una cancion de amores, á lo que podia juzgarse, porque á pesar de acusarse el hebreo en las palabras del canto, aquellas palabras eran indeterminadas.

La casa estaba aislada.

La yerba crecía en torno de ella.

Planta humana no hollaba aquella especie de borde yerbooso de cuatro ó cinco metros que rodeaba la casa ni por hermosas flores que produjen sus amapolas abiertas.

Ninguno de los habitantes de la judería, siquiera

fuesen las niñas, tan aficionadas á flores, se atrevían á tocar ni á una sola, no fuese que esto le produjese una maldición.

Habia entonces tan buen gobierno como podia haberle, y el bailio y los merinos de la ciudad encargados del orden público, habian pretendido alguna vez descifrar el misterio que parecia contener aquella casa.

Pero la defendia una especie de pavor.

Ni bailio, ni merinos, ni alguaciles, se atrevían á ir más allá del borde de las plantas salvajes, de los espinos, de los arbustos que rodeaban aquella casa.

Se habia preguntado al alcalde judío, y éste habia abierto mucho la boca, habia dilatado los ojos, se habia puesto sobre la boca un dedo, y luego con el mismo dedo habia señalado al cielo, como diciendo que solo á Dios competia saber lo que en aquella casa pasaba, y que en cuanto á los hombres, estos debían guardar silencio y mirar con un profundo respeto la casa en cuestion.

En cuanto al gran rabí, cuando se le habia consultado, habia dieho:

—No os acerqueis á esa casa, no la profaneis, sino quereis morir consumidos por el mismo fuego que consumió á Dathan y á Abiron.

Y la verdad era que con estos misterios ni las gentes de justicia, ni las que pertenecían al comun, ni nobles, ni plebeyos, ni chico ni grande, ni hombre de orden, ni clérigo, ni seglar, se atrevían á profanar en lo más mínimo la casa del misterio, y aun con miedo se fijaban en ella las miradas.

Pero sucedió que un dia, dos ó tres años antes de los sucesos que vamos refiriendo, se le ocurrió á Vellido Dolfos, que entonces era manebro de veintidos años,

meterse en la judería, en donde jamás había entrado.

Y no se le ocurrió esto sino yendo en seguimiento de una tal blanca judía, de una peregrina hermosura, que había regresado á la ciudad en el momento en que, vendida su legumbre, se volvía con su pollino descargado á la judería.

La muchacha no podía ser más hermosa ni más jóven, por que apenas si contaba quince años.

Vestia humildemente, y esto la favorecía.

Por que lo sencillo y exiguo de su traje acusaba de una manera enérgica y tentadora la morvidez y la voluptuosidad de sus formas.

Vellido Dolfos era hermoso, de fisonomía audaz, insinuante, vestía con gran riqueza, porque pertenecía á una de las familias más altas de Zamora, y era, en fin, una especie de don Juan Tenorio.

La muchacha le miró cuando le vió ante sí.

Dejó ver una expresion de grata sorpresa.

Se la encendió el rostro de un rubor hechicero.

Bajó luego los ojos, y se puso en marcha inmediatamente arreando á su pollino.

Vellido Dolfo se relamió.

Se le ardieron los ojos, y adelantando hasta llegar á la muchacha, la tocó en un hombro de una manera irreverente como pretendiendo detenerla; atrevimiento que produjo una mirada tal, tan altiva, tan enérgica y tan brava, de la hermosa doncella judía, que á pesar de su audacia, hizo atrás á Vellido Dolfos, y le puso en respeto.

Y de tal modo, que le redujo á seguir á alguna distancia á la hermosa Jesabeth, que así resultó despues llamarse la judía.

Fuéla siguiendo Vellido Dolfos é interesándose más y más por ella, aunque de una manera puramente sensual, á causa de la majestad y la elegancia de su andar, hasta que ella llegó á la puerta de la judería que correspondia á la ciudad, por que la judería tenia otras dos puértas en los muros, que daban al campo.

Detúvose con repugnancia Vellido al llegar á la puerta, porque en la Edad-Media, y allá por el siglo XI, las juderías eran respetadas como lugares infames, en los que un cristiano no entraba sino por una gran necesidad.

Pero era tal la necesidad del deseo que Vellido Dolfos habia sentido á la vista de los poderosos encantos de Jesabeth, que no embargante la repugnancia que la judería le inspiraba, en ella se metió, y siguió á la jóven por sus estrechas y laberínticas calles, hasta que al fin pudo dar en la ancha y regular plaza en cuyo centro se alzaban á poca distancia la una de la otra, la sinagoga con sus dependencias, y la vetusta casa del Misterio, con su forma extraña y sns apariencias de palacio, y al pié su alfombra de cuatro ó cinco metros de anchura de plantas silvestres, espinos y arbustos.

La jóven pasó, siguiendo á su borrico, por entre la sinagoga y la casa del Misterio, y al otro extremo de la casa, se entró en una desvenejada casa de madera, humilde, corcovada, adherida á un torreón viejo de almenas puntiagudas, más allá de la cual, siguiendo un callejón entre dos mirallas, cortado de trecho en trecho por arcos, se llegaba á la puerta de los Leones, una de las dos de la judería que daban al campo.

La jóven desapareció por la mezquina puerta del casuco, y al andar Vellido Dolfos se quedó á alguna

distancia, dudando entre si se meteria en aquella casa detrás de la jóven, arrojando las consecuencias, ó se valdria de otro cualquier medio para ponerse en contacto con ella, cuando he aquí que á los pocos instantes la jóven volvió á aparecer envuelta en un ancho ropon con capuz, y calado éste de tal manera, que no se la veia el rostro.

Pero Vellido no pudo ménos de reconocerla, á causa de la esbeltez, de la gallardía y de la majestad de su andar.

La jóven ganó el callejon entre las dos murallas, y Vellido la siguió.

Salióse Jesabeth por la puerta de los Leones á un caminejo que se perdía en un campo erial entre dos lomas, y Vellido se relamió de nuevo y se alegró.

El campo estaba completamente desierto.

Caía la tarde.

Era invierno.

El sol pálido y frio tocaba al horizonte.

Por el horizonte opuesto salía la noche.

La luz era triste y melancólica.

¿Había sabido la jóven proporcionar á Vellido Dolfos una ocasion de hablarla sin testigos?

Sabido es que á las judías les está prohibido por su ley todo trato ó comunicacion amorosa con un cristiano ó con cualquier otro hombre que no profese la religion hebráica.

Ella debia haber notado que Vellido Dolfos la habia seguido.

Así, pues, Vellido Dolfos era impertinente al pensar que Jesabeth le proporcionaba una ocasion de entenderse con ella.

Cosa que se hacia lo más natural del mundo á Vellido Dolfos, que estaba acostumbrado á producir en las mujeres, y á primera vista, amores violentos.

Siguió Jesabeth por su caminejo.

Torció á la derecha por la falda de una colina, y se aventuró por un terreno pedregoso, á cuyo fondo, en una sombría y siniestra hondonada, se veia un recinto de alguna extension, cerrado por una tapia negra y apolillada, por encima de la cual descollaban algunos mústios cipreses.

Aquel era el cementerio judío.

La jóven continuó hácia él su marcha sin volver jamás la cabeza, y entró en el pavoroso recinto, en el cual tras ella penetró Vellido Dolfos.

Jesabeth se detuvo en el centro del cementerio, junto á una tumba, á la cual daba sombra un mirto.

Se arrodilló, y se puso en oracion.

Vellido Dolfos sintió una especie de despecho que no hubiera sentido uno de nuestros tenorios de hoy, que hubiera visto un pretexto en aquel arrodillamiento sobre una tumba, de una jóven seguida por él.

Pero aquellos eran tiempos de creencias, y por aventurero y audaz y tenorio que fuese Vellido Dolfos, sintió el influjo de las creencias de su tiempo, y le pareció que no era cosa somera ni fácil una doncella que daba en su oracion cabida á la piedad por un sér muerto.

¿Y qué género de sentimiento podia conservar al sér allí sepultado?

¿Se trataba de su padre, de su madre, de un hermano, ó tal vez de un amante?

La verdad era que la jóven parecia como agobiada

por un intenso dolor, y que á Vellido Dolfos se le figuraba oír tristes y leves gemidos.

Sintió una especie de pavoroso respeto.

Se efectuó en él una reaccion, producto de sus creencias religiosas, y aun de sus ideas supersticiosas en armonía con el espíritu de su tiempo, y retrócedió, permaneció indeciso un corto espacio, y al fin se volvió.

Desandó con paso lento el camino, llegó á la puerta de los Leones, penetró por ella, continuó, y habiendo salido á la plaza de la judería, y encontrándose entre la sinagoga y la casa del misterio, se detuvo de improviso.

El crepúsculo habia sobrevenido, y ya la luz era indecisa.

La sombra dominaba.

Allá en las celosías de una galería, en la parte superior de la casa del misterio, se veía el reflejo de una luz.

Por aquellas celosías salía una dulcísima voz de mujer, que cantaba de una manera melancólica y sentida una breve armonía.

Y luego cesaba, y á poco volvía á cantar.

A Vellido Dolfos se le habian estremecido todas las fibras de su corazon al sonido de aquella melancólica y dulce voz, que revelaba una mujer muy jóven, y hacia pensar por su canto y por la ley de las relaciones, en una extraordinaria hermosura.

¿Quién vivía en aquella casa de aspecto tan extraño, tan rico, tan deplorable y tan imponente á un mismo tiempo?

La máleza que la rodeaba, cerrada y compacta, pa-

recia indicar que en ella no entraba ni salía nadie.

Y esta aclaración la hizo Vellido Dolfos después de haber dado una vuelta en torno de la casa.

Tal vez se comunicaba por alguna mina con otro edificio.

O tal vez aquella casa estaba habitada por duendes, ó por almas en pena, ó por trasgos, ó por otros cualesquiera seres fantásticos del otro mundo.

Vellido Dolfos guardaba una idea confusa de haber oído hablar de una casa encantada y misteriosa que existía en la judería, y recordaba aun que en la leyenda vulgar que de aquella casa se ocupaba, se decía que la persona que en carne y hueso penetrase en aquella casa, había de acontecerle ó sobrevenirle una gran ventura ó una gran desgracia.

Vagando andaba Vellido Dolfos alrededor de la casa preguntándose así mismo si sería él la persona que en aquella casa debía penetrar, cuando sintió algo que se arrastraba junto á sí.

Miró y vió un hombre que, en efecto, se arrastraba sobre su pecho, su vientre, valiéndose de sus manos, en cada una de las cuales llevaba una tableta para apoyarse contra la tierra.

Asímismo este hombre tenía un medio cuerpo inferior de cuero, lo cual le servía para que el rozamiento sobre la tierra no le dañase.

Detúvose.

Alzó la cabeza, y dijo en mal castellano con acento ágrío y expresivo:

—¿Qué quería el nazareno que contempla la casa del Misterio?

Inclinóse Vellido Dolfos.

Púsose en euclillas, miró al lisiado y sintió un estremecimiento frío.

Habia visto un semblante de piel rugosa, curtida, de color gris aceitunado, más y más oscurecido á causa de la débil luz del crepúsculo, y cuyos ojos centelleantes le miraban con una expresion hostil, amenazadora y terrible.

Un casquete grasiento cubria el mondo cráneo de aquel hombre, y bajo este casquete sobresalian unas orejas enormes.

La frente era deprimida y estrecha.

Los ojos hundidos.

Los pómulos salientes.

Las mejillas chupadas.

La nariz larga y acaballada.

Su boca rasgada.

Su barba aguda.

Pero se trataba de un hombre, de un lisiado, y por terrible que fuese su catadura, Vellido Dolfos era valiente, y dominó muy pronto el pavor que aquella extraña catadura le habia causado.

—Dueño eres de un florin de oro,—le dijo Vellido,—si me contestas cumplidamente á lo que voy á preguntarte.

—El oro es la vida,—dijo el lisiado con voz cavernosa,—el oro es santo, el oro es Dios; él hace milagros. ¡Un florin de oro!

—Hélo aquí,—dijo Vellido Dolfos, sacando una bolsa de mallas de oro y seda, y bien repleta por cierto; y arrojó, no ya uno, sino dos florines, al suelo, al alcance de la mano del lisiado.

Este se desembarazó la derecha de su tableta, cogió

él un florin, le dió una vuelta, y se lo arrojó en la boca, haciendo á seguida lo mismo con el otro florin.

—Sigueme,—dijo despues á Vellido Dolfos.

Y recobrando la tableta abandonada, se puso en marcha, ó más bien, en arrastre.

Pero de una manera tan rápida, que Vellido Dolfos se vió obligado á andar á buen paso para seguirle.

Aquel hombre tenia un vigor extraordinario.

Con asombro de Vellido Dolfos, el lisiado se metió en la misma casuca donde habia entrado con su pollino Jesabeth.

¿Era aquel sér repugnante el padre de la hermosa jóven?

Esta fué la primera pregunta que se hizo Vellido.

El interior estaba completamente oscuro.

Pero no tardaron en brillar algunas chispas de entre las sombras.

Era que el lisiado encendia yesca.

Se vió luego la lívida luz de una pajueta de azufre, y á poco la rojiza de una lámpara.

El lisiado puso la lámpara sobre una pequeña mesa, muy baja.

Al encenderse la luz, habia aparecido un espacio pequeño, pero muy limpio, de paredes lisas y blanqueadas.

Cubria su pavimento una estera de esparto.

En el fondo se veia una chimenea de campana, en que humeaban algunos tizones quemados.

A un lado habia una tarima estrecha, con algunos almohadones forrados de pobres telas, y en la pared de enfrente de la puerta, en unos basares de tabla, se veia un reducido menaje de cocina.

Olia allí bien, y la temperatura era tibia.

Se sentia en todo el cuidado de una mujer, y de una mujer cuidadosa.

A más, colgada de la pared, sobre aquella especie de divan, habia una hermosa guzla.

Para continuar nuestro relato debemos poner fin al presente capítulo.

Capítulo VII

De la aventura que aconteció á Vellido Dolfes, y de lo preocupado y combatido que salió de ella.

El lisiado se arrastró hácia el hogar.

Arregló los tizones, los sopló de una manera poderosa, hizo brotar de ellos una alegre llama, y añadió leña de la que en un monton á un lado del hogar habia.

Muy pronto la fuerte luz que producía la llama iluminó de una manera energética el aposento.

El lisiado se acercó á la pared, se irguió, apoyándose en ella, dió una vuelta, y contra la pared se quedó incorporado, dejando ver su pecho y su vientre de color terroso, en una apariencia extraña, como podría suponerse, el vientre y el pecho de un gran reptil.

Vellido se sentía incómodo.

Aquella especie de gusano le miraba de una manera malévola.

Se comprendia que se hacia una violencia, que se doblegaba al cebo de una ganancia.

—¿Y qué tiene que hacer aquí entre los judíos, malditos é infamados por los tiranos nazarenos, un nazareno rico y noble como tú?—dijo el lisiado despues de haber examinado hoscamente por espacio de algunos segundos á Vellido.

Este se guardó muy bien de decirle que habia entrado en la judería por la primera vez de su vida arrastrado por la hermosura de Jesabeth.

El lisiado le imponia un respeto que casi casi rayaba en miedo.

Habia en aquel hombre mucho de fiera.

—He oido hablar de la casa del Misterio,—contestó Vellido Dolfos,—y he tenido curiosidad de verla.

—Hay curiosidades terribles,—dijo el lisiado,—que pueden ser funestas para quien las siente.

—¡Oh! en verdad,—dijo Vellido,—que no olvidaré nunca la dulce voz que de esa casa salia.

—La voz de un arcángel,—contestó el lisiado.

—¿Has visto tú ese arcángel,—le preguntó Vellido.

—No,—repuso el lisiado, puesto que no he muerto;—y tú no puedes dudar de que el hombre que ve á un arcángel muere, porque nadie puede dudar de lo que afirma el libro de Dios.

—Hay arcángeles humanos,—dijo Vellido.

—Impiedad y blasfemia,—contestó el lisiado;—lo divino nunca puede ser comparable con lo humano.

—¿Y crees tú,—dijo sériamente Vellido,—que sean séres sobrenaturales, divinos, arcángeles, los que moran en esa casa que llaman del Misterio?

—Quien lo sabe,—dijo el lisiado.—Pero, ¿qué pue-

den ser más que séres del otro mundo los que viven sin satisfacer ningunas de las necesidades de los mortales?

Se comprendia en el acento y en la manera del lisiado que no queria decir lo que sabia.

Así lo comprendió tambien Vellido.

—Si yo te pagase tu secreto y te jurase sobre la salvacion de mi alma guardar un secreto profundo acerca de lo que me dijeres, ¿hablarías?

—¿Y qué me pagarias tú?—preguntó con un acento recalcado el lisiado.

—Cuanto quieras,—respondió Vellido;—yo soy rico; pero ten en cuenta que si tu secreto no vale lo que por él me arranques, podria arrepentirme.

—¡Polvo, vanidad y miseria!—dijo el lisiado;—tú, jóven y gentil caballero, crees una presa fácil para tí este hombre miserable que se arrastra sobre la tierra.

Y al decir estas palabras, el lisiado se incorporó completamente sin buscar apoyo alguno.

Luego se puso en pié de un salto, y apareció membrudo y atlético ante Vellido Dolfos.

Luego se desprendió la correa que á su cuello, á su cintura y á sus piernas sujetaban el rígido cuero que le servía para arrastrarse sobre él, y dijo á Vellido:

—Ya te he revelado un gran secreto, en la confianza de que no te atreverás á romperlo. Yo soy Abacuc la Culebra, segun me llaman en la judería; pero he tenido otro nombre: yo me llamo Abacuc el Sangriento.

—¡El nombre de un terrible bandido!—exclamó Vellido Dolfos.

—¡Qué quieres!—dijo Abacuc,—no se vive cómo—

damente siempre en despoblado á salto de mata, sin abrigo contra la intempérie, particularmente en las noches de nieblas y heladas: es necesario tener un hogar, alguien en este hogar que nos ame, que nos cuide, que nos consuele de las desgracias de la vida.

Se cabalga algun tiempo cerca de los caminos reales.

Se pone á contribucion á los viandantes.

Pero se viene con frecuencia al hogar.

La astucia sule á todo.

Nadie puede figurarse que el viejo, el mendigo, el lisiado, el miserable que vive de la limosna y de las pobres hortalizas de un huertecillo que labra su desdichada hija, es el terrible ballestero libre, que manda otra docena de lobos como él, y es el terror de los viandantes, hasta de los más fuertes y bravos caballeros, que no se atreven á salir al campo, sino resguardados por un buen número de lanzas, por temor á Abacuc el Sangriento.

Para venir al hogar se toma el traje de mendigo, la piel de serpiente, en el hueco de un árbol, donde se ha dejado, en lo más recóndito de la selva, y allí se dejan el capacete, la loriga, el hacha, el puñal y la ballesta.

Se camina de pié mientras los lugares son solitarios.

Luego, cerca de la ciudad, se continúa arrastrándose.

Pero arrastrándose rápidamente.

Se llega á la judería.

Se provoca la compasion pública, y se entra, al fin, en su hogar respetado por todos, porque en él habitan

la pobreza, la vejez, la dolencia, el candor, la pureza y la hermosura.

Vellido escuchaba con asombro á Abacuc.

—¿Y qué ha podido hacer,—le dijo,—que tú me reveles un tan grave secreto?

—Yo soy hechicero,—contestó Abacuc,—yo he leído en tu frente tu horóscopo, y sé que puedo confiarme completamente á tí. De otro modo, no hubieras oído ni una sola palabra que me hubiera puesto en peligro.

—¿Y cómo si eres hechicero te ves obligado para vivir á cometer el crimen y á valerte de la astúcia para encubrirte á la justicia?

—Mis hechizos no pasan más allá del conocimiento del signo de las criaturas. Conozco también la ciencia de los filtros.

Yo puedo hacer que sin ser uno hermoso sea amado por la dama más altiva y más hermosa.

Yo puedo hacer que un hombre se aborrezca á sí mismo.

Yo puedo producir la muerte y prolongar la vida.

Pero anda tanto charlatan por el mundo, y es la gente tan crédula, que con esta ciencia mía nada se gana, y al mismo tiempo se arrostra el peligro de ser ahorcado por los merinos ó por el señor de vasallos, ó quemado vivo por el obispo.

Se oyó entonces el rechinar de la puerta al abrirse.

—Mi hija,—exclamó Abacuc,—va á asombrarse al verte aquí: tú eres el primer hombre extraño que ha penetrado en nuestro hogar.

En efecto, al entrar Jesabeth, al ver en su casa á Vellido Dolfos, y junto á él á su padre de pié, lanzó un grito ahogado y permaneció inmóvil.

—El destino se cumple, hija mia,—dijo Abacuc;— he aquí el hombre que yo esperaba.

Esto aumentó la extrañeza de Vellido Dolfos.

¿Se trataba de un loco ó de un hombre verdaderamente sabio que conocia las ocultas leyes de lo infinito?

Vellido Dolfos se sentia dominado.

Por otra parte, le fascinaba la mirada de asombro y al par de contento que en él fijaba Jesabeth.

Vista á la roja luz de la flama del hogar, la hermosura de Jesabeth resplandecia.

Se hacia irresistible.

Al mismo tiempo que la sensacion voluptuosa de la hermosura de Jesabeth, que se hacia sentir en Vellido, ejercia sobre él una no ménos influencia el recuerdo de aquella voz dulcísima, que proviniendo de la casa del Misterio le habia encantado.

—¿Y es este el que esperabais, padre mio?—dijo Jesabeth.

—Sí, él es,—dijo Abacuc,—lo leo en su frente, en su mirada; yo no puedo explicarte por qué el alma me dice, él, él; pero él es, yo te lo aseguro. Y tú, hija mia, ¿vienes de llorar sobre la tumba de tu madre?

Sintió algo inefable Vellido Dolfos.

Jesabeth le habia impresionado poderosamente, habia sentido un rayo de celos, temiendo que el llanto de Jesabeth sobre aquella tumba fuese por un amante, y sabia, al fin, que habia sido por su madre.

—Yo no puedo engañaros, padre mio,—dijo Jesabeth.—Este caballero me ha visto cuando yo acababa de vender la hortaliza en el mercado, y me ha seguido primero hasta la casa, despues, cuando he salido de ella, hasta el cementerio.

— ¡Ah!—exclamó Abacuc;—el destino.

Y volviéndose á Vellido Dolfos, exclamó:

—Tú te crees cristiano y noble, y te engañas: tú eres judío.

Vellido Dolfos, pálideció de cólera.

Llevó instintivamente la mano al puño de su espada, y exclamó:

—Cesemos ya; tus malas artes son para tí demasiado peligrosas. Pídeme lo que quieras; yo te pagaré espléndidamente tus servicios, y aun te diría pusieses precio á tu hija, si no la hiciese para mí respetable el amor que, á despecho de mi desprecio, á los judíos me ha inspirado.

—Yo no sé quien eres,—dijo Abacuc,—pero tengo la seguridad de que eres el hombre que yo esperaba, y ese hombre debe ser judío. De otro modo, yo no te hubiera revelado secretos que son harto graves.

—Tú mientes;—exclamó Vellido Dolfos;—y mientes de una manera tal, que infieres á mi familia una gravísima ofensa. ¿Pues como puedo yo ser judío más que por la liviandad de mi madre?

Y los ojos de Vellido Dolfos centelleaban.

Y se comprendía que si no habia acometido á Abacuc era, por una parte, por la influencia que sobre él ejercia Jesabeth, influencia misteriosa y terrible, que Vellido Dolfos no podia explicarse, y por otra, por el deseo de averiguar cuanto pudiese acerca de la grave situacion en que se encontraba colocado.

El recordaba que muchas veces su madre le habia mirado de una manera extraña.

Muchas veces al contemplarle, apasionada y conmovida, se le habian llenado de lágrimas los ojos.

Nunca habia dado estas muestras doña Sancha, que así se llamaba la madre de Vellido Dolfos, respecto á sus hermanos ó á sus hermanas.

Habia, pues, un misterio en aquellas violentas emociones que doña Sancha dejaba ver de tiempo en tiempo respecto á él.

—Tú te irritas, —dijo Abacuc,—y te irritas sin razon, porque la verdad no debe irritarnos, sino convencernos y hacernos pensar en la manera de vengar, si nos es posible, la fatalidad que nos envuelve.

Lo repito, yo no te conozco, yo no sé quien eres.

Es la primera vez que te veo.

Sin embargo, porque mi conciencia me lo dice, he visto y veo en tí al hombre que ha de ser el destino de mi hija.

Y como el horóscopo de mi hija me es conocido, como sé que solo un judío de su familia ha de ser el que determine su destino, por eso te he dicho sin vacilar:

—Tú eres judío.

—Pues bien, pruébamelo,—dijo Vellido.

—¿Quién eres tú?—le preguntó Abacuc.

—Yo soy noble, caballero, rico; yo me llamo Vellido Dolfos, y soy hijo de Dolfos Vellido: mi madre se llama doña Sancha Dávalos; tengo dos hermanos menores, y dos hermanas mayores.

Nadie ha dudado hasta ahora ni de la honra de mi madre, ni de la legitimidad de mi origen.

—Yo no dudo,—dijo Abacuc;—tengo la seguridad de lo que te he dicho; yo te lo probaré muy pronto, porque yo averiguaré, yo sabré. Ahora la judería va á cerrarse, el toque de cubre-fuego se acerca, tú no

puedes permanecer aquí; vete y no vuelvas; yo te buscaré. Para que te encuentre en el campo, aléjate de la ciudad hasta llegar á un lugar solitario, y poco despues me encontrarás junto á tí. Ahora, vete.

Vellido Dolfos se sintió dominado.

Dirigió una mirada suprema á Jesabeth, que le miraba de una manera intensa, y sin responder ni una palabra más, salió.

La puerta de la miserable casa se cerró.

La noche se habia hecho lóbrega.

Cuando Vellido Dolfos pasó por entre la sinagoga y la casa del Misterio, vió que en esta, en las celosías de la galería más alta, permanecia aun el reflejo de una luz.

Pero la casa estaba envuelta en el más profundo silencio.

Continuó Vellido.

Al salir de la judería, todas las campanas de las parroquias y conventos de Zamora sonaron con el toque de cubre-fuego.

Vellido Dolfos se fué preocupado y meditabundo á su casa, que estaba en la plaza Mayor.

En aquellos tiempos todos se recogian al toque de cubre-fuego, porque incurria en una pena de multa ó de prision la persona que despues de aquel toque se encontraba sin una causa justificada en la calle.

Capítulo VIII.

En que Veilido Dolfos escucha algo que no hubiera querido escuchar nunca, y en que empieza á aclararse un tanto el misterio de la casa encantada.

Cuando se quedaron solos Abacuc y Jesabeth, aquel, despues de haber cerrado la puerta, fué á sentarse en la tarima que estaba junto al hogar.

Jesabeth se sentó á los piés de su padre, en el suelo, junto al fuego, y permaneció inmóvil, muda, abstraída.

—Hace veintiocho años,—dijo con la voz reposada del que emprende un largo relato, Abacuc,—que la casa del Misterio fué profanada.

Un hombre terrible, terrible tanto por su ciencia como por su valor como por su hermosura, Moises el Rojo, mi hermano, se enamoró de un sueño, de un fantasma no visto, pero sentido; de una voz dulcísima, que como ahora algunas veces salia de la casa encantada en medio del silencio de la noche.

Moises habia sentido en aquella voz encantadora una gran belleza, una gran pureza, un gran infortunio del alma.

Yo era ya un hombre duro.

Habia pasado de mis treinta y cinco años, y adoraba á mi hermano, que era el menor de mi casa, que solo contaba veinticinco años, que era el único de mis doce hermanos que existia.

Moises sabia cuanto le amaba yo, que por él era yo capaz de todo.

Ahora bien, yo poseia un secreto que me habia transmitido mi padre, y que tú conoces porque te lo he transmitido yo, el secreto de la casa del Misterio.

Mi padre, ya octogonario, enfermizo, débil, amenazado cada dia por la muerte, me habia llevado cuando solo contaba yo veinte años, al pozo de nuestro huerto.

Se habia acercado conmigo al brocal del pozo, y apoyándose sus decrepitas manos en el brocal, y avanzando la cabeza, habia lanzado al fondo del pozo un grito inarticulado.

Poco despues se oyó en el fondo del pozo un sordo rumor.

Mi padre arrojó al pozo el caldero con su cuerda, y á poco rechinó de una manera violenta la polea, girando de una manera rápida, y no tardó en aparecer un hombre, que metidos los piés en la caldera, se habia sacado por medio del otro extremo de la cuerda.

Sacó de la caldera un pié, le apoyó en el brocal, y luego saltó fuera.

Era un hombre tan pequeño, que apenas si te hubiera llegado á la cintura.

Yo en los primeros momentos le tuve por un niño.

Fué necesario que le oyese hablar, porque la noche era oscura y no se distinguía bien, para que yo comprendiese que se trataba de un hombre de edad perfecta.

—Y bien, ¿porqué me has llamado, Daniel?—dijo aquel hombre.

—El negro ángel de la muerte,—respondió mi padre,—bate ya sobre mí sus terribles alas, y me veo obligado á trasmitir á mi hijo primogénito el secreto que hace veinticinco años me fué conñado, si esto me es permitido.

—Necesario será,—dijo Ezequiel, que así se llamaba el enano,—de otra manera, ¿quién sustentaría á los escondidos, sentenciados por Dios á estar separados del resto de las gentes por un terrible voto, cuya duracion ha de ser de un siglo?

Yo escuchaba con asombro.

Yo ignoraba completamente que aquella fuese una entrada desconocida á un lugar ignorado.

Pero cuando hubo hablado Ezequiel, cuando le oí lo de aquella familia separada del mundo, sujeta por un voto que debia durar cien años, no pude ménos de pensar en la casa del Misterio.

Muchas veces habia yo preguntado á mi padre quienes eran los que en aquella casa vivian, y cuya voz algunas veces se dejaba sentir en medio del silencio de la noche, armoniosa, dulce, conmovida.

Mi padre me habia contestado siempre encogiéndose de hombros y murmurando con voz baja: Dios lo sabe.

Yo acabé por creer que mi padre ignoraba, como yo mismo, quienes eran los que en aquella casa vivian.

Creí, como lo creia y lo cree todo el mundo, que

la casa estaba encantada y habitada por espíritus.

Pero al fin se me presentaba una prueba en contrario.

Aquel enano que habia llegado hasta nosotros por el pozo debia habitar en la casa Misteriosa.

Mi padre me pidió juramento, por mi alma, de que guardaria profundamente el secreto que se me iba á revelar.

Yo juré.

Entonces mi padre trajo una linterna, me la entregó y me dijo:

—Siéntate en el brocal con las piernas para dentro; gana con los piés la caldera; sostente por el otro extremo de la cuerda, engánchate la linterna en la cintura para que puedas sostenerte, saliéndote de las dos manos, y descende lentamente, examina las paredes del pozo hasta que encuentres una gran piedra alta y estrecha de un color más oscuro que las otras, que forman el anillo del pozo.

—He dejado la puerta abierta,—dijo Ezequiel.

—¡Ah!—dijo mi padre,—entonces ántes de llegar á flor de agua encontrarás esa puerta. Gánala, quitate de la cintura la linterna, ponla en la caldera y has que esta suba.

Yo hice lo que mi padre me habia mandado.

Cuando llegué al oscuro hueco, le gané é hice subir la linterna por medio de la caldera.

Descendió en seguida mi padre.

Luego descendió Ezequiel.

Tomó mi padre la linterna, Ezequiel un farol que habia dejado tras una puerta oculta, y se cerró esta.

· Mi padre me hizo tocar un resorte, por me-

dio del cual aquella puerta se abría y se cerraba.

Se me instruía á fin de que pudiera suceder á mi padre en la posesion de aquel secreto, y servir como mi padre lo habia servido á los moradores de la casa del Misterio.

Pero tú lo conoces esto.

Tú me has sustituido ya en el servicio de esa desventurada familia.

Tú conoces el trayecto.

Llegamos por la mina al pié de las escaleras de caracol.

Subimos por ella y nos encontramos en la galería del sombrío patio.

Tú sabes cuan rico y cuan solemne á la par es este patio.

No tengo que hablarte de esos lugares.

Los conoces.

Una vez allí, se me exigió un nuevo y terrible juramento.

Cuando le hube prestado, me llevaron al primer piso de la magnífica cámara que tú conoces.

Allí sentado, junto á una chimenea encendida, habia un anciano ya decrépito.

Frente á él, infinitamente ménos vieja, pero ya en edad caduca, sentada sobre unos ricos almohadones, habia una mujer que dormitaba, vestida con todo el esplendente lujo de la reina de Judá.

En un divan aparecia otra señora como de cuarenta años, extraordinariamente hermosa.

Voy á revelarte un secreto.

Tú no has conocido á tu madre.

Tú madre ha muerto sin que tu la conocieras.

Tú madre fué aquella hermosa señora.

Se llamaba Jael.

Era viuda.

Llevaba aun sus luengas vestiduras blancas de duelo.

Era extraordinariamente pálida, blanca, blanquísima como la luz de la alborada, y con los ojos negros, poderosos.

Dos niñas, la una de ocho y la otra de diez años dormían cerca de ella, en otro diván.

Un viejo esclavo negro se veía por tierra, durmiendo junto á la puerta.

Ezequiel me presentó á Jael.

Era inútil presentarme á Robohan ni á Rebeca, que eran los ancianos padres de Jael.

La edad los había llevado á la decrepitud, y estaban en la situación del extremo de una larga vida, en que el viejo se parece al niño.

No había ya en ellos ni razón, ni aún sentimiento.

Sus necesidades eran ya de todo punto materiales.

Y como los niños, lloraban con la misma facilidad que reían, cualquiera cosa los contristaba y cualquiera otra les volvía el contento.

Jael me miró con extrañeza.

Yo no he olvidado aún aquella primera mirada de tu madre que se posó en mí, potente, fascinadora.

No revelaba entonces, sin embargo, la mirada de tu madre, otra cosa que el asombro, al ver ante sí una persona desconocida.

Mi padre se apresuró á decir:

—No te inquietes, señora mia, que este que aquí ves es mi hijo Abacuc; y como yo te he servido y he servido á los tuyos, él te servirá.

Se desanubló el rostro de la hermosa Jael y continuó mirándome.

Pero de una manera más tranquila.

Yo estaba ya deslumbrado, absorto.

Apenas si mi corazón latía.

Mis ojos, atraídos por la dulce mirada de Jael, se posaban en ella, estraviados, fascinados.

Por entonces nada se me dijo.

Nada que me explicase el misterio.

Se me encargó solamente de abastecer, durante la noche, la casa de todo lo necesario.

Como yo lo he hecho, lo haces ahora tú.

Como yo lo ignoraba todo, ménos la existencia de los seres que habitaban en la casa misteriosa, lo ignoras tú, y es necesario llegar al fin á una revelación completa.

Cuando se me hubo hecho el encargo de lo que debía practicar el día siguiente, salimos de nuevo.

Mi padre no había perdido, ciertamente, tiempo.

Apenas hubimos vuelto á nuestra casa, le acometió uno de los accidentes gravísimos que sufría, y con tal intensidad, que no pudo dejar el lecho.

Quince días despues, acompañaba yo un cadáver al cementerio.

El encargo que se me había dado era difícil.

Vivían mis dos hermanos.

El mayor contaba veinte años.

El menor, que era Moises, apenas si había cumplido los ocho.

Se habian quedado huérfanos á mi cuidado y se apegaban á mí con un cariño tiernísimo.

Me veia yo obligado, para proveer la casa del Misterio, á esperar á que todos se durmiesen.

Me embarazaban continuamente las preguntas de que para quien eran los víveres que nosotros no comiamos.

Yo les imponia silencio.

Pero como eran jóvenes, indiscretos, por ellos se sabia en la judería que yo acopiaba provisiones que no se gastaban.

Esto me habia puesto en más de un conflicto.

Se me habian hecho preguntas graves, y yo habia salido del paso como habia podido.

Afortunadamente, nadie habia sospechado que aquellas provisiones que yo compraba, y que mi familia no consumia, podian servir para alimentar á los habitantes de la casa Misteriosa, entre la que y la mia, estando próximas, podia haber una comunicacion secreta.

Cada tres noches pasaba yo á la casa del Misterio.

Dejaba mis provisiones, y recibia órdenes.

Estas órdenes me las comunicaba siempre Jael.

De tiempo en tiempo me daba dinero.

Jael habia acabado por sentir por mí una pasion tan violenta, como la que yo sentia por ella.

Pero ni yo me atrevia á hablarla de amores, ni ella me daba ocasion para que me atreviese á revelárselo.

Bien es verdad que á pesar de nuestros esfuerzos, lo que nuestra lengua callaba, lo decian harto claramente nuestros ojos, y la emocion violenta que experimentábamos el uno en presencia del otro.

Murió al fin el anciano.

Entonces Jael me dijo:

—Vas á conocer un nuevo secreto; para ello es necesario que me ayudes á conducir el cadáver de mi padre al lugar de su eterno descanso.

Ella, siguiendo nuestra piadosa costumbre, habia ungido con bálsamos aromáticos el cadáver, y lo habia envuelto en su sudario.

Condujimos el cadáver á una cripta que existe bajo los cimientos de la casa, y que tú no conoces aún.

En aquella cripta habia algunas tumbas cerradas y algunas abiertas, como esperando su presa.

Colocamos en una de ellas el cadáver del anciano, llené yo de tierra la fosa, y luego Jael y yo con gran trabajo colocamos encima la losa mortuoria.

—Tú grabarás sobre esa losa,—me dijo Jael,—el nombre de mi padre, y la fecha de su muerte.

Luego, sentándose sobre aquella misma losa que acabámos de colocar, me dijo:

—Siéntate á mi lado, Abacuc.

Yo me sentí estremecido.

Comprendia que llegaba el momento de la revelacion que anhelaba mi alma.

Se detuvo Abacuc.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, gimió, y permaneció algunos momentos en silencio.

Capítulo IX

En que continúa la relación referente á la casa del Misterio.

—Cenemos, mi buena hija,—dijo Abacuc irguiendo al fin la cabeza.—Me siento débil, y necesito de todas mis fuerzas para el doloroso relato que te estoy haciendo.

Maldito si desde esta mañana he probado bocado y hemos tenido cuatro largas horas de reñido combate al mediodía, con unos viandantes que han resistido como leones. Allá se han quedado tendidos dos de los nuestros y cuatro de ellos; pero la presa ha sido buena.

Volvian de las ferias de Palencia cargados de dinero, porque eran mercaderes ricos.

Me he visto obligado á dar un larguísimo rodeo, casi á la carrera, para llegar á tiempo á Zamora.

Jesabeth se levantó, cubrió la pequeña mesa de que hemos hablado, entró en un aposento inmediato, y tra-

jo dos gallinas cocidas, queso, pan y un jarro lleno de agua clarísima.

Abacuc cumplía rigidamente los preceptos de la ley moisaica.

No habia vino.

Durante la cena, Abacuc no habló ni una sola palabra.

Terminada que fué, volvió á sentarse en el divan y se quedó meditabundo y sombrío.

Jesabeth quitó la mesa, y volvió á sentarse en el mismo lugar en que estaba antes de la cena.

—Estoy airado,—dijo Abacre,—por que me veo obligado á evocar dolorosísimos recuerdos.

Ya te he dicho que despues de haber sepultado á su padre, Jael se sentó sobre la tumba, y me mandó me sentase á su lado.

Despues me miró de una manera inmensa y me dijo:

—Mi padre ha muerto; al fin soy libre; sé que en tu corazon sientes por mí como tú sabes lo que yo por tí en mi corazon siento.

Nos amamos.

Nos amamos de tal manera, que de nuestras dos almas se ha hecho una sola.

Tú has callado por respeto, y yo por deber.

Pero, ¿qué importa?

Nuestras almas se comprendian.

Aparte del dolor que me causa la muerte de mi desventurado padre, siento una alegría infinita.

¿Y tú, no te sientes infeliz con una igual alegría?

—Hay algo que mi alegría amarga, que la contrista.

—¿Y qué puede ser esto,—me dijo,—si tú me amas y yo te amo?

—Tú has amado á otro, tú eres viuda.

Jael palideció, y me dijo:

—Yo fuí una víctima; yo obedecí á mi padre; yo aborrecia á mi esposo y me veia obligada á ocultarlo, á fingirme enamorada de él, á hacerle creer que era feliz. ¡Oh, mi esposo! ¡el terrible, el sanguinario! ¡Oh! El es la causa de la maldicion que pesa sobre nosotros, del voto que para aplacar la cólera del Señor pronunció mi padre. Y tú no me amarás tanto que consientas compartir la maldicion que sobre nosotros pesa.

—Yo perdería por tí mi alma,—la respondí.—Yo te adoro; yo me siento loco por tí; yo he sufrido todas las penas del infierno no pudiendo revelarte mi amor. ¡Oh mi amada! ¿qué maldicion, qué peligro, qué condenacion puede obligarme á renunciar á la felicidad de tenerte mia?

—Tú eres mi primer amor,—exclamó Jael.—Despues de que te amé, creo, Dios me perdone, que hasta el único amor que sentia, el amor de mis hijos, ha empalidecido.

Yo aborrecia todo lo que me separaba de tí.

Yo no era dueña de mí misma, porque aunque mi padre estaba ya convertido en una sombra, todavía respetaba en él la autoridad paternal.

Yo sabia demasiado que si mi padre hubiera estado en el completo uso de su razon, y hubiera sabido que yo te amaba, me hubiera maldecido.

Pero mi padre ha muerto.

Nada hay que se oponga á nuestra felicidad.

Nuestras bodas se harán inmediatamente. Sal y

busca al gran rabí: el conoce nuestro secreto; de la misma manera que hay una mina que pone en comunicacion nuestra casa con la tuya, hay otra que la pone en comunicacion con la sinagoga. Tú no has visto aquí nunca al gran rabí, porque él no viene sino cuando tú has salido, ó cuando no hay temor de que vengas.

Algunas veces has venido de una manera inesperada, y el gran rabí ha escapado antes de que tú pudieras verle; pero no vayas solo, iremos los dos: sígueme.

Salimos de la cripta, y Jael me llevó á una habitacion del piso bajo.

En ella empezaban otras escaleras de caracol.

Las bajamos á oscuras.

Jael me llevaba asido de la mano.

Su hermosa mano ardia y temblaba.

Era la primera vez que nuestras manos se unian.

Siempre en tinieblas, Jael me condujo por un estrecho pasadizo.

Se detuvo al fin, y á poco sonó un golpe metálico.

Era que Jael llamaba.

No tardaron en oirse sordos pasos que descendian por otras escaleras.

Se abrió la puerta, y con una lámpara en la mano, con sus negras vestiduras sacerdotales y cubierta la cabeza con su mitra, apareció ante nosotros el anciano gran rabí.

Se sorprendió al vernos juntos á Jael y á mí, y asidos de la mano.

—He aquí mi esposo, mi venerado padre,—le dijo Jael.—Tú sabes que Abacuc es el encargado de atender á nuestra subsistencia. Pero subamos, subamos; tengo que haceros una grave revelacion.

El anciano me miró profundamente, miró á Jael, se coamovió, y dijo:

—Dios es el dueño de todo; es inútil pretender resistir á la voluntad de Dios. El ha querido que os ameis, y os amais de tal manera, que arrostrais por todo. Seguidme, hijos míos.

Y empezó á subir el primero alumbrándonos.

Llegamos á una habitacion desnuda y severa.

No habia en ella más que un adoratorio.

Sobre el adoratorio, la Biblia.

Frente á él, una tarima con humildes almohadones.

Una lámpara, siempre encendida, pendia delante del adoratorio.

Las paredes eran blancas.

Pero cubiertas de versículos de la Biblia escritos con tinta roja.

Nos sentamos por invitacion del gran rabi, que entre nosotros dos se sentó, en los almohadones de la tarima.

El gran rabi habia asido nuestras manos.

—Padre,—le dijo Jael;—despues de que has reza lo por mi padre las últimas preces; despues de que tú como gran sacerdote, y yo como hija le hemos rendido los últimos homenajes, Abacuc me ha ayudado á sepultarlo. Tú no podias asistir, porque no debia conocer tu presencia en mi casa Abacuc. Pero cuando yo me he encontrado sola con él en la cripta, sobre la tumba de mi padre, libre ya de todo punto, dueña de mi voluntad, no he podido contener por más tiempo la manifestacion de un amor que hace ya un año me avasalla el alma. El siente por mí un amor semejante, cuya

manifestacion ha contenido el respeto. ¿Qué hay, pues, que impida nuestra felicidad?

—Nada,—contestó el anciano sacerdote;—nada, como no sea el temor del hombre á quien amas. ¿Sabe él que uniéndose á tí lanza sobre su cabeza la maldicion de tu familia?

—Para mí la maldicion más terrible,—dije yo,—es el no ser esposo de mi adorada Jael.

—No importa,—dijo el gran rabí.—Tal puede ser la revelacion que te se haga, que tu amor palidezca y muera.

—¡Oh! Imposible,—contesté;—ni aun el miedo del infierno me haria renunciar á mi amor.

—Déjanos solos, Jael, hija mia; mi buena Débora está en la habitación inmediata, acompáñate de ella.

Jael salió, abarcándome en una mirada ansiosa, como si hubiera temido que la revelacion que iba á hacerme matase mi amor, y salió estremecida.

El gran rabí me asió las manos, y me dijo:

—Si no quieres perder tu alma, olvídala.

—Pero padre mio, —exclamó Jesabeth;—¿tan terrible era la historia de la familia de mi madre?

—¡Oh! terrible, espantosa,—exclamó Abacuc;—ya ves las consecuencias: yo me he visto obligado á ser bandido, para poder vivir en poblado; por tí, para que no estés sentenciada á una soledad selvática y en peligro, me veo obligado á arrastrarme por el suelo como las culebras; los tesoros que tu madre poseia se han agotado para atender á la subsistencia de los pobres seres que en la casa habitan, nos vemos sentenciados, yo al crimen, tú al trabajo; y por último, un hombre que se cree libre por tu cóndenacion ha

aparecido de repente. ¡Oh! sí, sí; es que en nosotros se cumple la maldición que habia sentenciado á tu madre y á su familia.

Y Abacuc volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho.

Se oyó su acento fatigado, ronco, que tenia algo semejante al rugido de una fiera, aunque apagado y leve.

Así permaneció algun tiempo.

—Cesemos, cesemos,—dijo por último;—estoy fatigado, dolorido; no me siento con valor para continuar esta noche mi terrible relacion. Recojámonos.

Y despues de estas palabras Abacuc se tendió sobre los almohadones, y Jesabeta, suspirando, se levantó y desapareció por una pequeña puerta.

Tal era la fatiga de Abacuc, que á pesar de lo excitado que se encontraba, á poco de haberle dejado solo su hija, se durmió.

Pero no aconteció lo mismo respecto á Jesabeth.

Se habia acostado de tal manera excitada, que cuando llegó el dia no habia podido cerrar los ojos.

Quando se levantó, se encontró con que su padre habia desaparecido.

La pobre niña estaba pálida como una desenterada.

En sus ojos se veia algo irresistible: el fuego del amor.

Durante aquella larga noche de insomnio, se habia determinado en ella un amor voraz por Vellido Dolfos.

Se fué al establo.

En él habia una hermosa vaca, y junto á ella, el pollinejo que ya conocemos.

Jesabeth le aparejó, y luego le cargó de hortalizas que cogió del huerto.

A seguida salió con su mercancía de la casa, despues de la judería, y se fué á la Plaza Mayor.

En un ángulo de ésta, á un extremo opuesto á aquel en que se habia situado Jesabeth, como de costumbre, para vender sus hortalizas, habia un mendigo tendido boca abajo en tierra, sosteniéndose sobre uno de sus brazos, y extendiendo la mano á todos los transeuntes, mientras pronunciaba con voz plañidera una súplica.

Este mendigo era Abacuc.

Capítulo IX.

En que se va sabiendo algo más acerca de Vellido Dolfos

Habia cerca del lugar en que se había puesto á pedir limosna Abacuc, una pequeña iglesia gótica-románica, que se llamaba San Bernardo del Mercado, y que pertenecía á los caballeros del Temple.

Esta pequeña iglesia estaba de moda, y á ella acudían á oír misa matutina, los días de precepto, las más principales damas de Zamora.

De precepto era aquel día.

Habían pasado muchas y hermosas damas acompañadas de sus padres, de sus esposos, de sus parientes, y noblemente servidas.

Algunas de ellas habían arrojado un maravedí de plata al grasiento casquete de Abacuc.

La caridad no hace distinciones.

Aunque los judíos estaban despreciados, se les socorria por las almas verdaderamente caritativas.

Pasó al fin acompañada de dueñas, y servidá por rodrigones y pajes, una dama que aunque de cuarenta y cincó á cincuenta años, conservaba de una manera incitante aún, los restos de una gran belleza.

Esta señora era doña Sancha Dávalos, madre de Vellido Dolfos.

Al ver á Abacuc, se detuvo como sorprendida, como obedeciendo á un secreto misterio de terror, palideció, y echó mano á su escarcela, como buscando una moneda.

Abacuc la miraba de una manera siniestra, y extendia hácia ella su casquete, mientras murmuraba con voz quejumbrosa su dolorosa súplica:

Doña Sancha sacó su bolsa, tomó de ella con mano trémula un maravedí de oro y le arrojó en el casquete de Abacuc.

—Sea porque Dios levante su mano de vuestro hijo Vellido Dolfos,—murmuró Abacuc.

Doña Sancha se preocupó más y más.

Creció su palidez.

Se estremeció.

Hizo un movimiento como para hablar.

Pero, escuchando sin duda la prudencia, se contuvo, y pasó, y entró en la iglesia de San Bernardo.

Abacuc habia aventurado á bulto una prueba, y esta prueba le habia respondido.

Si en la vida de Vellido Dolfos no habia una historia, ¿por qué se habia conmovido de una manera tan grande doña Sancha?

¿Por qué había intentado hablar y había guardado el silencio?

Abacuc esperó los resultados, y estos no tardaron.

Poco después de haber entrado en la iglesia doña Sancha, un viejo rodrigon de los de su séquito llegó á Abacuc y le dijo:

—Si te placiere seguirme, no te arrepentirás de haberme seguido.

Y el rodrigon echó á andar.

Abacuc se puso en seguimiento de él, á la larga.

Al fin el rodrigon llegó á la casa de Dolfos Vellido, su señor.

Rodeó por las tapias del huerto.

Llegó á un postigo.

Abrió, é hizo seña á Abacuc para que llegase y entrase.

Abacuc entró.

El rodrigon cerró el postigo.

Llevó luego á Abacuc á un sotechado que servía de leñera.

—Espera aquí,—le dijo el rodrigon;—mi señora me ha encargado de decirte que vendrá á buscarte.

El rodrigon se fué, dejando allí escondido á Abacuc.

Pasó más de una hora, y Abacuc empezaba á ponerse en cuidado.

Dolfos Vellido era muy poderoso, y podía suceder muy bien que él, excitando el cuidado de doña Sancha, se hubiese puesto en peligro.

Al fin se oyó junto al sotechado el ruido de un traje de seda de mujer, y á poco doña Sancha se presentó á Abacuc.

Venia extraordinariamente cuidadosa y sobresaltada.

—¿Por qué me has hablado de una manera misteriosa de mi hijo Vellido Dolfos?—preguntó á Abacuc.

—¿Y por qué,—contestó el audaz judío,—vos os habeis mostrado tan preocupada cuando os he hablado de ese que llaman vuestro hijo?

—¡Ese á quien llaman mi hijo!—respondió doña Sancha. —¡Pues qué! ¿hay quien dude que Vellido es mi hijo?

—Si no es hijo de tu marido Dolfos Vellido,—dijo Abacuc,—no es hijo tuyo, señora; la virtud y el amor no resplandecen en tí.

—Expílicate,—exclamó doña Sancha.—Tú sabes algo, tú posees tal vez un grave secreto: pon precio á ese secreto.

—Ya sabia yo,—dijo Abacuc,—que Vellido no es tu hijo.

—¿Y de quien es hijo Vellido?—preguntó con un acento extraño, que tanto podía tomarse por una afirmacion como por una denegacion, doña Sancha?

—Yo no puedo decírtelo ahora,—contestó Abacuc,—pero yo te lo diré mañana, ó á más tardar, dentro de tres dias.

—¡Ah! No, no,—exclamó doña Sancha;—yo necesito inmediatamente una explicacion.

—Pues bien,—dijo Abacuc, siempre audaz y avanzando á bulto;—tu esposo y tú habeis dado vuestro nombre al hijo de un judío.

Doña Sancha se desconcertó más y más.

Miró con un ánsia creciente á Abacuc, y le dijo:

—Todo cuanto quieras por que guardes ese secreto.

—Y bien, yo nada quiero,—dijo Abacuc;—tú no puedes comprender, ni lo comprenderás nunca, la razón por qué yo te he hecho conocer que sé que ese que llaman Vellido Dolfos é hijo vuestro, no es vuestro hijo. Ahora, señora, déjame partir y nada temas; nadie sabrá cuál es el verdadero origen de Vellido Dolfos.

—No, no te irás,—exclamó doña Sancha.—Tú fuistes sin duda el que hace veintiocho años peñetró en nuestra casa. Si no fuistes tú, debes conocer al que fué; yo no debo dejarte partir.

—No; á nosotros nos fué robado un hijo y dejaron otro en su lugar. Buscamos á nuestro hijo perdido sin poder encontrarle, y tuvimos compasion del que en su lugar nos dejaron.

Era muy hermoso.

Lloraba el desventurado, y tendia hácia mí sus bracitos como pidiéndome amparo.

¿Qué habíamos de hacer con él?

¿Arrojarle de nuestra casa, ponerle en un cajon de expósitos?

¡Ah! no.

Esto no podia ser.

Si nuestro hijo hubiera parecido, como hijo hubiéramos considerado tambien á aquel desgraciado.

Pero no pareció por más que se le buscó.

Pasó el tiempo, y por hijo nuestro lo ha creído todo el mundo y él mismo lo cree á Vellido.

El que nos habia sido robado era nuestro primo génito.

Tuvimos despues otros hijos.

Guardamos el secreto.

Todos han creido á Vellido nuestro hijo mayor.

Todos lo creen.

Cuando llegue el caso de la muerte de su padre; cuando se trate de la herencia, entonces Vellido se sorprenderá, porque aparecerá claro lo que nosotros no nos hemos atrevido á revelarle.

No le hemos querido amargar el alma.

Le amamos de tal manera, que aún creemos que es hijo nuestro.

—Calla, tú, pues, porque de otra manera te expones á echar sobre tí el peso de nuestro poder.

—Sí, ya sé cuanto pide el muy alto, muy noble, muy temido señor de Zamora, Dolfos Vellido,—exclamó Abacuc;—y puedes creer, señora mía, que yo guardaré profundamente el secreto que conozco, no ya por temor, ni por interés, sino porque quiero y debo guardarle. A más de esto, es muy posible que yo pueda darte noticias de tu perdido hijo.

—¡Ah! Si tú lo hicieras,—exclamó doña Sancha,—mi esposo y yo te pondríamos sobre nuestro corazon.

—Pues bien, señora,—dijo Abacuc;—yo volveré mañana, ó á más tardar dentro de tres días. Espérame por la noche despues del toque de cubre-fuego. Yo vendré por el postigo del huerto.

—Te esperaré,—dijo doña Sancha.

—Pues adios, señora,—dijo Abacuc.

—Adios,—dijo doña Sancha,—y no te olvides de que me dejas agonizando;—y salió.

Poco despues llegó el rodrigon.

Condujo hasta el postigo del huerto á Abacuc.

Abrió, y Abacuc salió.

Se alejó.

Se fué á la judería y se metió en la sinagoga, en las habitaciones ocupadas por el gran rabí.

Capítulo X

Dos almas en una.

Jesabeth iba dos veces al día al mercado: una por la mañana, al amanecer, y otra al principio de la tarde.

No permanecía nunca más que dos horas, que era el tiempo que necesitaba para vender su hortaliza.

Su extraordinaria hermosura había excitado la codicia de más de un enamorado, y muchos de ellos la habían seguido y la habían importunado con sus amores, penetrando tras ella en la judería.

Pero les había acontecido siempre un escarmiento.

Jesabeth iba todos los días por la tarde á orar sobre la tumba de su madre.

Sus enamorados no habían podido ménos de reparar en ello, y habían pretendido prevalecerse de la soledad del sitio por donde Jesabeth se veía obligada á pasar para ir al cementerio.

Pero cuando estos enamorados audaces habían pre-

tendido realizar sus torcidos intentos, como si los hubiera arrojado de sí la tierra habían aparecido en defensa de Jesabeth dos ó tres ó cuatro ballesteros libres, (entiéndase bandidos), que habían dado una enérgica repasata al audaz, escarmentándole y sacándole radicalmente el amor del cuerpo.

Alguna vez, en el trayecto de la puerta de los Leones al cementerio, se había encontrado el cadáver, hecho á hierro, de algun jóven caballero.

Esto consistia en que el difunto habia resistido más de lo que aconsejaba la prudencia, ó en que los protectores misteriosos de Jesabeth habian sido en aquella ocasion más duros que otras.

A Jesabeth y á su padre se les habia interrogado alguna vez por la justicia á causa de estas palizas y estas desgracias experimentadas por los enamorados de Jesabeth.

Pero les asistia de tal manera la razon, que nunca se les habia preso.

El bailío y los merinos de Zamora eran rectos, y esto habia favorecido al padre y á la hija, no embarcante, el que rara vez se hacia justicia á los judíos, por el desprecio y el ódio en que se les tenia.

La repeticion de escarmientos á enamorados de Jesabeth habia hecho que al fin se la respetase, y que cesasen de seguirla y de molestarla.

Vellido Dolfos, que durante algun tiempo habia estado, primero de paje y despues de doncel en la corte del rey don Fernando el I, habia estado ausente de Zamora cuando habian tenido lugar estos escarmientos á los enamorados de Jesabeth.

Verdad era que aquello habia pasado en el término

de un año, porque Jesabeth era muy jóven antes de aquel tiempo; solia, podia considerársela como una niña.

Así, pues, Vellido Dolfos, no la conocia ni aun habia oido hablar de ella.

Si la hubiera conocido ó de ella hubiera oido hablar, aunque era audaz y arrojado, tal vez le hubiera contenido el conocimiento del peligro en que se ponía siguiendo á la hermosísima hebrea.

Ya hemos visto que la siguió sin inconveniente alguno.

Ya conocemos los resultados que tuvo el conocimiento de Vellido y de Jesabeth.

Vellido habia pasado una noche inquieta.

Ni más ni ménos que Jesabeth, de su entrevista con el padre y con la hija habia salido gravemente preocupado.

Apenas habia amanecido, cuando, no pudiendo resistir más el lecho, Vellido se lanzó de él.

Se atavió.

Salió á la calle y maquinalmente se fué á la plaza del Mercado.

No parecia sino que habia en ella una poderosa fuerza magnética que le atraía.

Porque Vellido Dolfos habia creído que solo por la tarde iba al mercado Jesabeth.

Así, pues, la ida de Jesabeth por la mañana al mercado no tenia objeto.

Se sorprendió cuando vió en su puesto á Jesabeth vendiendo sus hortalizas.

Vellido no se presentó á ella.

No queria hablar en público, dentro de la ciudad, á

Jesabeth, ni queria dejarse ver de ella y hacerla la injuria de no hablarla.

El monton de hortaliza que Jesabeth tenia delante de sí era considerable, y era de suponer tardase mucho tiempo en venderla.

Vellido Dolfos estaba ya locamente enamorado de Jesabeth, y le tardaba acercarse á ella, hablarla.

Esto no podia sér sino cuando Jesabeth vendiese su hortaliza y se volviese á la judería.

Vellido se volvió á su casa.

Llamó á cuatro de sus criados, y los envió á comprar de una vez todas las hortalizas de Jesabeth.

Esta conoció, por los blasones que al pecho los criados llevaban, quién era el que abreviaba su venta de aquel dia.

Aquellos blasones eran exactamente semejantes al que mostraba en el ángulo inferior derecho de la falda de su rico sayo Vellido Dolfos.

Esta impaciencia de Vellido porque Jesabeth acabase rápidamente su venta, era una muestra de impaciencia y de amor, que Jesabeth no podia ménos de atinar.

Estaba tan enamorada de Vellido como Vellido lo estaba de ella.

Aquel amor violento, aunque naciente, habia sido sublimado por los celos.

Tenia lugar en Vellido Dolfos un fenómeno que no se habia ocultado á la perspicacia de Jesabeth.

Podia decirse que en Vellido Dolfos habia dos amores.

Uno el que le habia inspirado aquella voz juvenil, fresca, misteriosa, encantadora, que habia salido de la

casa del misterio, y el que habia sentido á la vista de Jesabeth.

¿Cuál de estos dos amores triunfaria?

Esta duda que existia, tanto en Jesabeth como en el mismo Vellido, atormentaba á la hermosa jóven.

Dado que Vellido habia enviado á sus criados para desembarazarla de sus mercancías comprándoselas, y abreviar su vuelta á la judería, era de suponer que Vellido tenia impaciencia por hablarla.

Apenas Jesabeth habia vendido su hortaliza, cuando arreando su pollino, tomó el camino de la judería.

Vellido, que observaba á la jóven oculto en la tienda de un berberisco, situado en la plaza del Mercado, en el lado opuesto al que ocupaba Jesabeth, apenas esta se habia puesto en marcha, la siguió á lo lejos.

Jesabeth llegó á su casa, y Vellido esperó atisbando, oculto tras de una esquina de la sinagoga.

Algunos minutos despues de haber entrado en su casa Jesabeth, volvió á aparecer con el mismo ropón oscuro del dia anterior, y envuelta la cabeza con un capuz, y ganó el estrecho callejon que conducia á la puerta de los Leones.

Continuó en su seguimiento Vellido.

Jesabeth se lanzó en aquel ágrío caminejo, que se perdía sobre un erial de la colina, y que conducia al cementerio judío.

Pero por aquella vez Jesabeth no entró en el cementerio, sino que rodeó su muro y se encaminó á un grupo de árboles que se alzaba en la vertiente de una colina.

El invenior habia despojado á aquellos árboles de

sus hojas, y aparecían mústios y tristes, casi siniestros, en aquel espacio solitario y árido.

Jesabeth se sentó sobre una piedra, al pié de un gigantesco álamo.

El cementerio estaba más arriba, entre dos colinas despojadas de verduras, sombrías, tristes.

Más abajo el terreno se accidentaba.

Una densa cerrazon cubría el cielo, y el viento era helado.

Todo parecía de siniestro augurio.

Todo esto impresionaba á los dos amantes.

Vellido Dolfos se acercaba rápidamente.

Era indudable que Jesabeth, habiendo dejado atrás al cementerio, habiendo ido á sentarse á aquella piedra, al linde de aquella arboleda, en un lugar de todo punto solitario, esperaba, anhelaba una entrevista con Vellido Dolfos.

Este llegó.

Jesabeth levantó la cabeza.

Se quitó el capuz.

Miró de una dulce y triste manera á Vellido Dolfos.

— ¡Ah! gracias, luz de mis ojos, — dijo éste, — yo anhelaba hablar, decirte cuánto por tí sufro, cuánto por tí espero, cuánto te amo.

Y Vellido Dolfos se sentó en una piedra inmediata.

Aparecía en él, respecto á Jesabeth, ese profundo respeto del amor verdadero, que es en sí mismo y en sus primeros momentos purísimo, que se satisface con la sola vista del sér amado.

Jesabeth era pura, expansiva, y no disimulaba el inefable contento que le causaba la vista de Vellido Dolfos.

Pero habia una intensa melancolía en aquel contento.

—¿Quién sabe si haríamos bien,—dijo Jesabeth,—en cruzarnos en nuestro camino, en alejarnos el uno del otro, en no volvernos á ver jamás.

—¡Oh! yo no podria vivir sin verte,—dijo Vellido Dolfos,—sin manifestarte mi amor, sin adorarte, sin abrazar dulcemente mi alma en tu hermosa mirada. ¡Ah! Yo no puedo vivir sin tí.

—¿No has oido decir á mi padre,—dijo Jesabeth,—que tú eres mi destino? ¿No le has oido añadir que para ser tú mi destino es necesario que seas judío? ¿Y cómo podrás olvidar tú la altivez de la raza á que crees pertenecer, cómo el noble y altivo caballero ha de bajar hasta la infamia que los cristianos ven en nosotros, á los que llaman la gente de la mala sangre?

—¡Ah! para mí tú eres un Dios,—exclamó Vellido Dolfos,—y no hay nada en el mundo que pueda separarme de tí más que la muerte. Y aun así yo creo que en mi tumba tú serias el sueño de mi eternidad. ¡Ah! No, no; el alma es inmortal: nuestras almas se han encontrado, se han unido, y no pueden separarse ya. Además, ¿por qué crees en las palabras de tu padre? ¿Qué pruebas tiene tu padre para decir, para asegurar, que yo no soy hijo legitimo de Dolfos Vellido, el heredero de su nobleza, de sus preeminencias, de sus señoríos?

—Mi padre es sábio,—dijo tristemente Jesabeth.—Mi padre no se engaña, no puede engañarse; él ha dicho que tú eres mi destino, y el amor que por tí siento, yo, que hasta ahora no habia amado, lo prueba. ¿Por qué, haciendo apenas algunas horas que te conoz-

co me parece que te he conocido toda mi vida antes de ser, que tu alma es mi alma, y mi alma la tuya? Sí, sí; tú eres mi destino, como yo soy tu destino. Y mi padre afirma que el hombre que ha de ser, que es mi destino, ha de ser y es necesariamente de nuestra raza. Aquí hay un misterio que puede ser te funesto, yo te lo aseguro; mi padre no se engaña; mi padre ve claro el secreto de la eternidad en las estrellas; él conoce lo que otros no podrían ni aun sospechar, por medio de los cadáveres; el zumbido del viento, el estridor del trueno, el rumor de la lluvia, son para él otros tantos lenguajes. Pues bien, señor; si para tí ha de ser una desgracia mi amor, yo te amo tanto que no vacilo en suplicarte pases de mí, me olvides, consideres como un deseo, como un sueño, el desdichado momento en que nos hemos conocido.

—Tú eres para mí la vida y el alma,—dijo Vellido;—yo no puedo olvidarte; yo no quiero olvidarte: todos cuantos sufrimientos pueda causarme tu amor, son nada en comparacion de la felicidad que siento al amarte, al verme amado por tí.

—¿Y soy yo la única mujer á quien tú amas?—exclamó con acento celoso Jesabeth:

—¡Ah!—exclamó Vellido;—hay en mí algo que no comprendo: no quiero engañarte. Siguiéndote ayer, oí una voz celeste, una voz inmensa, una voz que se hizo sentir en lo más profundo de mi alma; voz que escucho aún, voz que me estremece; pues bien, Jesabeth, yo creo que esa voz es la tuya; yo creo que el sér que alienta esa voz es el tuyo.

—Cuando yo cruzaba por entre la sinagoga y la casa del Misterio, cantaba esa voz,—dijo Jesa-

beth.—No, tú no puedes creer que esa voz es la mía.

—Y sin embargo,—exclamó Vellido,—cuando hablas escucho esa voz.

—Aquí hay un misterio,—exclamó tristemente Jesabeth,—que puede hacernos las criaturas más desventuradas de la tierra: ¡Oh! si tú conocieras la criatura cuya voz has escuchado, cuya voz resuena aún dentro de tu alma.

—No puede ser más hermosa, ni más pura, ni más seductora que tú.

—¡Ah! Yo estoy loca,—exclamó Jesabeth;—yo tengo celos; yo agonizo; yo lo olvido todo por tí; yo me sobrepongo por tí á todo.

¡Ah! Júrame que harás lo que yo te pida; júrame que lo sacrificarás todo por no sacrificarme.

—¿Y qué prueba podrás tú pedirme para no dudar de mi amor que no arrostre?—exclamó Vellido.

—¡Oh! Mira,—dijo Jesabeth;—mi padre es terrible; tú no conoces bien á mi padre; tú no sabes quien es mi padre.

No vuelvas á la judería; no sigas á mi padre; apártate de Zamora si es necesario; huye el verte frente á frente de él.

—¡Oh! Yo no podría vivir sin verte,—exclamó Vellido.

—¡Oh! Sí, tú me verás,—dijo Jesabeth;—yo no me separaré de tí; yo te seguiré humilde y obediente como una esclava, enamorada y feliz, satisfecha solo por tu amor, y sobreponiéndome por él á todos los peligros,

por él despreciándolos. ¿Qué me importa morir, si por tu amor muero?

—¡Ah! Es que yo no quiero que mueras,—exclamó Vellido;—porque si tú murieras, yo moriría también. ¿Y por qué morir, cuando la felicidad nos halaga? ¿Qué importa todo? Si tu padre nos engaña; si en mi existencia hay un misterio; si yo soy, como tú, judío, ¿qué me importa, si sin que yo pueda explicarme por qué esto ha sucedido tan pronto, eres cuanto yo ansío, cuanto yo espero, cuanto basta á mi felicidad y á mi ambición?

—¡Oh! ¡Si te engañases,—exclamó Jesabeth,—si un día te viese yo triste y desesperado por mi causa! créeme, señor mio: tú eres rico, muy rico, huyamos secretamente á extrañas tierras, donde mi padre no pueda encontrarnos.

—¡Ah! No, no, yo no huiré,—exclamó Vellido;—yo no te expondré á la venganza de tu padre; yo no huiré vergonzosamente de mi destino, ni es posible tampoco librarse con la fuga de la verdad del destino. Sea lo que quiera, ni yo saldré de Zamora, ni tú abandonarás tu casa; lo que ha de suceder está escrito en la voluntad de Dios, y el hombre es harto miserable y débil para poder contrariar la voluntad de Dios.

—Sea como tú quieras y suceda lo que quiera Dios,—dijo Jesabeth;—pero recuerda siempre que mi amor te ha propuesto el sacrificio, y que no es culpa mia si tú no le has aceptado.

—Yo bendigo la hora en que te conocí,—exclamó Vellido,—y la bendeciré siempre, aunque por haberte conocido me sobrevengan las más terribles desgracias.

—¡Oh, cuánto te amo!—exclamó Jesabeth.

Y se levantó.

—¿Me dejas?—exclamó Vellido.

—¡Oh! Sí,—exclamó Jesabeth;—yo he sido demasiado audaz en haberme procurado una conversacion á solas contigo. Si mi padre lo supiese, su furor no reconoceria límites. Por lo mismo, amado mio, déjame partir; y puesto que arrostras todos los males, por terribles que sean, que puedan producirte mis amores, no me veas nunca sino delante de mi padre. Ahora, adios. Déjame partir sola, y escúchame: no entres en la ciudad por la puerta de la judería; rodea el muro, y adios, y hasta la noche en que puedas ir á mi casa, que allí estar á mi padre.

—Hasta la noche, alma de mi alma,—dijo Vellido.

Jesabeth se cubrió de nuevo con su capuchon, y se puso en marcha.

Vellido permaneció inmóvil, mirándola alejarse.

Jesabeth subió por el pendiente terreno con paso rápido, y se perdió muy pronto dando la vuelta á los muros del cementerio.

Si la hubiera seguido Vellido Dolfos, hubiera visto que habia entrado en el cementerio, que se habia arrojado sobre la tumba de su madre y habia roto á llorar desconsoladamente.

Así permaneció un largo espacio.

Empezó á llover.

Por el momento Jesabeth no se apercibió de la lluvia.

Al fin, creciendo ésta, se hizo sentir de ella.

Le levantó.

Salió del cementerio, y poco despues entraba en su casa.

Poco antes acababa de entrar en la ciudad Vellido por la puerta del Sol. •

Capítulo XI

En que se termina la historia que empieza el gran rabi de los judíos de Zamora.

El gran rabi y Abacuc se habian encerrado.

—Dime tú, padre,—dijo Abacuc al gran rabi,—tú eres anciano; tú desde hace más de treinta años ejerces el sumo sacerdocio entre nosotros; tú conoces á todos los ciudadanos de Zamora; yo entreveo un misterio que es necesario aclarar; yo he visto en el semblante de un jóven caballero que se ha enamorado de mi Jesabeth, signos indudables de nuestra raza. ¡Ah! No, no me equivoco: yo conozco á los míos como el perro conoce al perro, y el lobo al lobo. Guiado por este conocimiento, he llegado á descubrir algo gravísimo; he procurado una entrevista con doña Sancha, esposa del rico hombre Dolfos Vellido, y sé lo que me basta para confiarme en que Vellido Dolfos pertenece á nuestra

raza; Vellido Dolfos no es hijo de Dolfos Vellido ni de doña Sancha.

Y á seguida, Abacuc contó al gran rabí lo que habia pasado entre él y doña Sancha en la casa de ésta.

El rabí le escuchó silencioso y pensativo, y le dijo:

—Hace veintiocho años fué robado un niño por una venganza á Dolfos Vellido.

—¿Y fué un judío,—preguntó Abacuc,—el que robó su hijo á Dolfos Vellido?

—Sí,—contestó el rabí;—pero si Vellido Dolfos no es hijo de doña Sancha, no puede decirse lo mismo respecto á Dolfos Vellido: Dolfos Vellido es su padre.

—¡Ah!—exclamó comprendiendo Abacuc,—aquí hay una historia de amores.

—Sí,—dijo el rabí,—Sara era una hermosísima doncella, hija de un hombre riquísimo.

Todos los rico-hombres, los caballeros y los nobles de muchas leguas á la redonda, acudian á él á tomarle dinero prestado para sufragar sus ambiciosas empresas.

Cuando un rico hombre se enemistaba con otro y necesitaba dinero para tomar gente á sueldo y hacer la guerra á su enemigo, acudia á Samuel.

Cuando un caballero se proponía correr aventuras sobre la frontera árabe, á Samuel acudia.

Cuando el rey se veía apurado y necesitaba dinero para una empresa, y las Córtes no le otorgaban el servicio que pedía, el tesorero del rey acudia á Samuel.

Era este un hombre justo y generoso, á diferencia de otros avaros, á los cuales ninguna ganancia les satisfice.

Samuel se contentaba con sacar un módico interés á su dinero.

Pero prestaba á tantas gentes, y tenia de tal manera la fortuna de que todos le devolviesen sus préstamos, que su caudal crecia de una manera extraordinaria, hasta tal punto que me decia con mucha frecuencia:

—No sé qué hacer del dinero; y como el dinero es el rey del mundo, yo podria casar á mi hermosa Sara con un gran príncipe; pero me he propuesto no violentarla nunca, y ella casará con el hombre á quien ame, aunque este hombre sea el más humilde de la tierra.

A causa de lo que Samuel favorecia con sus tesoros, desde el rey al último de los hidalgos, y de los labradores que á él acudian necesitados de dinero, se le estimaba, se le protegía, se le honraba, y podia decirse que para él no existia esta preocupacion que hace que nos desprecien los cristianos.

El rey le habia ennoblecido, le habia concedido preeminencias y privilegios.

Se le llamaba don Samuel, y podia considerársele á la altura del más orgulloso, de los más ilustres castellanos.

Verdad es que Samuel trataba á todo el mundo con una gran lisura, vivia sencillamente, y no causaba los celos y las quejas de nadie.

Solamente respecto á su hija se permitia una ostentacion que rayaba en lo increíble.

Esto era disculpable en su amor de padre.

Doña Sara, que así se la llamaba, vestia y se portaba como una gran princesa, y ni aun la reina podia jactarse de poseer tantas y tan ricas alhajas como ella.

Pero la mejor joya de Sara era ella misma.

No podia darse una criatura más favorecida por Dios con una tal belleza de alma y de cuerpo.

Sara era todo corazón.

No se la conocía otro defecto que el gusto por las galas y por las joyas, gusto harto disculpable en una mujer.

Por lo demás, era caritativa como un ángel, y como un ángel pura.

En ninguna parte era más fácil encontrarla que en casa de los pobres, consolándoles en sus enfermedades ó en sus miserias.

Ella fué la que, estando ruinoso la sinagoga, la reconstruyó y la dió tierras y rentas para que pudiese sostenerse, manteniendo además un hospital en la judería y otro en la ciudad.

Tales virtudes parecía debían ampararla contra la desgracia.

Pero Dios es incomprendible y prueba á sus criaturas.

Un día el rico hombre de Zamora Dolfos Vellido se encontró con otro rico hombre de Valencia llamado Alvar Fernandez.

Habia habido una cuestión de soberbia á causa de si en la corte Dolfos Vellido habia ocupado un lugar más preeminente que Alvar Fernandez, si el rey habia favorecido al uno más que al otro.

Vinieron á las palabras y á las injurias, y se declararon enemistad á muerte.

Alvar Fernandez, más rico y más fuerte que Dolfos Vellido, se entró por una dehesa de Dolfos Vellido, la taló, incendió los caseríos que en la dehesa habia, y se llevó cautivos á los vasallos de Dolfos Vellido.

Este no tenia bastante gente con que ir á tomar venganza de los daños que don Alvar Fernandez le habia causado, y recurrió á Samuel en busca de dinero para levantar una hueste.

Entonces Dolfos Vellido conoció á Sara.

Era mozo aún, que si casado fuera, aunque Sara se sintió enamorada de él, su virtud y su altivez la hubieran defendido.

Dolfos Vellido no fué todo lo honrado que hubiera debido ser.

Comprendió que habia causado una impresion poderosa en la hermosísima Sara, y la hizo creer, así como á su padre, en la posibilidad de un casamiento.

Yo te aseguro, Abacuc, que Dolfos Vellido es un mal hombre, que mal hombre fué su padre, y que malos son sus hijos.

Sara no habia amado.

No habia encontrado ningun hombre que la interesase el corazón ni los sentidos.

Al conocer á Dolfos Vellido se enamoró de él con toda la violencia de su sangre oriental.

Porque Samuel y su hija no habian nacido en España, ni en Europa.

Habian venido de Damascò.

El amor se convirtió muy pronto para Sara en locura, y á Dolfos Vellido le fué muy fácil seducirla.

Este fué el origen de las grandes riquezas que ahora posee Dolfos Vellido.

La enamorada Sara le prodigó no solo su amor, sino tambien los tesoros de su padre.

Cuando Dolfos Vellido estuvo saciado de amor y de

oro, realizó la traición á que habia estado siempre resuelto.

Si la pobre Sara le hubiera impuesto condiciones, Dolfos Vellido hubiéramos pasado por encima del horror que causa á los cristianos todo consorcio con los judíos.

Se hubiera casado con ella solo por tener medios para satisfacer su ira contra su enemigo, y para llegar á una riqueza que no podia esperar de otro modo.

Pero Sara habia sido completamente generosa y confiada.

En una palabra, como ya te he dicho, habia enloquecido.

El buen Samuel, que estaba á su vez loco por su hija, habia sido robado, y de una manera tal que empezó á inquietarse al ver que tenia comprometida su fortuna.

El manejaba su dinero de una manera muy extensa, y usando de su crédito manejaba, no solamente su fortuna, sino tambien la de mucha gente rica que habia puesto su fortuna en sus manos.

Llegó un dia en que don Samuel conoció que si todos los que le habian confiado su riqueza, se la pedian, no podria satisfacerlos.

Esto aterró al anciano, y le sobrepuso á la locura que sentia por su hija.

No era el todo mal la ruina inevitable de don Samuel.

Sara estaba en cinta, y de una manera tan avanzada, que no podia disimularlo.

La hora de la amargura habia sonado para don Samuel.

Buscó á Dolfos Vellido, que ya se habia alejado, y le

habló primero en nombre de su hija, porque el tesoro que más estimaba don Samuel era Sara.

Dolfos Vellido se escudó con una frialdad cruel, y le contestó que extrañaba mucho que su hija y él hubiesen creído posible que él se uniese á una mujer de la mala sangre.

Que aquello habia sido un desliz en que habia incurrido, y de que se arrepentia, y en el que le habia hecho dar la extraordinaria hermosura de Sara y el amor voluntarioso que la misma Sara le habia manifestado.

Que él volveria á verla y que continuaria en sus amores, si ella no pretendia pasar respecto á él de la situacion de manceba.

Que todo el mundo sabia en Zamora que él estaba de largo tiempo comprometido á casarse con una ilustre dama, con doña Sancha Dávalos, y que habia llegado la hora de que su compromiso se cumpliese; que se estaba ya en el trato de la boda.

Esto que no se le dice así á ningun padre, fué dicho por Dolfos Vellido al desventurado don Samuel de la manera más tranquila del mundo.

No podia llegar á más la infamia.

El pobre padre no se atrevió á mostrarse indignado.

Sabia demasiado que para su hija era una cuestion de vida ó muerte el amor de Dolfos Vellido.

A más de esto, la miseria que habia llamado á las puertas de su casa, el compromiso de ser tenido por ladron, y como tal castigado, si los que habian puesto en él su confianza se apercibian de su situacion y le reclamaban su dinero, todo esto enmudeció al viejo y le doblegó.

Pero hiriéndole de muerte.

Sara, vuelta en sí de su locura, aquella infamia manifiesta le irritó y concibió contra Dolfos Vellido un aborrecimiento tan grande, como grande había sido su amor.

No se le ocurrió otro medio que vengarse exterminando al infame.

Pero cuando su padre la manifestó que, á causa de sus amores y lo débil que para con ella había sido, se veía en una situación terrible, que era necesario procurar seducir á Dolfos Vellido y arrancarle parte de aquella fortuna inmensa que les había robado, Sara, conmovida por el dolor de su padre, por la infamia y el castigo que á su padre amenazaba, consintió en su enlace respecto á Dolfos Vellido, y el padre fué á humillar de nuevo sus canas ante el miserable, y á decirle que su hija aceptaba sus proposiciones, y aun que se sentía dichosa con no perder su amor.

Dolfos Vellido lo dominaba todo.

Merced al oro de Samuel había podido tomar tanta gente á sueldo, que había vencido á su enemigo el rico-hombre de Palencia, y se había hecho temer de todos los ricos-hombres de Zamora y su contorno.

Nada había ya que contrabalancease la soberbia de Dolfos Vellido.

Con los tesoros de Samuel había comprado tierras y caudillos, y se había convertido casi en un príncipe.

Acataba al rey don Fernando I, se fingía con una habilidad infinita, con una hipocresía perfecta el más leal de sus vasallos, y llegaba hasta el punto de prestarle dinero para sus apuros.

El rey tenía en su privanza á Dolfos Vellido, é ig-

norante de los medios por los cuales Dolfos Vellido habia llegado á aquella grandeza, creia que los inmensos caudales de su favorito provenian de las entradas que éste hacia en tierra de moros por la parte de Toledo.

En efecto; con alguna frecuencia Dolfos Vellido, para cubrir sus iniquidades, se iba sobre la frontera agarena con quinientos ó seiscientos caballos.

Se metia un tanto en tierra de moros, pero cuidando hacerlo por puntos descuidados ó abandonados, y volviéndose generalmente sin haber roto una lanza contra los moros.

Pero cubria las apariencias.

Daba un pretexto á las grandes riquezas de que hacia ostentacion.

Al fin un dia se realizó el casamiento de Dolfos Vellido con doña Sancha Dávalos, y Sara, excitada por el dolor y los celos, no pudo resistir este último golpe.

No pudo sostener por más tiempo su disimulo, y solo Vellido se apercibió del aborrecimiento de Sara, y de que el amor que ella le manifestaba no era otra cosa que un lazo para atraerle, para seducirle, para corregir en parte el error en que se habia incurrido la locura en que se habia dado.

Dolfos Vellido se apartó completamente de Sara.

Entonces ésta comprendió con dolor, con desesperacion, que en el fondo de su aborrecimiento quedaba algo de amor á aquel miserable.

Este mismo resto de amor, los celos, la rabia, impulsó á Sara, que obligó á su padre á que fuese á presentarse al rey, á manifestarle la verdad de los hechos, y á pedirle justicia contra Dolfos Vellido

Pero tenia éste tan conagraciado al rey, que el buen

don Fernando I creyó una calumnia de don Samuel la justísima queja de éste.

Solo consiguió don Samuel que los que en él tenían depositada su confianza conociesen su ruina.

Todos le pidieron les entregase su dinero.

El rey, por su parte, habia despedido á griamente á don Samuel.

El desdichado se encontraba perdido.

El rey le habia condenado con castigarle de una manera terrible si volvia á producir quejas contra su buen vasallo Dolfos Vellido.

Por su parte los acreedores de don Samuel le habian amenazado con obrar contra él en justicia, si no les devolvía sus caudales.

A tal punto llegó la desesperacion del pobre viejo que tomó una resolucion desesperada, y un dia que á su hija extrañó no verle á la hora de costumbre, entró en su aposento y le encontró ahorcado.

El dolor de Sara no reconoció límite, y juró una horrible venganza en contra Dolfos Vellido.

Era necesario esperar esta venganza.

Sara, recogiendo los valores que pudo en casa de su padre, desapareció.

Y de tal manera, que aunque se la buscó no se pudo dar con ella.

Sara habia ido á ampararse en la familia de un lejano pariente que vivia en las cercanías de Zamora.

Allí la ocultaron; y en su retiro, perfectamente encubierta entre el misterio, Sara dió á luz un niño.

Este niño, Abacuc, es Vellido Dolfos.

El hijo mayor del pariente en cuya casa se habia refugiado Sara, conmovido por su desgracia y por su

hermosura, se enamoró de tal manera de ella que se prestó á vengarla.

¿Y qué venganza podria tomarse contra Dolfos Vellido?

Se queria que esta venganza fuese terrible.

Se esperaba una ocasion.

Poco tiempo despues de la desastrada muerte de don Samuel, doña Sancha de Dávalos dió á luz un niño.

Josué, que así se llamaba el pariente de Sara que se habia enamorado de ella, observaba de cerca á Dolfos Vellido, é inmediatamente que nació el hijo de éste, habido en doña Sancha, fué á comunicarlo á Sara.

Sara quedó profundamente pensativa.

Al fin, dijo:

—Pues que mi hijo es hijo de ese hombre, derecho tiene á heredar á su padre; y puesto que todo lo que su padre posee es nuestra sangre, la sangre de mi padre, se aumenta la justicia de que mi hijo le herede; es necesario, Josué, que este hijo mio ocupe la cuna del otro hijo de ese hombre; que se reduzca á ese hombre al silencio, por el terror, que acepte á su hijo. ¿No dices tú que ese miserable ama á su esposa con toda su alma? y bien; con toda su alma debe amar al hijo que de esa mujer ha tenido: su hijo será la prenda de mi venganza. Cuento con tu ayuda, Josué; tú pondrás en práctica los medios de venganza, que, si es cierto que me amas, es tu venganza propia.

Josué consintió.

Era Josué hermoso, diestro, valiente, insinuante, y no se le conocia en Zamora, á donde no habia ido sino cuando habia necesitado para saciar la venganza de Sara.

Josué habia nacido dado á las armas, y habia servido á sueldo, ya en esta, ya en la otra mesnada de los señores de los contornos.

A veces habia llevado á cabo empresas por sí mismo, como aventurero, con algunos ginetes, sobre las fronteras moras.

Con su lanza habia mantenido á sus ancianos padres, que eran pobres.

Su continuo trato con los cristianos le habia dado las costumbres y las maneras de éstos, y como se le habia estimado por su valor donde quiera que habia servido, y se le habia buscado, habia contraido el aspecto de un caballero.

Sucedia por entonces que Dolfos Vellido se habia contrapunteado de nuevo contra el rico hombre de Palencia, y se aprestaba para hacerle la guerra, y reunia gente á sueldo.

Josué, bien armado, ginete en un poderoso corcel perfectamente encubertado, tomando un sobrenombre aragonés, el de don Guillen de Sese, se presentó un dia á Dolfos Vellido y le dijo:

—Yo he tenido diferencias en Aragon con mis parientes; me he visto amenazado y obligado á extrañarme de mi patria é ir á buscar mi fortuna por el mundo como caballero aventurero. He llegado á esta tierra de Castilla, ha llegado á mí vuestra gran fama, y á vos me vengo para que me ampareis. Yo me ofrezco á vuestro servicio, y si me amparais, en la primera ocasion que se presente os convencereis de que habeis encontrado en mí un buen servidor.

—Pues no habeis podido llegar más á punto,—dijo Dolfos Vellido, engañado por la buena manera de Jo-

sué;—á mi servicio os tomo, y en el momento voy á encargáros de una empresa, en el proseguimiento de la cual, podreis demostrarme que he adquirido en vos un buen servidor. Con cien ginetes vais á ir inmediatamente á correrme las tierras de un enemigo mio.

El soberbio Dolfos Vellido se desdeñaba ya de ir personalmente contra su enemigo el rico-hombre de Palencia.

Allá fué con cien buenos ginetes Josué, y en ocho dias hizo un tal destrozo en las tierras del rico-hombre de Palencia, que cuando volvió cargado con la presa á dar cuenta á su buen señor del resultado de su empresa, Dolfos Vellido no pudo ménos de pagársela, y le admitió en su confianza, le hizo su favorito.

Josué intentó una venganza terrible, de la que, sin embargo, se vió obligado á desistir.

Se habia propuesto enamorar á doña Sancha, pervertirla, herir á Dolfos Vellido en la honra antes de herirle en el corazon.

Pero Josué no era uno de esos hombres que emprenden con imprudencia un proyecto.

Muy pronto se convenció de que doña Sancha amaba de tal manera á su marido, que era de todo punto inútil aventurarse en una prueba que ningun resultado podia dar más que comprometerle y ponerle en un lance decisivo con Dolfos Vellido.

Pero si por este camino no podia llegarse á la venganza, se presentaba otro sumamente fácil á Josué.

Era favorita de doña Sancha una hermosa jóven algo parienta suya, á la que tenia confiado el gobierno interior de su casa.

Doña Estrella habia dado muestras de agradarse de

una manera grave de Josué, en el punto en que le habia conocido.

Josué se habia mostrado reservado y respetuoso, sin dejar por esto de ser extraordinariamente galante para con doña Estrella.

Ya adivinirás, sin duda, Abacuc, lo que de esto resultó.

Josué era hermosísimo, jóven, insinuante, astuto, y trató de tal manera á doña Estrella, de tal modo la sedujo, de tal modo la enloqueció, que al fin comprendió que era completamente suyo el corazon, el alma y la conciencia de doña Estrella.

Esta era una nueva víctima producida por las consecuencias de la infamia de Dolfos Vellido.

Al fin sobrevino una explicacion amorosa entre doña Estrella y Josué.

Este siempre sagaz, oyó tristemente á doña Estrella, y le dijo:

—El amor que ha unido nuestras almas nos ha traído á un punto en que es necesario que yo os hable con una gran sinceridad; de otro modo, yo no mereceria el que vos me amarais.

Alarmóse con estas palabras la enamorada doña Estrella, y exigió de Josué la manifestase todo cuanto fuese necesario.

Entonces Josué, comprendiendo que nada arriesgaba con una revelacion, porque doña Estrella estaba completamente enamorada de él, le dijo:

—Yo no me llamo don Guillermo de Sese, ni soy noble, ni aun cristiano; me llamo Josué Leridt, y soy judío; he servido algunos años á sueldo á señores castellanos, y he querido servir á vuestro deudo Dolfos

Vellido, y temeroso de que no me admitiese á su servicio conociéndome judío, he tomado un nombre cristiano. Ahora, señora mia, si vos participais del ódio que tienen los cristianos á la gente de la mala sangre, como ellos nos llaman, despreciadme, olvidaos de mí y dejad para mí solo la desventura de mi amor.

No estaba ya doña Estrella en situacion de reflexionar.

Habia de haberle dicho Josué que era un demonio, y no hubiera podido dejar de amarle.

Pero como no podía pensarse en su casamiento, empezaron desde entonces unos amores secretos entre doña Estrella y Josué.

Una vez en la satisfaccion, aunque delorosa, de estos amores, doña Estrella acabó de enloquecer, y Josué se convenció de que tenia, no solamente el amor y el alma de doña Estrella, sino tambien su conciencia.

Para irritarla, para ponerla más á su voluntad, para enloquecerla definitivamente, Josué empezó á manifestarse frio, como retraido, como arrepentido de sus amores con doña Estrella.

La pasion de ella se exacerbó.

Sobrevinieron los celos, las quejas, las lágrimas.

Llegó el momento en que Josué dictase condiciones.

Entonces la propuso el cambio de los dos niños.

Doña Estrella, que era buena, resistió.

Pero muy pronto, hábilmente tratada por Josué, consintió en todo.

Sara habia sido avisada por Josué, y habia ido secretamente á Zamora con su pequeño hijo.

Entre la edad del hijo de Sara y del hijo de doña Sancha, habia un año.

Esto parecia una dificultad.

Sin embargo, se esperaba vencerla.

Una noche Josué entró por un postigo de la casa de Dolfos Vellido, llevando consigo el hijo de Sara.

A la nodriza del hijo l3gitimo de Dolfos Vellido se le habia aletargado.

S3 tom3 de su lecho la peque1a criatura, y se coloc3 la otra.

Josué entreg3 el hijo de su enemigo 3 Sara, que parti3 con 3l para la campi1a 3 ocultarse de nuevo.

Josué se fu3 en derechura al aposento de Dolfos Vellido.

Llam3 3 grandes golpes, y los pajes de Dolfos abrieron la puerta y contaron 3 su se1or de que don Guillen de Sese le buscaba todo alterado y descompuesto.

Cuidadoso de lo que podia ser aquello, 3 pesar de lo avanzada de la hora, Dolfos Vellido dej3 el lecho, se apresur3, y fu3 3 encontrarse con Josué, en quien tenia ciega confianza.

De tal manera Josué le habia engañado.

—Es fuerza que me sigais, se1or,—le dijo Josué,—si en algo teneis vuestra honra y vuestra vida.

—¿Pues qu3 sucede?—exclam3 todo sobresaltado Dolfos Vellido, porque no creia que don Guillen de Sese pudiese engañarle.

A m3s de esto, le veia descompuesto y tr3mulo, para lo cual nada tenia que fingir Josué, porque estaba ya en los t3rminos de la venganza de Sara, que era su venganza propia, y el 3dio 3 muerte 3 Dolfos Vellido lo conmovia.

—Yo no quiero hablar aqu3 temeroso aun de que nos oigan las paredes que nos rodean,—dijo Josué.—

Esto podia ser funesto. Seguidme, señor, y seguidme solo.

Engañado Dolfos Vellido por la confianza que tenia puesta en Josué, alarmado por el misterio con que le habia hablado éste, se ciñó una espada y un puñal, se puso un manto y un birrete, y salió con el que creia su servidor lealísimo.

Apenas estuvieron fuera de la casa, Josué tiró para adelante con paso rápido, y llevó á Dolfos Vellido á uno de los lugares más apartados de la ciudad, para lo que se vieron obligados á pasar por debajo de las cadenas, y á separar las vallas con que se cerraban las calles de trecho en trecho despues del toque de cubrefuego.

Una vez entre unos paredones cerca del muro, Josué se detuvo y dijo:

—Estais en mi poder.

—¡Cómo!—exclamó con sorpresa Dolfos Vellido, pero sin miedo, porque era valiente.—¿Qué significa esto?

—Esto significa,—dijo Josué,—que la desventurada Sara, el arcángel despedazado por vos, la mujer á quien todo lo debeis, empieza á vengarse.

Dolfos Vellido no contestó ni una sola palabra.

Vió claro que desde largo tiempo se le habia tendido un lazo, que habia caido en él, y que para salir de él solo podia contar con su propio esfuerzo.

Tiró, pues, rápidamente de la espada y se fué sobre Josué, que saltó atrás y desnudó la suya.

Muy pronto Josué, que era más fuerte y más diestro que Dolfos Vellido, le desarmó, y poniéndole la espada al pecho, le dijo:



CID RODRIGO DE VIVAR.—O escuchais ó sois muerto.

—O escuchais, ó sois muerto.

—Hablad,—dijo con una cólera concentrada Dolfos Vellido,—por ahora estoy á vuestra merced; pero, ¡ay de vos mañana! Matádmé, pués, sino quereis que os pese, y ved que os hablo con lealtad.

—Vos no habeis conocido nunca la lealtad, ni sabeis lo que la lealtad sea. Yo no quiero mataros: por ahora no me conviene mataros; pero sois mio, completamente mio. ¿Amais mucho al hijo que os ha dado vuestra esposa?

Rugió Dolfos Vellido y se aterró, porque su grande amor, el amor de toda su vida, lo era doña Sancha Dávalos, y aquel amor le sentia más intensamente aún en su hijo.

En cuanto á Sara, solo habia sentido por ella una poderosa sensualidad, que habia pasado con el hastío.

—¿Qué habeis hecho de mi hijo?—preguntó Vellido Dolfos alentando apenas.

—Vuestro hijo ha sido sustituido por otro hijo vuestro: en el lugar que ocupaba el hijo de doña Sancha, está ahora mismo el hijo de Sara, vuestro hijo primogénito, vuestro hijo legítimo ante Dios, porque vos debéis considerar á Sara como vuestra esposa. Mirad, Dolfos Vellido: la nodriza de vuestro pequeño hijo está aletargada. Si vos no quereis, ella que al amanecer habrá vuelto de su letargo, no podrá conocer el cambio. Vuestro hijo segundo, ese niño á quien llorais, es la prenda que tiene entre sus manos Sara. Ya que ella lo ha perdido todo, hacienda, honra y corazon, no quiere que robeis á su hijo, que es vuestro primogénito, como la habeis robado á ella. Si no haceis de manera que el hijo de Sara pase por hijo legítimo vuestro, con-

tad con que vuestro adorado hijo, el hijo de doña Sancha, muere; vos direis que esto es infame, pero ¿qué quereis? Una infamia produce otra infamia.

—Pedidme cuanto querais,—exclamó agonizando Dolfos Vellido,—pero volvedme mi hijo.

—Jamás, pero podeis tener por seguro que vuestro hijo vivirá y será tratado con un grande amor, con tal de que vos hagais pasar por hijo legitimo vuestro y de vuestra esposa doña Sancha, al pobre hijo de la desventurada Sara. Esto es muy fácil. Cuando entre dos niños no hay más que un año de diferencia en la edad, muy pronto esa diferencia no se conoce. Volveos esta noche misma á vuestra casa; recoged de junto á la nodriza aletargada á vuestro hijo primogénito, y salid solo con él y con doña Sancha, y alejaos, perdeos por algun tiempo; estas cuestiones de fecha son fáciles de embrollar. No tengo más que deciros. Quedad con Dios, y ved lo que haceis; la vida de vuestro amado hijo nos responde de vos.

Y dichas estas palabras, Josué se apartó rápidamente de Dolfos Vellido, y amparado por la oscuridad de la noche, se perdió.

Dolfos Vellido se volvió á su casa, fuera de sí, enloquecido.

Se metió en el aposento de la nodriza y se encontró con que, en efecto habia allí un niño como de año y medio.

La nodriza estaba de todo punto aletargada, y como dormia sola en una habitacion contigua al dormitorio de sus señores, nadie habia podido apercibirse del cambio de los niños.

Dolfos Vellido no perdió un momento.

Tenia una grande influencia en Zamora.

Las puertas estaban cerradas.

Aquel terrible don Guillen de Sese no podia haber salido de la ciudad.

Era necesario apereibir á la justicia, hacer que cuando se abriesen las puertas se reconociese escrupulosamente á todos los que saliesen.

Pero cuando Dolfos Vellido fué á dar su queja al merino mayor, se encontró con que este estaba irritado y furioso, y ántes de que le hablase Dolfos Vellido, le dijo:

—Sin duda habeis sabido lo mismo que yo acabo de saber y venís á auxiliarme. Veinte malhechores han acometido la puerta del Sol, han rendido la guardia, sorprendiéndola, han forzado la puerta y han salido de la ciudad. Les acompañaba una mujer que llevaba en los brazos un niño que lloraba.

Dolfos Vellido vió que era inútil dar sus quejas al merino mayor.

El golpe habia estado perfectamente preparado y se habia logrado completamente.

Respondió con evasivas al merino por que no podia prestarse á auxiliarme, vió que los que se habian atrevido á tanto y lo habian conseguido, eran capaces de cumplir su amenaza de matar á su hijo, y se doblegó á la situacion.

Volvió á su casa.

Faltaban aún cuatro horas para el dia.

Reveló á doña Sancha la situacion, y esta se aterró más súbitamente, si era posible, que su marido, y se apresuró á decidirle que cumpliese lo que se le habia intimado.

A aquella misma hora doña Sancha y Dolfos Vellido, tomando el niño de junto á la nodriza aletargada, salieron de su casa, y con los rostros cubiertos con antifaces fueron á ocultarse en una hospedería, donde incitados por el oro, sin conocerlos, los mantuvieron ocultos.

Al amanecer salieron de Zamora, en dos cabalgaduras que les habia procurado el hostelero, doña Sancha y Dolfos Vellido, llevando consigo el hijo de Sara.

Cuando avanzó el día, la servidumbre de Dolfos Vellido se apercibió de que faltaban sus señores, su hijo y doña Estrella.

No podian explicarse como sucedia esto.

Pero, en fin, cuando sucedia, sus razones habrian tenido los señores para ello.

Quince dias despues el mayordomo de Dolfos Vellido recibió una carta desde Portugal en que se le decia, sin darle explicaciones, permaneciese encargado de la casa y le enviase una suma de dinero que le fijaba.

Dos años estuvieron fuera de Castilla, sin que nadie pudiese explicarse la razon de esto, Dolfos Vellido, su mujer y el pequeño hijo de Sara.

Todos creian que con ellos estaba doña Estrella; se habia perdido; y á nadie le pasaba ni aun por las mientes, se hubiese sustituido un niño por otro.

Volvieron, al fin, Dolfos Vellido y doña Sancha con el hijo de Sara.

En cuanto á doña Estrella, Dolfos Vellido y su mujer dijeron que la habian dejado bien casada en Portugal. Y Vellido Dolfos explicó su repentina salida de Zamora y su ausencia en un reino extraño, diciendo que se le habia avisado de que malos enemigos suyos le ha-

bian calumniado para con el rey, y que, temeroso de los efectos de una traicion, se habia visto obligado á escapar secretamente.

Nadie conoció diferencia alguna, ni nada extraño en el niño.

Los que se acordaban de que el pequeño Vellido Dolfos se parecia extraordinariamente á su padre, no pudieron extrañar nada, porque el hijo de Sara se parecia tambien de una manera extraordinaria y más marcada, porque ya estaba crecido.

Hé aquí explicado como Vellido Dolfos es judío por parte de su madre, y como ha podido pasar por hijo lejítimo y primogénito de Dolfos Vellido.

—¿Y qué se hizo de Sara, de Josué, de doña Estrella y del verdadero Vellido Dolfos?—preguntó Abacuc.

—Este es un secreto que no puedo revelarte. Me liga un juramento que tú no querrás que yo rompa, y que yo no rompería aunque tú me lo rogases con las entrañas abiertas. Además que para tu propósito nada te importa. Puedo decirte algo, sin embargo.

Vellido Dolfos vive, aunque lejos de Zamora y aun de Castilla, que está rico y muy estimado en tierra extraña.

Un dia, á poco de haber vuelto á Zamora Dolfos Vellido, encontró en su mismo lecho una carta en que se le decia:

«Pon al pié de la Cruz de los Agonizantes, por la parte que mira al interior de la selva, enterrada bajo el césped, una cantidad de dinero bastante para que sea el buen patrimonio de tu hijo Vellido Dolfos: tu amor se interesa en ello.»

La Cruz de los Agonizantes está, tú lo sabes bien,

á dos leguas de Zamora, en el principio de la selva, junto el camino de Zamora á Palencia, como á un cuarto de legua.

Aquel mismo dia gentes encargadas por Dolfos Vellido llegaron al pié de la Cruz de los Agonizantes con una mula cargada de talegos.

Pero aquellos talegos iban llenos de monedas de cobre.

Se enterraron bajo el césped, y se quedaron en acecho muchos hombres determinados.

Pero se pasó un dia, y otro, y otro, y nadie se presentó á desenterrar el dinero.

Al cuarto dia, Dolfos Vellido encontró en el mismo lugar en que habia encontrado el dia anterior una nueva carta.

—«Tú nos crees imberbes,—decia aquella carta;—has dejado gente en acecho para que prendan á los que se llegen á la Cruz de los Agonizantes á recojer los talegos llenos de cobre que al pié de ella han enterrado. Esto es inútil, y podrá suceder muy bien, si no obedeces á esta segunda intimacion, que encuentres á la puerta de tu casa hecho pedazos á tu hijo. Pon el patrimonio que le destinas en el Barranco de los Cuervos, y que esto sea antes de tercer dia. Ten en cuenta que esta es la última intimacion que se te hace.»

Aterrado Dolfos Vellido, viendo que sus enemigos se precavian, y por amor á su hijo, hizo llevar al Barranco de los Cuervos, que está, como lo sabes tambien, una legua más allá de la Cruz de los Agonizantes, en el interior de la selva, algunos talegos que contenian tres mil doblas de oro de la banda.

Se quedó en acecho un solo y valiente servidor de Dolfos Vellido.

Esto queria decir únicamente que se queria saber si el dinero se habia recogido, si habia llegado á su destino.

Porque un hombre solo, por bravo que fuese, no podia oponerse á nada.

En efecto, á los tres dias volvió aquel servidor y manifestó que aquel dia por la mañana habian llegado al lugar donde se habian dejado los sacos con el dinero como hasta cien hombres á caballo, armados y cubiertos los semblantes, que habian recogido el dinero y habian partido.

Esto, que se supo, pasó por todo el mundo como un robo que se habia hecho á Dolfos Vellido, y nadie lo extrañó, por que como sabes, este género de robo son muy frecuentes.

Dolfos Vellido y doña Sancha, no han vuelto á saber más de su hijo.

Y ¡cosa extraña! aman á Vellido Dolfos como pudieran amar á su hijo legítimo, y casi casi pudiera asegurarte que si alguien siente en alguna manera al perdido hijo, es doña Sancha.

Ya sabes todo lo que yo puedo revelarte acerca de lo que me has preguntado.

—No me habia engañado yo, pues,—dijo Abacuc,—cuando por rasgos indudables he reconocido en Vellido Dolfos á nuestra raza; ni me he engañado tampoco cuando, por la impresion que Vellido Dolfos ha causado en Jesabeth, he conocido que ese hombre era su destino. Ahora lo que es necesario evitar, es que ese hombre sea para Jesabeth una desgracia, como lo fué su padre para la pobre Sara. Ahora, quédate adios. Yo te doy las gracias por la revelacion que me has hecho y que me indica la conducta que debo seguir.

Y Abacuc se despidió del anciano rabi, y se volvió á su casa, en donde encontró á Jesabeth triste y preocupada.

Conocia la dificultad de sus amores, y esta dificultad la consternaba.

Capítulo XII

En que continúa el intrincado relato de la historia que se tiene entre manos.

Como se vé, Abacuc estaba muy lejos de ser un hechicero, que llegaba al conocimiento de todo por medio de la adivinacion.

En cambio tenia más facultades esquisitas de percepcion y una inmensa experiencia.

Habia visto, sin que de ello le quedase la menor duda, que Jesabeth se habia impresionado de una manera determinante de Vellido Dolfos, y esto le habia hecho decir que aquel hombre era el destino de Jesabeth.

Además, los signos distintivos de raza que existian por parte de su madre en Vellido Dolfos, no se le habian ocultado.

Los habia visto claramente.

Adoraba á Jesabeth, y se aterró cuando la vió decidida, impresionada, enamorada de una manera decisi-

va de un cristiano, de un castellano, de un noble señor que debía heredar las riquezas y las grandes influencias de su padre.

En Vellido Dolfos había visto un enamoramiento absoluto, exigente, voluntarioso, por Jesabeth.

Se había propuesto, pues, hacer feliz á Jesabeth haciéndola conocer á quien amaba, que estaba al igual de Jesabeth, que, como ella, era judío; que había, pues, paridad de circunstancias.

A más de su amor, que ya era una influencia bastante, debía influir de una manera extraordinaria en Vellido Dolfos el temor de ser decaído de su alta posición de señor castellano, en la abyección de la raza judía.

Esto debía esclavizar á Vellido Dolfos, sujetarle á las condiciones que quisiera imponerle Abacuc.

Ya hemos visto que para confirmar sus deducciones, Abacuc se había ido en derechura á doña Sancha Dávalos, esposa de Dolfos Vellido.

Había descubierto lo bastante para tener un fundamento para preguntar al anciano rabí.

El debía saber, porque hacia muchos años ejercía el pontificado, qué niño judío se había perdido, y como hemos visto, el rabí lo sabía, y reveló la parte de secreto que le era posible revelar á Abacuc.

¿Pero dónde estaba el verdadero hijo de Dolfos Vellido y de doña Sancha Dávalos?

El rabí se había negado abiertamente á revelar esta parte del secreto, y Abacuc necesitaba saberlo.

Su plan era extenso.

Sacar de la sombra aquel hijo perdido, presentarlo á sus padres, aducir una prueba suficiente para que

estos pudieran reconocer á su hijo; desposeer, por lo tanto, á Vellido Dolfos, y reducirle á Jesabeth.

Pero, ¿cómo llegar al conocimiento del secreto?

Era necesario obligar al rabi, y esto era imposible.

El rabi era un hombre de virtud.

Además estaba investido de una gran autoridad.

Tenia un gran prestigio entre los judíos de la jurisdicción de Zamora, y le protegían las leyes.

Había que esperar.

Pero tal vez la vehemencia de los amores que se habían determinado entre Jesabeth y Vellido Dolfos no le concedía esta espera, y ya hemos visto que Jesabeth, arrastrada por su amor, se había sometido completamente á Vellido Dolfos, de la misma manera que Vellido se había sometido á ella.

¿Eran convenientes estos amores?

¿Se alegraba de ellos Abacuc?

Empecamos porque Abacuc no tenía más amor, ni más vida, ni más alma, que en su hija Jesabeth, que no habían podido menos de contrariarle, de irritarle y aun de causarle celos aquellos amores tan de improviso contraídos por su hija, y que se habían sobrepuesto á su amor filial.

Hasta entonces Jesabeth no había tenido corazón mas que para su padre y para el bello sér misterioso que habitaba en la casa encantada, y que probablemente era pariente suyo.

Si Abacuc no hubiera visto ya un amor sin remedios un amor decidido en Jesabeth por Vellido Dolfos, este se hubiera puesto muy en peligro siguiendo á Jesabeth, buscándola.

Pero el amor que Jesabeth habia sentido por Vellido Dolfos, ataba de piés y manos á Abacuc.

Era el amor de Jesabeth uno de esos amores que son la predestinacion de una criatura, el resultado de una simpatía perfecta, una predisposicion del alma.

Estos amores que se determinan violentos y terribles al conocerse dos séres que han de amarse, no son frecuentes, porque es difícil se encuentren una manera tal el uno respecto al otro, en un hombre y en una mujer, como son necesarios para determinar estos amores realizados, consumados en el momento en que se sienten, y de tal manera que, abreviando la obra del tiempo, obran como si ambos amantes se hubieran conocido y se hubieran amado toda la vida.

Se duda generalmente de todo lo que no es comun.

Es más: se niega, se tiene por inverosímil, á pesar de que en justicia se tiene el ejemplo de dos principios, de dos elementos, de dos sustancias que siendo distintas son asimilables y refundibles, y al tocarse se unen, se refunden y determina una sola y mera sustancia.

Hay que tener en cuenta que todas las relaciones que se conocen en el órden físico, tienen su semejante en el órden moral; que las asimilaciones y las combinaciones son infinitas, y basta pensar muy poco en esto para comprender que los séres reunidos pueden unir su espíritu, su voluntad, su existencia moral en el mismo punto en que se encuentren, de tal manera que constituyen un nuevo y sér moral.

Pero lo repetimos: esto está fuera de lo comun, de lo vulgar, los casos son muy raros, y por consecuencia, estos amores se niegan.

Sea como quiera, un amor de este género habia

unido ya de una manera indisoluble á Jesabeth y á Vellido Dolfos.

La vida del uno debia ser la vida del otro, comunes las aspiraciones, igual el alma.

Esto lo habia comprendido Abacuc.

Por consecuencia, amando como amaba á su hija, nada podia hacer contra Vellido, porque lo que contra él hubiera hecho, lo hubiera hecho contra su hija.

Pero en las asimilaciones, en la reproduccion de dos almas, la más fuerte vence.

Abacuc habia comprendido que adorando Vellido Dolfos á Jesabeth, podia hacerla inmensamente desgraciada, matarla.

Era de suponer que el noble, el altivo señor, satisfecho con la posesion de Jesabeth, con la absoluta union de su voluntad á la suya, poseyendo el sér entero de Jesabeth, creyese de todo punto inútil sacrificada su altivez, lo cual podia llevar á Jesabeth á la posicion de manceba de un noble señor, casado tal vez por razon de alcurnia, como si dijéramos, por razon de Estado y de conveniencia, con una noble castellana.

Como habia acontecido con los amores de Sara y de Dolfos Vellido.

Para evitar esta desgracia fué para lo que Abacuc buscó una felicidad perfecta entre Jesabeth y Vellido Dolfos.

Habia llegado al conocimiento de una historia.

Era necesario que Vellido Dolfos conociese esta historia.

Mas aún, se necesitaba que Vellido Dolfos fuese sustituido por el hijo legítimo de Dolfos Vellido y de doña Sancha Dávalos.

Abacuc se había propuesto encontrar á aquel hombre misterioso.

Y como no podía conocer su paradero sin tener indicio alguno por medio del rabí, se echó á buscar por otro lado, y se le ocurrió que tal vez en la casa del Misterio podría encontrar la revelacion del ser que buscaba.

¿Habria algo de común, ó habria contacto entre aquel don Samuel y aquella Sara su hija, con los habitantes de la casa Misteriosa?

A Abacuc no habia revelado su padre completamente la historia de aquella familia.

Ignoraba por qué estaba retraida, por qué de generacion en generacion habia vivido oculta, protagida por el terror que la casa del Misterio inspiraba.

En aquellos momentos en la casa del Misterio no se veia más que un esclavo octogenario, dos esclavas sexagenarias, y dos jóvenes. séres á los que acompañaba un hombre ya de edad provecta, y dos mujeres de edad provecta tambien.

Pero la dama de edad provecta no se llamaba Sara, ni la otra Estrella.

No podian ser, pues, las de la historia del rabí, ni era aquel hombre ya maduro aquel Josué de la historia.

Pero podia haber sucedido muy bien hubiesen cambiado de nombres.

¿Pero para qué, si eran ellos, se habian encerrado en la casa del Misterio?

Abacuc se propuso averiguar lo que hubiese en esto.

Cuando entró en su casa, como hemos dicho, encontró á Jesabeth triste y abatida.

Esto demostraba harto claro la violencia de sus

amores y el temor que la hermosa jóven sentia de que aquellos amores fuesen para ella una desgracia.

—Tu padre vela por tí,—la dijo Abacuc,—y puedes estar tranquila; tú serás tan feliz como puedas serlo; yo apartaré, en cuanto me sea posible, de sobre tu alma la desgracia.

—¡Ah! Yo soy muy feliz, padre mio,—dijo Jesabeth;—tú apruebas estos amores, y él me ama cuanto puede amarme; la tristeza que ves en mí es una tristeza de felicidad: él está resuelto á sacrificármelo todo.

—Como tú estás resuelta á sacrificárselo todo á él,—dijo con un acento extraño Abacuc.

—Pues bien, padre,—dijo Jesabeth mirando de una manera serena y fija á Abacuc,—esta resolucion de ambos de sacrificarlo todo el uno por el otro, hace nuestra felicidad.

Abacuc se convenció más y más de que ya no tenia hija, en tanto que él no contrariase los impulsos de su alma.

Calló.

Se salió al huerto.

Se deslizó por el pozo, y por la mina entró en la casa del Misterio, atravesando su cripta y saliendo luego á las habitaciones superiores.

Se encontró con el negro que á pesar de su avanzada edad, se sostenia fuerte, y le preguntó por Israel.

—¡Ah!—exclamó el negro;—mi buen Israel salió esta mañana por la mina que dá á la sinagoga, y estará algun tiempo ausente. Se ha propuesto asistir á unas fiestas que tenia en Búrgos el señor rey de Castilla, y allá ha partido con la bolsa bien repleta de oro. Yo

creo que Israel debe tener algunos amores en Búrgos, porque como sabes, no pasa mes en que no esté ausente ocho ó diez dias.

—Israel no se resigna á estar mucho tiempo encerrado, —dijo Abacuc, —y no le basta vagar de noche por la judería ó entretenerse en las veladas de la casa del gran rabí.

—Y no es esto solo, —dijo el negro; —Abigail está inquieta.

—¿Que está inquieta Abigail! —preguntó con cuidado Abacuc. —¿Qué le sucede á esa hermosa niña?

—Como sabes, mi buen amigo Abacuc, Israel ha sacado muchas veces misteriosamente de la judería á su hermana.

Sabes tambien que tienen casa en la ciudad, que en ella aparecen con Rebeca como si fueran hijos de una viuda cristiana y noble; que se trata con mucha gente, y ya me has oido tú más de una vez que esto va á suceder, porque perdiendo todo temor al misterio que les obliga á vivir ocultos en esta casa, la abandonen y vivan entre las gentes, èneubiertos con un nombre cristiano.

—Pero si eso sucede, —dijo Abacuc, —y atendiendo á la tradicion de la familia, debe sobrevenir una inmensa desgracia.

—Pues á mí me parece, —contestó el negro, —que esa desgracia está ya sucediendo. Y no aconteciera si Abigail no hubiera querido acontecer el modo, y no hubiera salido de aquí, aunque por pocos dias, y de tiempo en tiempo: Abigail está enamorada.

—¿Pero de quien? —preguntó con cuidado Abacuc.

—No lo sé: ese es un secreto, pero no ha podido

ocultarme su amor de la misma manera que oculta el nombre del hombre á quien ama.

—¡Oh! pues es necesario averiguar,—dijo Abacuc.

Y pasó adelante, y entró en una hermosa cámara.

En aquella cámara habia una dama de una extraordinaria hermosura, á pesar de que su edad rayaba ya entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años.

Aquella dama se llamaba Rebeca.

Capítulo XIII.

En que se aclara completamente el misterio para Abacuc.

Vestia Rebeca con un lujo extraordinario y completamente á la usanza oriental:

Era de una hermosura prodigiosa.

Blanca, blanquísima, pálida, con los ojos negros, enormes, rasgados, las cejas anchas, densas, dulcemente curvas, los cabellos voluminosos y negrísimos; la frente serena, la boca pequeña y purpúrea, la nariz recta y de una gran pureza, y la garganta larga, mórvida y de una forma admirable.

Esta garganta estaba oculta por los múltiples collares que la adornaban, y que caían deslumbrantes sobre su seno.

Una toca finísima de delicado brocado adamascado de oro y plata, ceñía la parte superior de su cabeza, y la cubría una larga túnica de seda blanca, bordada de

oro, cayendo sobre todo esto un cascán de brocado de plata sobre azul.

Tenia grandes arracadas de pedrería en las orejas, y ajorcas en los brazos y sobre los tobillos, y calzaba unos preciosos borceguíes de brocado de plata en azul.

Un gran joyero tenía su cinturón, y en él se sujetaba un puñal.

Sobre su pecho, de uno de los collares, pendía un amuleto, que era una mano negra de ébano.

Se conocía que era ya de edad esta dama; pero no había en ella nada marchito, nada en ella envejecido.

Si no tenía ese encanto vaporoso de la primera edad de la mujer, tenía el encanto mucho más fuerte y más incitante de la matrona que ha llegado á todo el desarrollo de las bellezas de la mujer.

Abacuc la trataba con un gran respeto, porque al acercarse á ella se inclinó tres veces.

Luego fué á sentarse sobre la piel de león negro que estaba á los piés del diván en que aparecía recostada indolente y profundamente meditabunda Rebeca.

Esta inclinó sus ojos sobre Abacuc, y le dijo sonriendo, pero de una manera melancólica.

—Algo te conturba, tú sufres.

—Sí, reina,—exclamó Abacuc,—sufro tanto que no puedo explicarte hasta qué punto llega mi sufrimiento.

—Sufrimiento, ¿por qué?—dijo Rebeca.—¿Es acaso porque ya experimentas, á causa de tu edad que decae, gran fatiga en tus correrías? ¿Y qué necesidad tienes de ellas?

—Cuando yo entré aquí,—dijo Abacuc,—los seres que aquí vivían y con los cuales me enlazó el amor

necesitaban mi amparo. Yo me lancé al campo como balletero libre. Yo he ido de ese modo reuniendo los tesoros que se ocultan en esta casa.

—Pues por lo mismo,—dijo Rebeca,—y ya que verdaderamente se puede llamar un tesoro á lo que tú en tantos años, como balletero libre, has adquirido, justo es que descanses, que dejes esa vida violenta y peligrosa.

—¡Ah! No; tengo tal costumbre de ella,—dijo Abacuc,—que no podría vivir de otro modo. Me cansaría más el ocio que el violento ejercicio á que me veo obligado para satisfacer mi inclinacion. Mi cuerpo está firme; pero mi alma vacila, mi alma sufre.

Rebeca volvió á inclinar los ojos, más adormecidos aun que antes, hácia Abacuc.

Habia un dulce fuego en aquella mirada.

Abacuc se estremeció.

—Lo que yo sufro en mi alma,—dijo,—es un amor terrible que ha venido á perturbar mi vida.

—¡Amor!—dijo con acento opaco y ardiente Rebeca, al mismo tiempo que pasaba por su hermosa boca la sombra de una sonrisa espiritual y sensual á un tiempo.

Abacuc volvió á estremecerse y miró con ánsia á Rebeca.

Rebeca condensó su mirada.

—¡Ah, por piedad!—exclamó Abacuc.

Y tembló de nuevo.

—¿Por qué ocultas tu secreto?—dijo Rebeca.—Hace mucho tiempo, mucho, que no podemos vernos sin que á tí se vuelvan mis ojos, aun contra mi voluntad. Yo no te diría esto si no me hubiera dicho, hace harto

tiempo, que me amas, la conmocion que se apodera de tí cuando á mí te acercas.

—Yo he dominado este amor, le he sujetado á mi voluntad, al juramento que hice á mi pobre Jael cuando murió.—Mi amor te acompaña á la tumba,—la dije, —tu alma vive en la mia; nuestro amor no muere.—Y como Jael dudase, yo la dije: Caigan sobre mí y sobre nuestra hija, y sobre todo lo que amemos, una horrible desgracia y se seque bajo nuestros piés la yerba, y la ira del Señor se vuelva contra nosotros, si yo olvido tu amor, Jael de mi alma, por el amor de otra mujer.

—¡Oh, imprudente!—exclamó Rebeca palideciendo,—¿tanto confiabas en las fuerzas de tu alma que osaste levantar al Señor un tan terrible juramento? Pues bien, esa desgracia nos amenaza ya á todos, á tu hija, á mí, á los míos, porque tú, Abacuc, me amas, estás enloquecido por mi amor de amor; de otra manera yo no hubiera humillado ante tí mi altivez, manifestándote el amor que por tí siento.

—¡Oh reina, reina de mi alma!—exclamó Abacuc;—el hombre es ciego, el hombre no va por los caminos sino por aquellos por donde le lleva la voluntad de Dios; la justicia de Dios es inflexible; los que rompen sus preceptos, los que se entregan á sus pasiones, y sobre todo los sanguinarios y los rapaces, han de ser necesariamente castigados por el Señor.

—Tú, sin embargo,—dijo de una manera en que habia algo de ferocidad Rebeca,—no te has teñido en otra sangre que en la impura é infame de los malditos nazarenos, de los enemigos de nuestro Dios y de nuestra raza, ni has tomado más oro que el de esos malditos.

—Sí, pero no los he matado en nombre de Dios; ni el oro que les he arrebatado lo he presentado en la casa del Señor. Yo he vertido sangre por ferocidad, y he quitado á mis víctimas, aunque cristianas, su oro. Aunque por avaricia, Dios ha sido justo al maldecirme; solo por la maldición de Dios he podido yo olvidarme de Jael para no pensar más que en tí, arcángel, y en vano es que yo haya disimulado; en vano es que yo haya sufrido; en vano es que yo haya dominado en cuanto me ha sido posible mi amor; tú lo has comprendido, tú has respondido á él con un amor semejante, y al fin hoy me revelas con la palabra un amor que solo me habias dicho con los ojos; con el atento, con la alegría con que siempre me has mirado.

Pues bien, Rebeca; yo no sufría en los momentos en que he entrado á verte á causa de mi amor por tí; habia en nuestro amor, aunque callado, algo que nos satisfacía á entrambos. Sufría y sufró por el amor de mi hija.

—¡Que Jesabeth ama!—exclamó Rebeca.—¿Y á quien ama Jesabeth? ¿Es digno de su amor?

—¡Oh, sí! es de nuestra raza, aunque él se cree cristiano y noble.

—¡Un noble cristiano que es de nuestra raza y lo ignora!—exclamó Rebeca.

—Sí,—dijo Abacuc mirando profundamente á Rebeca,—Vellido Dolfos, hijo de Dolfos Vellido.

Tembló de los pies á la cabeza Rebeca, y palideció de una manera tan intensa, que tomó las apariencias de un cadáver viviente.

—¡Vellido Dolfos!—exclamó de una manera inmensa.

Y su temblor creció y sus ojos se extravieron.

—¡Ah! tú no te llamas Rebeca, — exclamó Abacuc, que habia llegado de una manera imprevista y brevemente al esclarecimiento del misterio, — tú te llamas Sara, tú eres la hija del desdichado don Samuel, la víctima del infame Dolfos Vellido, la madre del que se llama Vellido Dolfos.

—¡Oh! Calla, calla, — exclamó Rebeca, mirando de una manera inmensa á Abacuc. — ¿Quién te ha revelado ese secreto?

—¡Ah! — exclamó Abacuc, — el gran rabí me ama como si yo fuera su hijo; me ama tal vez más por lo terrible que yo soy para los nazarenos, á quienes aborrece; pero no te quejes al anciano Abraham de que me haya revelado la mitad de un secreto: la otra mitad me la acabas de revelar tú. Sí, ya sé quién es el verdadero hijo de Dolfos Vellido y quién el hijo aparente.

—¡Ah! tú nada harás, nada harás, — exclamó Sara, — porque yo te maldeciré, porque yo te aborrecería, te mataría. ¡Ah! No, Abacuc, no, tú callarás; es necesario que mi hijo, mi hijo, que es el hijo primogénito de Dolfos Vellido, el hijo legítimo ante Dios, herede á su padre.

—¿Y mi hija, y mi hija? — exclamó Abacuc. — ¿Crees tú, que por mucho que yo te ame, arrastrado por la magia de tu alma y de tu hermosura, no amo más que á tí á mi hija? Mi hija es mi sangre.

—¡Y sangre mía es mi hijo! — exclamó Sara. — Mira, si yo tengo una casa en Zamora; si mantengo en ella una servidumbre; si voy de tiempo en tiempo á vivir en ella algunos días, y luego salgo como para hacer un viaje, que todos creen que es á uno de mis castillos de

Leon, ¿para qué crees que yo voy á buscar al amado mio, para ver alguna vez á mi hijo? ¡Oh, y qué hermoso es y que bravo! No, no; que él herede á su padre; la herencia le corresponde; por él me he sacrificado yo, por él he manchado mi conciencia, por él he contrariado mi alma; porque yo amo tambien, y como si fuera el hijo de mis entrañas, á mi buen Israel, al hermano menor de mi hijo.

—¡Oh!—exclamó Abacuc.—¿Y crees tú que yo puedo estar tranquilo respecto al corazon, á la felicidad de mi hija mientras no tenga sujeto á Vellido Dolfos, por que no tengo otro porvenir ni otra esperanza más que mi hija y yo?

—Pero hay un medio, Abacuc,—dijo Sara;—un medio que halaga mi alma y la satisface. Sí, yo no necesito decir á Vellido Dolfos: tú eres mi hijo, el hijo de mis entrañas; he estado á punto de decírselo alguna vez, pero no me he atrevido. Y dime, dime: ¿él ama á Jesabeth?

—Debe amarla; Jesabeth es admirable; su hermosura debe haberle fascinado y haberle abrasado el alma.

Sí, Vellido Dolfos ama á Jesabeth como Jesabeth le ama, con un amor capaz de sobreponerse á todo; pero él sabe que es amado de la misma manera; él puede creer tenerlo todo, el amor de Jesabeth y la altivez de su alcurnia; esto impediria su casamiento con Jesabeth, y haria la desgracia de mi hija, porque él acabaria por casarse, aunque sin amor, con una igual suyo.

—Y bien,—dijo Sara,—si la maldicion de Dios está ya sobre nosotros, inútil seria todo lo que hiciéramos para evitar los terribles efectos de la maldicion. Tú

puedes traer aquí á Vellido Dolfos; nosotros podremos probarle cuando querámos, por medio de la que hoy se llama su madre, que es hijo mio. Basta con que él tema esta prueba; puede hacerse pública, para que no se niegue á casarse secretamente con Jesabeth, para que no se una á una dama cristiana. ¡Oh! tú le traerás.

—Sí,—dijo Abacuc;—yo le traeré esta misma noche.

—¡Ah! y cuan largo me va á parecer el tiempo,—exclamó Rebeca.—Ahora bien, Abacuc, ¿por qué atormentar nuestro amor, si el espíritu de Jael desde la eternidad no deben tener celos; en la eternidad se está libre de esta materia mortal que nos impulsa, que nos enloquece. Jael amará tu amor, porque en la eternidad no hay más que espíritus, y si el espíritu de Jael es tu espíritu, mi espíritu es tambien el suyo, porque en tu espíritu está mi amor. Mira, no tengas celos, ya conoces mi historia de Dolfos Vellido; yo le amé, si, con ese amor irreflexivo de la juventud; creí que era mi destino; pero cuando le conocí infame, cuando no pude ocultar de que no me amaba, de que no me habia amado nunca, de que solo habia sentido por mí una pasión impura, á la que me habia sacrificado cruel y cobardemente, le aborrecí.

—¿Conque amaste sin duda á Josué que te amparó, que arrebató su hijo á Dolfos Vellido y puso en su lugar el tuyo?

—¡Ah! los hechos responden por mí,—dijo Rebeca.—Yo no podia amar á Josué; yo le habia engañado para que me sirviese; pero el amor era para mí horrible: como que le debia la inmensa desgracia de mi padre y mi desgracia propia.

Josué habia engañado á Estrella para servirse de ella, para hacerla su instrumento.

Estrella le adoraba.

Desengañado Josué de que yo no podia amarle, atraido al fin por el amor de Estrella, con Estrella se casó, y Abigail es la consecuencia de su union. ¿Puedes dudar aún? Si yo hubiera amado á Josué, ¿qué me impedía haberme unido á él? ¡Oh! silencio, siento pasos, es Abigail.

En efecto, un momento despues se levantó un riquísimo tapiz que cubria una de las puertas de la cámara, y entró una jóven de una hermosura ideal; pero no mayor que la de Jesabeth.

Habia la diferencia, sin embargo, entre ellas de que Jesabeth era de raza pura judía, y conservaba todo el tipo, y Abigail mostraba mezclado el tipo solariego castellano y el judío.

Jesabeth era morena, con los cabellos densamente negros, encendida de color hasta el punto de parecer blanquísima, y Abigail era blanca, pálida, nacarada y con los cabellos rubios como el oro.

Pero tenia los negros portentos, marcados con esa especie de dureza de la raza judía, y que se observa tambien en los gitanos; una especie de bravura que, sin embargo, no excluye la ternura, y que hace de estos ojos orientales una cosa irresistible.

Abigail adelantó sonriendo.

Pero aquella sonrisa de arcángel no habia podido borrar la profunda melancolía que aparecia como una sombra de desgracia en el semblante de la jóven.

Abigail era ya una mujer bella, aunque conservaba toda la pureza, todo el brillo de la juventud.

Era, por lo ménos, diez años mayor que Jesabeth, sin que esto la perjudicase en la comparación.

Abigail se apercibió, por la expresion que habia quedado en el semblante de Sara y de Abacuc, que habia llegado á cortar una conversacion gravísima.

Abacuc se levantó.

Asió de la mano á Abigail y la besó en la frente, y la llevó á sentarla en el divan en que se reclinaba Sara.

Despues de esto se despidió.

Bajó á la cripta.

Recorrió la mina.

Trepó por el pozo.

Al entrar en su casa, encontró en ella á Vellido Dolfos, que departia amigablemente con Jesabeth.

—Sígueme,—le dijo con la voz ronca.

—¡Oh, padre!—exclamó Jesabeth.

—Nada temas, hija mia,—exclamó Abacuc,—tu padre vela por tu felicidad. Sígueme tú.

Vellido Dolfos siguió á Abacuc.

Este se metió por el callejon, y salió con Vellido Dolfos por la puerta de los Leones.

Apenas estuvieron fuera, cuando Vellido Dolfos se dirigió á Abacuc, y le dijo con acento severo:

—Tú has buscado á mi madre, tú la has inquietado, mi madre sufre y llora; nada me ha dicho sino que un mendigo la ha indicado cosas muy graves, y me ha dado tus señas.

—No llares tu madre á la que no lo es,—dijo Aba-

cuc,—ni te atrevas á mirarme con la expresion de la amenaza. Yo puedo hacerte caer de todo lo alto de tu nobleza, de esa nobleza que crees tuya, como puedo exterminarte solo con quererlo. Vete, vuelve al lado de la que crees tu madre y tranquilízala. Dila que nada tema. En cuanto á tí, esta noche conocerás á tu verdadera madre. No podrás dudar de ello, porque la misma que tú crees tu madre, doña Sancha Dávalos, te dará la prueba. Ahora vete. Espérame al cerrar la noche en este mismo sitio, antes de que se cierre la puerta de la ciudad; pero no vuelvas á mi casa, porque no encontrarás en ella á Jesabeth, y no volverás á verla sino cuando sea tu esposa.

Vellido Dolfos, dominado por la situacion en que se encontraba y por el prestigio de Abacuc, se alejó, tomando á lo largo de los muros, hácia la puerta del Sol.

Abacuc volvió á su casa y mandó á Jesabeth que le siguiese.

La bajó el mismo al fondo del pozo.

Luego bajó.

Poco despues Jesabeth estaba entre Sara, á quien llamaba madre, y Abigail, á la que llamaba hermana.

Pero Abigail notó que por aquella vez Jesabeth no la miraba con el amor que otras veces, sino que por el contrario, habia en su mirada para ella algo de agresivo que no podia disimular.

Y era que Jesabeth tenia celos.

Era que Jesabeth sabia que Vellido Dolfos estaba impresionado por la dulce voz que habia oido, y que salia de la casa del Misterio.

Aquella voz habia sido la voz de Abigail.

Abacuc salió de nuevo, y para esperar la noche se metió en su aposento y se tendió sobre su lecho, enloquecido, perdido en un laberinto de dudas, de temores, en un estado, en fin, insoportable.

Capítulo XIV

De cómo llegó el caso de que Vellido Dolfos conociese á su verdadera madre.

Aquella tarde fué en vano al mercado el rebelde Vellido Dolfos.

Jesabeth no habia ido á ocupar su puesto con la hortaliza.

Al oscurecer Vellido Dolfos salió de ciudad por la puerta del Sol, y se encaminó á la de los Leones.

Cuando llegó, empezaba á cerrar la noche.

A alguna distancia de la puerta vió un bulto.

Aquel bulto era Abacuc.

—Es necesario confesar que has sido puntual,—dijo Abacuc.—Sígueme ahora.

Y se entró por la puerta de los Leones.

Para andar por la judería, y cuando no habia personas extrañas que pudiesen verle, Abacuc no se arrastraba.

Todos sus correligionarios sabían que no estaba li-
siado, y le guardaban el secreto.

La ficción de Abacuc solo era para los extraños.

Entró en su casa con Vellido Dolfos.

Cerró la puerta.

Le condujo al huerto, y luego, al brocal del pozo.

Le dijo lo que había de hacer para entrar por la
mina, y cuando Vellido Dolfos le gritó que ya había
entrado, bajó á su vez.

Abacuc le llevó á una de las habitaciones anterior-
es á la en que él debía encontrar á Sara, y le hizo es-
perar.

Entró luego, y encontró sola á Sara.

—¿Está ahí?—preguntó con la voz trémula á Aba-
cuc.

—Sí, ahí está,—dijo éste;—pero, ¿tendrás tú valor
y fuerzas para ser prudente?

—Sí,—dijo Sara, que estaba en una situación ex-
traña, inexplicable, convulsionada, pálida, anhelante.

—Es necesario que te domines,—dijo Abacuc,—que
te tranquilices, aunque no sea más que en la apa-
riencia.

—¿Está ahí?—preguntó Sara procurando domi-
narse.

—Sí, ahí está,—respondió Abacuc conmovido;—
ahí está tan impaciente como tú, tan alterado como tú.

—¿Y él sabe?...

—Sí; yo le he dicho que va á ver á su madre, á su
verdadera madre.

—Pero él no lo cree, ¿no es verdad?—exclamó Sara.

—Su soberbia no le permite creerlo,—replicó Aba-
cuc.—Pero él lo creerá, sí; yo te lo juro que él lo cree-

rá: tengo preparada la prueba; mientras que tú hablas con tu hijo, yo traeré á mi casa á doña Sancha; en ella la vereis los dos; y doña Sancha no nos negará la prueba.

—Cuenta con no cometer una imprudencia,—exclamó Sara.

—¡Ah! No,—dijo Abacuc;—doña Sancha tiene tanta libertad como quiere, aunque de ella no haga uso, por que es una excelente mujer. Dolfos Vellido, aunque su edad no sea en manera alguna avanzada, de tal manera ha sufrido por el remordimiento, que casi parece decrepito. Yo no he perdido nunca de vista esta familia; yo sé lo que en ella pasa. Allá se vé al viejo Dolfos Vellido sentado en su gran cámara, ya junto á la chimenea en el invierno, ya entre dos puertas en una corriente de aire que temple el ardor de su piel en el verano.

Permanece inmóvil horas enteras, y come poco, y mal pasea algo por el huerto, apoyado en el brazo de su mujer.

Se acuesta muy temprano, y al amanecer despierta.

Vuelve á colocarse en su sillón.

Al ver á Vellido Dolfos se estremece, porque recuerda su otro hijo perdido.

Y así pasa la vida ese miserable, ahogado bajo la mano de Dios.

Ya á estas horas estará recogido.

Su sueño, más que sueño, es un letargo, un tormento durante el cual los servidores que junto á él velan, le oyen murmurar palabras incoherentes é ininteligibles.

Doña Sancha puede salir y entrar fuera de su casa

secretamente, desde poco despues del anochecer, hora en que su marido se recoje, hasta poco antes del amanecer, en que se levanta, sin que su marido note su falta.

Me parece que te has dominado ya completamente, Sara.

Voy á traer á tu hijo.

Cuando le haya dejado contigo, iré á buscar á doña Sancha, la traeré á mi casa, y cuando en mi casa esté, vendré á esperar á que me llames á la habitacion inmediata.

Yo no tardaré media hora en estar con ella. Ahora voy por tu hijo.

Sara hizo un nuevo esfuerzo para acabar de dominarse, y esperó con ánsia.

Capítulo XV.

En que Vellido Dolfos se encuentra tan perturbado que cree haberse vuelto loco.

Poco despues entró en la cámara donde Sara estaba, no reclinada, sino recostada en el divan, Vellido Dolfos.

Una lámpara de plata pendiente de la cúpula inundaba de una blanca y fuerte luz la cámara.

Vellido Dolfos habia entrado con la rapidez de la impaciencia.

Al ver á Sara se detuvo sorprendido, y lanzó una exclamacion ahogada.

Sara, al ver la sorpresa de Vellido Dolfos, no pudo contenerse, y se puso de pié estremecida.

—Pero yo, señora, me engaño,—exclamó Vellido Dolfos reconociendo;—¿vos no sois Rebeca la judia? ¿vos sois doña Violante de Santorcaz, ó yo me engaño mucho?

Como hemos dicho ya á nuestros lectores, Sara con

Abigail pasaba algunos días, de tiempo en tiempo, vi- viendo públicamente en Zamora en la casa que en ella tenían, y entonces recibían gentes y se dejaban cono- cer de todo el mundo.

—Yo no soy ni Rebeca, ni doña Violante,—dijo Sara, que por muy grande que fuese su fuerza de vo- luntad y el dominio que en ella tenía, no podía conte- nerse, y dejaba ver á Vellido Dolfos una conmoción poderosa.—¿No os ha dicho Abasuc quién era la perso- na que veníais á ver?

—Sí, señora, sí,—contestó Vellido Dolfos que se sentía más y más atraído por Sara, más y más contur- bado;—pero yo no he creído lo que me ha dicho Aba- cuc; yo soy hijo de Dolfos Vellido.

—¿Y quién lo niega? ¿cómo puede esto negarse?— contestó Sara.

—Su hijo legítimo,—insistió Vellido Dolfos.

—¿Y quién lo duda? Su hijo legítimo sois, puesto que cuando él me amó era libre; y su esposa le hizo un juramento ante Dios; y por que vos sois su hijo legíti- mo, en su casa vivís, su nombre lleváis, su heredero sois; pero doña Sancha Dávalos no es vuestra madre,

—Yo no sé lo que pasa por mí, señora,—exclamó Vellido Dolfos;—mi corazón me arrastra hácia vos; es- toy sufriendo y gozando como jamás he sufrido ni go- zado.

—¿Y aún no estais en mis brazos?—exclamó Sara.

Hubo un momento de indecision, de lucha consigo mismo, en Vellido Dolfos.

En fin, como atraído por un irresistible poder mag- nético, avanzó hácia Sara y cayó en sus brazos.

Fué aquel un momento solemne.

Sara miró arrobada, enloquecida, á Vellido Dolfos.

Se la dilató la mirada, se la extravió.

Luego besó delirante, primero en la frente, luego en las megillas, despues en la boca á Vellido Dolfos, en tanto que convulsa lo estrechaba contra su seno.

Luego rompió á llorar, y Vellido Dolfos sintió que se desplomaba entre sus brazos, y hubo de sostenerla y de llevarla al divan.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó Vellido Dolfos;—sobre nosotros debe pesar una maldicion.

Los besos, y el estremecimiento de Sara al tenerle entre sus brazos, le habian abrasado las entrañas.

Sara era hermosísima, y habia producido en Vellido Dolfos el efecto de una mujer poderosamente tentadora.

Nada de esto habia acontecido en Sara.

Si se le habia abrasado el corazon, habia sido en un purísimo amor maternal.

Vellido Dolfos se sentó á su lado, reteniendo entre sus manos las manos de Sara.

—¡Ah! es imposible que vos seais mi madre, señora,—dijo Vellido Dolfos;—esto no puede ser, esto no debe quererlo Dios; esto debe ser un pretexto de que os habeis valido.

—¡Oh! calla, calla, desventurado,—exclamó Sara, retirando vivamente sus manos de las de su hijo.—Dices bien: sobre nosotros pesa una maldicion de Dios. Yo soy tu madre; yo puedo probártelo; te lo probaré

dentro de muy poco; la misma mujer á quien tú crees tu madre, te lo dirá. Luego Abacuc te contará como has podido pasar para todo el mundo, y creerte tú mismo hijo de doña Sancha Dávalos.

—Decid, decid, señora,—exclamó Vellido Dolfos, que miraba aturdido á Sara;—¿es vuestra voz la que canta algunas noches de una manera dulcísima sus tristes romances de amores?

—¡Oh! qué preguntas,—exclamó Sara;—qué preguntas en estos momentos.

Y Sara estaba pálida, aterrada, fijando en Vellido Dolfos una mirada cobarde.

—Pero decid, decid,—exclamó Vellido:—¿es vuestra esa voz dulcísima que sale por los ajimeces de esta casa sombría, y se deja oír fuera de ella?

—Mi voz no es con mucho tan juvenil ni tan dulce como esa voz que tú has oído,—respondió Sara;—es la voz de otra mujer.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Vellido Dolfos, que no podía comprender que un solo corazón pudiera conmovirse por tantos amores de una manera tan igual y tan poderosa.

Y luego guardó silencio aturdido.

De improviso dijo:

—¡Oh! Esa voz, esa voz...

En efecto, en una habitación inmediata, acompañada por una sonora gízla, que suspiraba lánguidamente tañida, había resonado la voz de Abigail.

—¡Oh, sí, sí! ¡Maldito de Dios!—exclamó Vellido Dolfos.—Yo amo á Jesabeth, la adoro. Cuando estoy ante ella, me parece que nada existe fuera de ella para mí en el mundo. Por ella lo olvido todo; cuando oigo

esa hechicera voz que canta, me olvido de Jesabeth y me parece que esa voz es la de un arcángel que Dios ha hecho descender á la tierra para que realice mi felicidad soñada; y ahora que estoy ante vos, señora, el recuerdo de Jesabeth empalidece, es más, esa dulce voz que canta ya no tiene para mi la mágia que otras veces.

—¡Oh, sí! ámame, ámame con toda tu alma,—dijo Sara,—porque soy tu madre, tu madre de dolor; tu madre que por tí ha sufrido tormentos y desesperaciones de las que tú no puedes tener ni aun la idea. Olvida esa voz que ahora canta; no pienses en la mujer que la produce, esa mujer es para tí imposible; y ama, ama á Jesabeth; ámala, porque ella es digna de tu amor, ámala, porque ella te ama, ella la desdichada que no ha amado jamás, porque Dios tal vez en sus iras la ha guardado para tí aún. Pero olvida, olvida á Abigail.

Vellido Dolfos tembló de los piés á la cabeza.

La tormenta que se revolvía en su alma era indescribible.

Los sentimientos que agitaban su corazón, inexplicables.

—Pero, decidme, señora,—exclamó,—¿sois vos la misma que en Zamora se conoce con el nombre de doña Violante de Santorcaz? No me engañe un extraño parecido.

—No, no te engaña, yo soy; yo, que de tiempo en tiempo aparecía en el mundo por verte, por tenerte á mi lado.

—¿Y cómo si sois mi madre,—exclamó Vellido Dolfos,—habiendo yo estado tan cerca de vos nada me ha

dicho mi corazón? ¿cómo habeis vos podido conteneros, y permanecer junto á mí sin que vuestro amor aparezca en vuestros ojos?

—¡Ah! tú no me conocias,—exclamó Sara,—y yo tenia fuerza bastante para encubrir lo que por mí pasaba cuando te tenia á mi lado.

—Y decidme, señora, ¿aquella hermosísima jóven á quien llamábais vuestra hija, doña María de Alvarado, es la misma jóven que canta?

—Sí,—contestó Sara con la voz opaca.

—¿Y esa jóven es mi hermana, dado caso que vos seais mi madre?

—Abigail no es mi hija,—contestó Sara;—pero tanto da: la ama tu hermano.

—¡Mi hermano!

—Sí, el verdadero hijo de doña Sancha.

—¿Y conozco yo á ese hombre?—exclamó Vellido Dolfos.

—Sí, no solamente le conoces, sino que le tratas. Ese jóven es un bravo caballero que ha justado muchas veces, no contra tí, sino perteneciendo al mismo bando de justadores á que tú has pertenecido. Es un valiente caballero aventurero que pasa por leonés, que tanto está aquí como allá, y que se llama don Fernando de Acuña, pero que es judío; entre nosotros se llama Israel.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Vellido Dolfos;—pero todo esto es un horrible sueño. No, no; vosotros me engañois todos; vosotros teneis sin duda algun gravísimo interés en engañarme; yo soy hijo legítimo del rico hombre Dolfos Vellido y de su noble esposa doña Sancha Dávalos.

—Espera, espera,—dijo Sara,—es muy posible que dentro de un momento la misma doña Sancha te declare la verdad.

Y Sara se levantó y salió violentamente á la habitación inmediata.

Capítulo XVI

En que la situación se complica más y más para Vellido Dolfos.

Apenas había salido Sara de la cámara, cuando entró en ella Abigail.

Al ver á Vellido Dolfos lanzó un grito y pretendió huir.

Pero no pudo.

Estaba asustada.

Miraba á Vellido Dolfos de una manera extraviada, anhelante.

—¡Ah! sois vos, doña Elvira; aquí, en ese traje; ¿erais vos la que cantaba?

—Sí, yo,—contestó con la voz balbuciente la joven;—pero perdonad, yo no sabia que estábais aquí; yo creía que iba á encontrar solo á la señora.

—¿La que llamis la señora es vuestra madre?

—¡Oh! Yo no sé lo que debo responderos. Esto para mí es una incomprensible sorpresa. Yo no podía espe-

rar encontraros aquí. Pero no, no; la señora no es mi madre; yo tengo madre; mi madre vive aquí con mi buen padre.

—¡Ah! yo estoy soñando,—exclamó Vellido Dolfos;—yo, que os he visto tantas veces de una manera indiferente, ahora, doña María, os amo.

—¡Oh! apartad, dejadme,—exclamó doña María, retrocediendo al ver que se acercaba á ella Vellido Dolfos.—No me digais que me amais, por que me desgarrais el alma; yo no puedo, yo no debo amaros; yo soy la prometida de otro.

—De don Fernando de Acuña, ¿no es cierto? más bien del judío Israel?—exclamó con la voz ronca y convulsa Vellido Dolfos.

—Sí, la prometida de Israel,—exclamó Abigail confusa, ruborosa, con la mirada fija en el suelo.

Luego alzó los ojos.

Abarcó en una mirada inmensa á Vellido Dolfos, que vió en aquella mirada un amor infinito, y luego escapó.

Desapareció por el mismo tapiz, por la misma puerta por donde habia entrado.

Vellido Dolfos se puso en su seguimiento.

Pero antes de llegar á la puerta, se contuvo.

—¡Oh! ¿á dónde voy yo?—exclamó.—¡Dios mio, Dios mio! ¿en qué te he ofendido, qué he hecho para que me castigues de ese modo?

Y quedó inmóvil y como anonadado.

Capítulo XVII

—

Las dos madres.

En tanto que habia tenido lugar esta escena entre Abigail y Vellido Dolfos, otra no ménos grave habia tenido lugar entre doña Sancha Dávalos, Sara y Abacuc.

Al salir Sara á la cámara donde Abacuc esperaba ya con doña Sancha, ésta exclamó:

—Pero yo os conozco, señora; vos sois doña Violante de Santorcaz, ó mucho me engaño.

—Sí, yo soy vuestra buena amiga, mi amada doña Sancha; sin embargo, ha habido un tiempo en que os he aborrecido de muerte. Despues este aborrecimiento ha pasado. ¿Qué culpa teniais vos, qué sabiais vos? ¿Cómo podiais vos suponer que el hombre que amábais, y de quien os creiais amada, que al fin fué vuestro esposo, habia sacrificado inicuamente, de una manera

cruel, á una desventurada que habia engañado, que habia deshonorado, cuya familia habia traído á horrendas desgracias, en la cual habia tenido un hijo? ¡Oh! Era injusto aborreceros. Y pasado el primer momento de mi desesperacion, yo dejé de aborreceros para compadeceros, para sentir á causa vuestra un doloroso remordimiento. Sí, yo os habia robado vuestro hijo, en su lugar habia puesto el mio, obligándoos á vos y vuestro marido, por el amor que á vuestro hijo teniais, á engañar al mundo.

Más tarde, muchos años despues, arrastrada por mi amor de madre, teniendo medios para ello, encubriéndome con un nombre supuesto, me he presentado en el mundo.

Quería tener junto á sí á mi hijo, hablarle, y ví que de tal manera amabais á mi hijo, que de tal manera habíais llegado á creerle hijo vuestro, que no he podido ménos de amaros. Es verdad que yo os pago en la misma moneda, que yo amo á vuestro hijo como si fuera hijo mio.

Doña Sancha habia escuchado absorta, trastornada, agonizando, á Sara.

Varias veces habia pretendido hablar en el punto más grave de su razonamiento, y no habia encontrado voz.

Al fin exclamó con acento desfallecido, pero ardiente, inmenso:

—Y mi hijo, señora, ¿dónde está mi hijo?

—¿De qué hijo hablais, señora? ¿del que se llama Vellido Dolfos y es hijo mio, ó del que se llama entre nosotros Israel, entre los cristianos don Fernando de Acuña y que es hijo vuestro?

—Yo no sé de qué hijo mio os hablo,—exclamó candorosamente doña Sancha,—mi corazón se confunde. Yo pienso tener en Vellido, no solamente el hijo de mi corazón que amo, sino también el hijo de mis entrañas que he perdido; y esto mantiene en mí vivo el amor del hijo que he perdido; pero yo no sé, yo no sé qué decir. Indudablemente vos no amais á Vellido como le amo yo, y yo no tengo duda de que vos amais infinitamente más al hijo mio que al vuestro.

—¡Ah! Yo no sé qué os diga tampoco,—exclamó Sara.—Mi razón no se entiende. ¡Ah! Sí, sí; yo los amo á los dos, los amo de igual manera. Cuando vos conozcais á vuestro hijo, entonces podreis juzgar. Pasará por vos lo que por mí pasa; yo en los dos no amo más que á uno, ó mejor dicho, á los dos los amo de igual manera.

—Pero, señora, es necesario que vuestro hijo y el mio conozcan la verdad, que sepan que son hermanos, que conozcan á su madre. Solamente de este modo pueden evitarse terribles desgracias, yo os lo aseguro: necesitamos de todo nuestro valor, debemos ambas arrostrar el sacrificio, debemos salvar á nuestros hijos.

—¡Oh! Yo lo sacrificaré todo por ellos; pero no comprendo, no puedo comprender; yo tengo muchas veces cerca de mí á mi hijo, á ese á quien vos llamais don Fernando de Acuña ó Israel. Sin embargo, el corazón nada me ha dicho.

—La naturaleza, es ciega; señora, si el alma no sienta casi siempre en armonía con el cuerpo, muchas veces el cuerpo solo, la naturaleza, no puede decir nada al alma. Nosotros nos identificamos con otras criaturas por las simpatías, por la costumbre. No busqueis

otra explicacion al fenómeno que experimentais en vos, y que yo tambien en mí experimento. La misma observacion que me habeis hecho me la ha hecho mi hijo; él ha dudado de que yo soy su madre, alegando por prueba que ha estado muchas veces junto á mí y que el corazon nada le ha dicho. Por lo mismo, señora, y para que él no pueda dudar, Abacuc os ha traído aquí donde mi hijo espéra. Entremos si os place.

—¡Oh! sí,—respondió doña Sancha,—yo tengo ánsia por aclarar esta situacion terrible.

Abacuc habia presenciado en silencio y poderosamente preocupado toda esta escena.

Cuando las dos damas entraron en la habitacion inmediata, Abacuc exclamó:

—Que se cumpla lo que está escrito. Yo hago todo lo que puedo hacer; pero sobre los propósitos del hombre está la voluntad del Señor.

Capítulo XVIII.

De como Vellido Dolfos no pudo ya dudar de la verdad de su origen.

Acababa apenas de salir Abigail, cuando se presentaron Sara y doña Sancha asidas de las manos á Vellido Dolfos.

—¿Conqué es verdad,—dijo este dirigiéndose á la que siempre habia tenido por su madre? ¿Conque estais aqui? ¿Conque vos, señora, y madre mia, venis á decirme: no te han engañado, yo no soy tu madre?

—¡Oh! No, no digas eso, hijo mio,—exclamó con toda la vehemencia de su acento doña Sancha;—yo soy tu madre, sí, la madre de tu alma.

Irradió una expresion de inmensa y terrible alegría en Vellido Dolfos.

Miró de una manera ansiosa, infinita, á Sara, y exclamó:

—¿Ló veis, señora, lo veis? Mi madre es noble y valiente; ella está aquí sin duda á causa de un engaño;

de una violencia; pero ella lo arrastra todo como lo arrastro yo; vos no sois mi madre.

—¡Oh! tú no me has comprendido,—exclamó doña Sancha.

—¡Qué decís, señora!—exclamó Vellido Dolfos, al que se le heló la sangre en las venas.—¿Afirmáis que esta señora es mi madre?

—Yo no puedo asegurarlo, pero ella lo afirma; lo que puedo, sí, asegurarte, jurarte por mi alma, por la tuya, por tu vida, por la vida y por el alma de mi verdadero hijo, por vosotros que es lo que más amo en este mundo, es que si soy tu madre del corazón, no soy tu madre de la naturaleza.

—¡Oh! Pero esto es increíble,—exclamó Vellido Dolfos, más y más aterrado.—¿Cómo ha podido hacerse un tal cambio?

—Un día, mejor dicho, una noche,—dijo doña Sancha dejándose caer en el diván, porque no podía tenerse de pie,—en el lugar que tu hermano ocupaba con tu nodriza aletargada, te encontramos á tí.

Y doña Sancha contó á Vellido Dolfos lo que sabia de aquella historia.

Cuando acabó doña Sancha, empezó Sara y aclaró aquella historia por completo.

—No basta, no basta esta prueba,—añadió Sara;—no basta que doña Sancha te diga, te jure que no es tu madre; es necesario que tu padre me reconozca; es necesario que tú, oculto, asistas á este reconocimiento.

Hace mucho tiempo que tu padre achacoso, débil, corroído por el remordimiento, no sale de su casa.

Así, pues, no ha podido conocerme cuando me he presentado en Zamora por verte, por tenerte á mi lado.

Mañana doña Violante de Santorcaz irá á visitar á tu padre, le hablará á solas.

Tú estarás prevenido.

Tú podrás escuchar.

Ahora concluyamos; todos nos encontramos terriblemente conmovidos, y es necesario que esto termine. Sé prudente; espera; nuestro destino está fijado por la voluntad de Dios, y en vano pretenderemos oponernos. Idos vos, señora, y tú, hijo mio: yo os lo suplico; Abacuc os conducirá, os sacará de aquí como os ha traído. Ahora guardad profundamente el secreto, dominaos, esperemos que haya cesado contra nosotros la cólera de Dios.

Y asiéndolos á entrambos de las manos, los sacó á la habitacion inmediata donde esperaba Abacuc.

—Condúcelos, —le dijo.

Y como Vellido Dolfos quisiere hablar, añadió severamente:

—Basta, basta; yo no puedo más, yo me estoy muriendo.

Y desapareció.

Algunos minutos despues, Abacuc ponía fuera de la judería á doña Sancha y á Vellido Dolfos, y se volvieron á su casa.

Capítulo XIX

En que Abacuc continúa la historia de la maldición de su familia.

Cuando volvió Abacuc á su casa, encontró servida ya la cena por Jesabeth.

—¡Oh! esta noche voy á cenar con muy buen apetito,—la dijo,—aunque he sufrido mucho. Pero tu destino está asegurado; yo haré de manera que nada nuble tu felicidad, puesto que Vellido Dolfos es el hombre al que la fatalidad te ha destinado.

—¡Oh, padre, padre mio! yo tengo el corazón triste; me abruma el presentimiento de una gran desgracia; yo creo que no he conocido á ese hombre, á ese hombre que se ha apoderado de mi alma, al que amo sobre todo en el mundo, no os ofendais, para que se cumpla esa maldición que vos decís pesa sobre nuestra familia. Anoche os acometió el sueño, y no acabaste de referirme la terrible historia que habíais empezado; la historia de mi madre y de su familia.

—Cenemos, hija mía,—dijo Abacuc;—después yo te diré lo que debo decirte, y en muy pocas palabras, porque esa historia me aflige, me aterra; no, para nuestra familia no hay perdón; sus crímenes fueron horribles, y nos han traído á la dolorosísima situación en que nos encontramos.

Abacuc se sentó junto á la mesa, en el suelo, sobre una estera, y frente á él, meditabunda y triste, Jesabeth.

La cena era sencilla, pero succulenta.

Abacuc era rico.

Si continuaba en su bandidaje, era por costumbre y por ferocidad más que por necesidad.

Si en Zamora delante de los cristianos, representando su papel de mendigo, se arrastraba como un reptil, era para encubrirse.

Si Jesabeth criaba sus legumbres é iba luego á venderlas al mercado, si habitaba en aquella miserable vivienda, era también por engañar al mundo.

Pero cuando Jesabeth asistía á una de las solemnidades del rito hebreo, en la cripta de la casa del Misterio, entre las personas que en ella habitaban, el gran rabí, ostentaba entonces un lujo deslumbrador.

Entonces aparecía con una hermosura tan severa, tan característica, como las de las antiguas reinas de la Escritura.

Entonces, ayudada su belleza por las galas y por las joyas, resplandecía.

Había entonces en ella una altivez que desaparecía cuando se vestía la sencilla túnica parda, y se ceñía sobre sus negríssimos cabellos una pobre aunque limpiísima túnica blanca.

Entre la dama misteriosa y la pobre vendedora del mercado, habia, en cuanto á la apariencia, un abismo.

Abacuc cenó con muy buen apetito.

En cuanto á Jesabeth, apenas si probó bocado.

Cuando Jesabeth hubo quitado la mesa, fué á sentarse junto á su padre, que se habia reclinado en el divan.

—Quedamos anoche en el momento,—dijo Abacuc,—en qué á causa de mis amores con Jael, con tu madre, fuí yo á ver al gran rabí.

Este me dijo:

—Puesto que Dios por el amor ha unido tu alma á la de Jael, y la de Jael á la tuya, bien es que sepas á euánto te expones satisfaciendo tu amor, uniéndote á Jael. Tú conocas á Roboan; Roboan es ya casi un cadáver; su esposa ha muerto; se la ha sepultado hoy; á causa de la viejitud del padre, del estado de anonadamiento, de la casi insensibilidad que se encontraba, Jael es libre, Jael puede disponer de su voluntad; Jael ha podido al fin decirte: yo te amo. Escúcha.

Hace veinticinco, casi la edad que Jael tiene, tuvo lugar en Damasco, en el barrio de los judíos, una historia horrible.

Roboan se habia enamorado de su hermana.

—¡Ah!—exclamó Jesabeth.

—Sí, hija mia, sí,—dijo Abacuc;—tus abuelos por parte de tu madre eran hermanos, más aún, parcidas.

—¡Dios mío!—exclamó Jesabeth.

—Sí, tus abuelos eran hijos de un honrado mercader que se llamaba Elías.

Era riquísimo.

No conocia ni su tesoro.

Comerciaba en pedrerías, y en perlas, y en costosísimas telas de seda, púrpura, oro, y plata.

Cuando nació su hija, hermana de Roboan, que habia nacido un año antes, murió Agla, su mujer.

No queriendo volver á casarse, no teniendo parientes, entregó su hija para que la criasen y la educasen á unos ricos ganaderos amigos suyos que vivian en el campo, cerca de Damasco.

El se quedó con su hijo Roboan.

Un hombre puede muy bien criar á un niño, y á más de esto el pobre Elias no queria desprenderse de sus dos hijos.

Todos los sábados Elias iba con su pequeño Roboan á la aldea donde sus amigos criaban á su hija.

Pero estos ganaderos, como es tan frecuente en Oriente, eran nómadas, trashumaban con sus ganados en busca de pastos.

Sin embargo, Ezequiel y su familia no salian de un círculo dado al rededor de Damasco.

Por consecuencia, todo se reducía á que durante una estacion del año Elias no pudiese ir los sábados á ver á su hija.

En cambio á su hija se la criaria bien, se la educaria bien, y Elias, por amor suyo, sufría el dolor de permanecer tres ó cuatro meses sin verla.

Pero llegó el dia en que debian volver con sus ganados Ezequiel y su familia á las inmediaciones de Damasco.

Lo atribuyó esto Elias á una eventualidad; que dilataria muy poco tiempo la vuelta de Ezequiel á las inmediaciones de Damasco.

Pasaron dos sábados, tres, cuatro, y Ezequiel no volvió.

Ni llegó ningún mensaje suyo que explicase su tardanza.

Pasaron otros dos sábados aún.

Vivamente inquieto ya Elias, se presentó al cadí.

Le manifestó el cuidado en que se encontraba, y le suplicó averiguase el paradero de Ezequiel.

Las noticias que vinieron fueron terribles.

Hacia dos meses, cuando Ezequiel se preparaba á volver junto á Damasco, las tribus errantes de la montaña, las tribus árabes guerreras, habian caido sobre Ezequiel y sobre su numerosa familia, los habian degollado y se habian llevado á las montañas sus rebaños.

Esta noticia fué para Elias un golpe terrible y le hizo perder la razon.

El cadí se vió obligado á tomar la tutela del niño Roboan y hacer se cuidase al padre.

Así pasaron algunos años.

El cadí era un varon justo y temeroso de Dios, y habia educado admirablemente á Roboan.

Se habia conservado además su hacienda.

Reducidas á dinero las pedrerías y las mercancías de Roboan, con las inmensas riquezas que ya poseia habia puesto todo aquel numerario en manos de mercaderes honrados, que hacian produjese una enorme ganancia.

El cadí era bravo y guerrador, y, cediendo á su inclinacion, habia hecho de Roboan, cuando apenas habia cumplido éste sus diez y ocho años, un guerrero terrible.

El cadí habia procurado averiguar cuál habia sido

la tribu errante, la horda de salteadores montañeses que habia exterminado á Ezequiel y á su numerosa familia.

Pero no habia logrado conseguirlo.

Las tribus errantes eran muchas.

Caian de tiempo en tiempo sobre los campos y sobre las pequeñas poblaciones como un azote de Dios, y despues de una rápida escursion sangrienta se volvian á sus guaridas, donde era inútil perseguirlos.

El conocimiento que tenian de la montaña, sus gargantas, sus desfiladeros, los protegian.

Las tropas árabes que contra ellos enviaba el sultan hacian escursiones peligrosas, de las que volvian diezmados, sin haber obtenido resultado alguno.

Cuando Roboan cumplió los diez y ocho años, el cadí le reveló la historia de la locura de su padre y le dijo:

—Yo te daria una taifa de cien bravos ginetes árabes si tú pudieses comandarlos.

—¡Qué!—exclamó con altivez Roboan;—¿no me crees bastante fuerte y bastante bravo para que yo comande cien ginetes?

—Sí, hijo mio, sí,—contestó el cadí;—eres un leon; tú no conoces el miedo, tu brazo es irresistible; pero un judío no puede comandar á los creyentes; esto es imposible; todo mi poder y todo el favor que tengo con el sultan no pueden allanar esta dificultad. Pero si tú volviesses á la verdadera creencia, la dificultad se allanaria.

El primer crimen de Roboan fué abjurar de Jehová, del Dios de Sináí, y el castigo no se debia hacer esperar.

Cierto era que Roboan habia dado en aquel crimen excitado por el ánsia de vengar á su padre, de encontrar á su hermana.

Pero pudo haber elegido otro medio.

Abjuró al fin.

Fué apóstata.

Y como era inmensamente rico, se recibió con placer su apostasía por los árabes.

Roboan tuvo ya una taifa, no de cien ginetes, sino de quinientos y de mil peones ballesteros, y con ellos partió á la montaña, resueltos á perecer ó á encontrar á los que habian matado ó robado á su hermana, y habian sido la causa de la locura de su padre.

Un dia, ya muy dentro de la montaña, durante una siesta calorosa, cuando Roboan marchaba al frente de su hueste, sedienta, porque en un largo trayecto no habian encontrado una sola gota de agua; su caballo, excitado por la sed y por el calor, sintiendo por su instinto lo que los hombres no sentian, es decir, una corriente próxima, dominó el freno y partió como el huracan, sin que Roboan pudiese contenerlo.

A los pocos momentos, y habiendo recorrido un largo espacio, el caballo que no iba desbocado, sino que buscaba la corriente que habia venteado para apagar su sed, se detuvo.

Corría un ancho arroyo que se desprendia de las quebraduras por un pequeño valle, en el fondo del cual se alzaba un aduar compuesto de algunas chozas.

En el momento en que el caballo se arrojó á la corriente, ó más bien en que se acercó á un ancho y sereno remanso, y se inclinó á beber Roboan, que habia echado pié á tierra para beber tambien, y bendecia á

su caballo que aquella agua salvadora habia sentido, oyó Roboan una hermosa voz de mujer que cantaba muy cerca, que se acercaba.

Aquella voz purísima, llena de una mágia singular, le conmovió.

Miró y vió una jóven montañesa, pobre y sencillamente vestida, que con un cántaro en la cabeza se acercaba al remanso.

Cuando pudo distinguir bien su semblante, cuando se hubo apercebido de la esbeltez y de la gallardía de su cuerpo, Roboan se sintió acometido de improvisó por un amor que debia producir la maldicion de nuestra familia.

—¡Ah!—exclamó Jesabeth,—vos habeis dicho que Roboan y su esposa eran hermanos y que tenian sobre sí el crimen del parricidio, ¿aquella hermosa montañesa era la hermana de Roboan?

—Si, Jesabeth, sí; era su hermana; pero, ¿cómo podia adivinarlo Roban? ¿cómo creer en esa fatalidad precisa que hacia que, en el primer paso que Roboan daba en la montaña, le saliese al encuentro su hermana? Está es la accion de la Providencia, que los que han meditado poco, los que no aceptan lo maravilloso, llaman fatalidad y protestan de ella.

El materialismo solo cree en el acaso; en el acaso, que es ilógico; en el acaso que determinaria el caos, porque nada puede fundarse, nada puede determinarse sobre el acaso.

Esto lo decimos nosotros, no lo decia Abacuc, que, hombre de su tiempo, dominado por las creencias de su tiempo, no podia decirlo.

Abacuc encontraba lo más natural del mundo, lo

más lógico, el cumplimiento del destino providente y providente.

Por consecuencia, para él nada tenía de extraño.

Era para él la cosa más natural del mundo que todos hermanos se hubiesen encontrado.

Se cumplía una maldición provocada por la apostasia de Roboan.

La ira de Dios le castigaba.

Si no se hubiera creído horrible, infame, la apostasia, no se hubiera encontrado como pena insuficiente de este formidable, horrendo crimen, el fuego que debía consumir á los apóstatas.

Ada se fascinó á la vista de Roboan, como Roboan se fascinó á la vista de Ada.

Los separaba el pequeño remanso

Ada se habia quedado junto á él inmóvil, con el cántaro en la cabeza, contemplando de una mane-absorta á Roboan, que estaba hermosísimo con su luciente armadura, con sus ricas galas y con su juvenil belleza.

Roboan se deleitaba y se conmovia ante la enérgica hermosura de Ada, cuyas magníficas formas acusaban la sencilla y pobre túnica que la cubria.

Roboan, sin acabar de calmar su sed, porque otra sed más poderosa la habia reemplazado, volvió á montar á caballo.

Salvó el remanso.

Llegó al otro lado, donde se encontraba Ada.

Echó pié á tierra, abandonó su caballo y se fué á Ada, que, en el momento de pasar Roboan, se habia quitado su cántaro de la cabeza y le habia puesto en el suelo.

Roboan llegó á ella y le asió las manos, que ella no retiró.

—¿Quién eres tú?—exclamó Roboan, con la voz alterada por la emocion,—arcángel de luz, flor de la vida, alegría del mundo?

—Yo soy Fátima,—contestó encendiéndose de rubor y bajando sus magníficos ojos Ada.

Fátima quiere decir hermosa.

—El amor es el eden sobre la tierra, el goce del paraíso, la luz de la luz, el alma del alma; el amor es Dios,—dijo Roboan.

—Yo no he sentido nunca el amor; yo no sé lo que es el amor, pero debe ser lo que he sentido en el momento en que te he visto; mi alma se ha inundado de placer, de alegría; mi vida ha crecido, mi ser entero ha sido atraído por tí. Y tú callas, tu hermoso semblante se enciende en un color hechicero; tus ojos temen mirarme; tiembblas, y agonizas de una dulce agonía.

Abrió sus ojos Ada.

Los posó en Roboan.

Ardió la mirada de éste, y en aquellas dos miradas que se mezclaron, que se confundieron, que se devoraron, ardió un solo espíritu: el espíritu del amor.

El destino se cumplía.

Ada y Roboan eran un solo sér, una igual voluntad, un mismo deseo partido en dos cuerpos vivientes.

Roboan llevó de la mano á Ada al pié de un magnífico abedul que formaba parte de un grupo de árboles, y extendía sus verdinegras ramas sobre la corriente.

Sentáronse allí ambos amantes.

Roboan retenía en sus manos las de Ada.

Ada aparecía más y más estremecida.

Roboan había olvidado completamente el objeto que le había llevado á la montaña.

Nada le importaba lo que no fuese Ada.

—¿Tienes padres?—la preguntó Roboan.

—Sí,—contestó Ada;—padre, madre y hermanos.

—¿Dónde habitais?

—Allá abajo, en aquella pobre aldea.

—¿Sois pobres?

—No tanto,—dijo Ada;—mi padre cabalga en la buena estacion: va á buscar á sus vecinos, que le siguen; él es su caudillo; baja de las montañas á las tierras habitadas, y cuando llega la estacion de las lluvias, vuelve cargado de botin.

Roboan había dado ya con los bandidos que buscaba.

Con los montañeses bravíos que eran la calamidad de la campiña.

¿Pero qué le importaba ya todo?

Para él nada existía en la tierra, ni fuera de ella, más que Ada.

—Cuéntame tu historia,—la dijo Roboan.

—Yo no tengo historia,—dijo Ada;—mi vida es siempre igual, la de todos los dias; despertar con el dia, ayudar á mis hermanas y á mi madre en el cuidado de la casa, reposar cuando anochece, dormir un sueño tranquilo; enganarme, y danzar en los dias consagrados á las solemnidades de nuestra religion; en las bodas, en los nacimientos de los niños, en la muerte de los que pasan para ir á otra vida mejor.

—¿Y no has amado nunca?

—¡Oh! nunca, aunque me han solicitado los más fuertes y los más ricos de nuestros vecinos; pero no

hallaba gracia en mis ojos, y mi padre, que me ama, ha respetado mi voluntad.

—Y si tú le dices que me amas y quieres ser mi esposa, ¿consentirá?

—¡Oh! mi voluntad es la voluntad de mi padre.

—Estamos en la estación de la lluvia,—dijo Roboan;—tú padre, pues, debe encontrarse en la montaña.

—Yo soy Abd-l-Melik,—dijo Roboan pronunciando ante Ada el nombre árabe que había tomado al renegar de su ley.

Había renunciado á su nombre de judío.

A más de esto, aunque él no hubiera renunciado, no le hubiera hecho oír á Ada.

Los árabes aborrecen y desprecian á los judíos.

—¿Tienes padres?—dijo Ada.

—Sí, pero mi padre ha sido visitado por el fuego del Señor.

Tanto los árabes como los judíos creen que una criatura enloquece si á ella no baja el espíritu de fuego, esto es, el espíritu de Dios.

Por consecuencia veneran á los locos.

Los consideran como elegidos de Dios.

—¡Ah!—exclamó con alegría Ada.—Dios ama á tu padre, Dios debe amarte á ti.

—Soy además,—dijo Roboan,—ahija lo del cadí de Damasco; soy rico, muy rico; mis tesoros no tienen cuento.

—¡Ah! yo también soy rica,—exclamó Ada.—Mi padre me ama de tal manera, que me ha favorecido más que á sus otros hijos.

En aquel momento apareció, saliendo sobre un acci-

dente del terreno, un hombre atlético, extraordinariamente moreno, como de sesenta años, fuerte y feroz.

Llevaba una especie de túnica de lana parda.

Una toca en la cabeza.

Los pies descalzos; los brazos membrudos y descubiertos hasta el codo, y pendiente de un cordón de su hombro derecho, sobre su costado izquierdo, un largo y corvo yatagan.

Se acercó tranquilo.

Nada había que pudiese irritarle en la actitud que guardaban los dos jóvenes.

Ambos se pusieron de pies al verle.

En aquel punto la tropa de Roboan, que, como sabemos, constaba de más de dos mil hombres de á caballo y de á pié y lucientemente armada, apareció por el otro lado de la corriente.

El árabe lanzó una mirada recelosa á aquella gente que se acercaba, y dijo á Roboan:

—Tú eres el caudillo de los que llegan, ¿no es verdad?

—Sí,—contestó Roboan.—Pero nada temas, yo soy tu amigo, y esa gente no viene contra tí.

—¿Para qué, pues, el hombre de la ciudad ha entrado en la montaña?—preguntó Almondír, que así se llamaba el bravío jeque.

—Yo venia á buscarte á tí, caudillo de los tigres de la montaña. Pero antes que á tí he encontrado á tu hija, y una paz sincera, la paz del corazón, se ha establecido entre nosotros.

—Tú amas á Fátima,—respondió el jeque,—y ella te ama: lo veo en su turbación, en su ansiedad; ella no ha amado nunca; su voluntad es la mía; lo que ella

ama debo necesariamente amarlo yo. Bien venido sea el joven guerrero; la amistad, la hospitalidad te esperan en mi aduar. Ven amigo; que vengan los tuyos; para todos hay pan, leche, viandas frescas y sabrosas, techo que cubra sus cabezas, lecho en que reposen.

Y Almondir se puso en marcha.

Roboan y Ada le siguieron asidos de las manos.

Ella olvidó su cántaro.

El, ni aun se acordó de recoger su caballo.

El generoso bruto arrancó tras su amo al verle que se ponía en marcha.

Al arrancar rompió el cántaro que Ada se había dejado olvidado.

La taifa de Roboan continuó tras él.

Apoco entraban en el aduar ó aldea que estaba muy bien ordenado, formando un ancho cuadro dividido en calles.

Estas calles estaban formadas por grupos de casas de un solo piso, construidas de tierra y piedra, muy blanqueadas, con su terrado, y adherido á cada una de ellas un huerto.

En la plaza, que era bastante grande, se veían, uno á un lado y otro á otro, dos edificios mayores.

Era el uno la aljama ó mezquita construida con mucho cuidado, con mucha más riqueza, sobre la cual descollaba un alto almenar ó torre, desde donde el muezin debía llamar á los creyentes á cada una de la oracion del dia.

Colocado al otro extremo de la plaza, tambien con más cuidado en su construccion, que constaba de dos pisos, y al que estaba adherido un extenso huerte, era la casa del jeque Almondir.

En los buertos en las calles, y aun en la misma plaza, descollaban acá y allá gigantescas palmeras.

En medio de la plaza se alzaba un gigantesco cedro.

A su sombra se veían tendidos algunos hombres.

En la plaza se veía el césped.

Parecía que aquella población se había hecho entre el viejo palmar, sin tocar á una sola palma, sin romper el terreno virgen en otro lugar que donde se había hecho las construcciones.

Cien años antes había llegado allí una tribu nómada

Se había agradado de la apacibilidad del sitio, de la claridad y la abundancia de la corriente, y había levantado algunas barracas.

Aquellas barracas se habían aumentado.

Se habían convertido en casas, habían constituido al fin una población de doscientas familias, la cual había heredado el señorío, por decirlo así, de su padre, treinta años antes, el bravo Almondir.

Vió Roboan que en el interior de la casa del jeque había no solo limpieza y comodidad, sino lujo.

Salieron al encuentro de Almondir su mujer y sus numerosos hijos, de los cuales el mayor era Ada.

Hizo el jeque á Roboan los honores de la hospitalidad, partiendo con él el pan y la sal.

Desde aquel momento Roboan podía comunicarse como en su propia casa.

Los árabes que habían seguido á Roboan habían sido aposentados y recibidos con una igual hospitalidad en las demás casas de la aldea.

El barbero estaba en sus glorias.

Tenia ya gente á monton para lucir sus hechos, cuentos de hadas y sus cantos.

Un viejo que vendia opio, se prometia buenas ganancias.

Las muchachas, que por ser montañesas no guardaban el mismo recato que las de las ciudades, se dejaban ver por todas partes con el rostro descubierto, estaban alegres.

Habian entrado hermosos forasteros, bellamente armados y ataviados, y todos jóvenes y buenos mozos.

Si Roboan no hubiera encontrado á Ada, la intencion hubiera sido completamente distinta.

La aldea hubiera sido acometida.

Sus habitantes, muy inferiores en número á la tafia de Roboan, hubieran sido vencidos.

La sangre, el incendio, hubiera caido sobre el aduar, y aquellas hermosas doncellas, que no hubieran podido escapar á las asperezas de las montañas, se hubieran visto esclavas del vencedor.

Pero el amor es la paz y la dulzura, y habia salido al encuentro de Roboan.

Poco despues de la llegada de éste y de su gente, toda era regocijo y fiesta en la aldea.

Las muchachas se habian engalanado.

Las guzlas, las vihuelas, los atabalillos y las dulzainas, tocaban el alegre son de la zambra, y todos bailaban, se divertían.

Se habia comido bien.

Aquello era un paraiso.

Almondir no sabia qué hacerse con sus huéspedes.

Ada amaba á su caudillo, y el anciano jeque res-

ponía con su magnificencia y con su buen humor á este amor de su hija.

Tres dias hubo de fiestas y de regocijos.

Tres dias en que el amor de Ada y de Roboan llegó al delirio.

Roboan pidió á Almondir por esposa su á hija.

—Yo te la concedo,—dijo éste,—puesto que ella te ama, que no podría ser feliz sin tí; pero es necesario que yo te revele un secreto. Fátima no es mi hija. Y si tú no la amas más que á tu alma, yo apuraré la desgracia de que no satisfaga su amor, pero respetaré tu decision.

Fátima no es ismaelita.

Fátima es hebrea.

—¿Qué es hebrea Fátima!—exclamó estremeciéndose Roboan.—¿Pero Fátima es el nombre de la madre del Profeta?

—Sí,—contestó Almondir,—pero el verdadero nombre de Fátima es Ada.

La revelacion que habia tenido Roboan al saber que la doncella que amaba no era árabe sino judía, esclarecia más y más.

Ada era el nombre de su hermana.

—¿Y cómo ha venido á dar en tus manos esta doncella judía?—preguntó Roboan con la voz apagada y trémula.

—Hace diez y ocho años,—dijo Abacuc,—bajé yo de la montaña hácia Damasco.

Encontré un aduar de pastores.

Resistieron.

Se negaron á dejarme conducir sus rebaños á la montaña.

Lucharon conmigo.

Yo los vencí y los exterminé.

Eran judíos.

Mis soldados no tuvieron compasion de ellos.

Todos cayeron, hombres, mujeres, viejos, jóvenes, niños, aun los de pecho, bajo el filo de las espadas de los creyentes hijos del Islam.

Pero yo tuve compasion de Ada, y la arranqué de las manos de uno de los míos en el momento en que éste iba á degollarla.

La traje conmigo á mi aduar y en él se crió.

Acabé por mirarla como hija mia.

Despues ella ha sido, ella es mi hija más amada.

Ella ignora que es judía.

Ella no sabe que sus padres, que sus parientes, fueron degollados por mí.

Ella se cree mi hija.

Yo soy un hombre temeroso de Dios y no he debido engañarte.

Pero si tú guardas el secreto que te he confiado, ella se creará siempre hija del jeque Almondir.

Roboan no podia tener ya duda.

Ada era su hermana, aquella perdida hermana por la cual únicamente habia ido á buscar á los árabes bandidos de la montaña.

El descubrimiento de su hermana le aterró.

Aumentó su terror aquel amor violento que por su hermana sentia.

La fascinacion amorosa que por él sentia Ada.

Si Roboan no hubiera estado maldito de Dios, la revelacion de Almondir le hubiera curado de aquel amor horrible, que, desde el momento en que él sabia

que Ada era su hermana, se había convertido en incestuoso.

Pero Satanás se había apoderado del apóstata y le iluminaba completamente.

Para Roboan no existía nada en el mundo más que su amor.

Ada lo era para él todo.

¿Qué le importaba la condenación de su alma si gozaba los amores de su arcángel terrible?

Roboan disimuló.

No dijo á Almondír que Ada era su hermana.

Por el contrario, le respondió:

—¿Qué importa que tu hija Fátima tenga en sus venas la sangre maldita? Ella se cree musulmana, ella adora al Dios altísimo y único; ella pronunció con toda la fé de su alma la profesion de fé de los ismaelitas; ismaelita es, pues tú has guardado el secreto, yo le guardaré. Ahora, ¿qué importa que Ada sea hebrea ó musulmana? Yo la amo, ella me ama, todos adoramos á un mismo Dios: ella será mi única esposa y la sola madre de mis hijos.

—Dios te bendiga,—exclamó Almondír;—yo no me arrepiento de haberte recibido como amigo, cuando como enemigo habiais entrado contra mí en la montaña. Fátima nos ha traído á este pacto de amor y de alianza, y por esposa te la doy con toda la alegría de mi alma.

Sus bodas se hicieron al día siguiente.

El horror del incesto no había podido contener al maldito Roboan.

Permanecieron en el aduar un mes entero despues de las bodas, mes que se pasó en fiestas y en el delirio

del amor de los dos esposos, y al fin, llevando en sacos cargados de dinero, el cuantioso dote de Ada, Roboan y ella se despidieron de Almondir y se volvieron á Damasco.

—¿Y qué has hecho?—preguntó severamente el cadí, su padrino, á Roboan.—¿Fuistes á buscar á tu hermana, á castigar á los árabes ladrones de la montaña y has tomado por esposa á la hija de su jeque?

—Tú no conoces á mi esposa, —dijo Roboan,—cuando la conocieres me disculparás. Además he sabido que mi hermana fué muerta cuando fueron degollados los pastores á cuyo dueño habia confiado mi padre mi hermana.

—¿Y tu venganza?—exclamó el severo cadí.

—Cuando conozcais á Fátima, —respondió Roboan,— me disculparás.

Y para obtener pronto aquella disculpa, Roboan condujo á su casa al anciano cadí.

Este, al ver á Fátima, exclamó:

—Tu debilidad es disculpable, puesto yo, en el mismo caso que tú, nó sé lo que hubiera hecho; Dios lo ha querido: sé feliz si puedes; Dios te perdonará el haber renunciado á tu venganza contra los asesinos de tu hermana.

Y el cadí se salió acongojado de la casa de Roboan; pero disculpando á ésta, rogando por él á Dios.

En efecto, el cadí no habia visto en todos los dias de su vida una criatura cuya belleza fuese tan extraordinaria como la de Ada, ni que tuviese un encanto semejante al suyo.

A este punto de su narracion, Abacuc dijo:

—Estoy fatigado, muy fatigado, hija mia. Déjame

reposar. Mañana acabaré de contarte esta terrible historia.

Y Abacuc se reclinó en el divan.

Jesabeth se fué á su aposento y se acostó, para pasar otra noche de insomnio y de agitation.

Capítulo XXI

En que Vellido Dolfos no puede dudar que es hijo de Sara

Al día siguiente muy temprano, apenas alboreaba, Sara, acompañada de Abigail y vestidas ambas con sus trajes de damas, castellanas; pero trajes de camino, llegaron por la mina y por el pozo seguidas de algunos servidores de confianza que estaban en el secreto, y que vestían como castellanos, á la casa de Abacuc.

Abacuc habia preparado dos acaneas y tres mulas para las dos damas y para los tres servidores que las acompañaban.

Salieron sin ser vistos de nadie por la puerta de la judería que daba al campo, esto es, por las de los Leones, cuando acababa de abrirse.

Se encaminaron á la del Sol, entraron por ella en Zamora y se fueron á las cercanías, cerca de las cuales, en una pequeña plaza, se alzaba la noble casa de doña Violante de Albarado.

La servidumbre que en la casa habia, que estaba dispuesta á vestir siempre á sus señoras, y que creían que estas habian estado en sus dominios de Leon, nada extrañaron.

Hicieron como que descansaron Sara y Abigail.

Se levantaron al medio dia, comieron, se engalanaron, y en dos sillas de manos, con gran boato, acompañadas de pajes y dueñas, se fueron á la gran plaza Mayor, en la cual, en uno de sus extremos y aisladas como hemos dicho, estaba la casa de Dolfos Vellido.

Doña Sancha bajó á recibirlas á la misma puerta.

Las llevó al estrado, y á poco condujo á Sara á la habitacion donde hacia ya algunos años vejetaba Dolfos Vellido, enfermo y devorado por el remordimiento.

Abigail se habia quedado entre tanto con la jóven doncella de doña Sancha.

Como todo estaba prevenido, Vellido Dolfos acechaba oculto tras los tapices de una de las puertas de la cámara.

Sara entró sola.

Doña Sancha se quedó tras los tapices de la puerta por donde Sara habia entrado.

Vellido Dolfos estaba sentado junto á la chimena, temblando de frio, á pesar del fuego, porque tenía el frio en el alma.

Aparecia tranquilo como resignado á su desdicha.

Estaba enfermo, viejo, casi decrepito.

Pero para castigo suyo, habia conservado su razon.

Sara, combatida por una emocion terrible, se adelantó silenciosamente, se acercó al sillón de Vellido Dolfos, y le dijo con acento débil, que representaba toda la violencia que se hacia:

—Cuán largos son veintiocho años cuando se han pasado en la desgracia y en la desesperación.

Se estremeció Dolfos Vellido, volvió violentamente la cabeza, miró con estupor á Sara, y la dijo:

—¿Quien sois vos? Yo conozco vuestro acento, yo os he visto alguna vez; lo recuerdo como si recordara un sueño lejano, un sueño perdido. Me dais espanto, señora. Hablad, hablad, explicadme Yo no os conozco. ¿Por qué habeis venido aquí?

—Miradme, miradme bien, Dolfos,—exclamó Sara inclinándose sobre el viejo, y poniendo á muy poca distancia del suyo su semblante.

—¡Oh! sí, sí; yo os he visto alguna vez, pero no sé cuándo. Sí, vos me espantais, me aterrais, yo no sé por qué; hablad, decid.

Sara estaba pálida como una muerta.

Se irguió.

Se separó de Dolfos Vellido.

Tomó un sillón, lo acercó al que él ocupaba, se sentó, y mirándole de hito en hito, exclamó:

—¡Cuánto gasta el dolor y el remordimiento! ¡Cuánto puede hacer se parezca á un cadáver viviente un hombre que como vos ha cumplido los cincuenta años, y que debia estar en todo el vigor de su vida! ¡Oh cuán justiciero es Dios, y cuán terrible es su justicia!

Dolfos Vellido se estremeció de una manera más poderosa.

Vagaron sus ojos.

Pareció que un recuerdo más determinante esclarecía su memoria, y al fin exclamó con una voz solemne, terrible, timbrada por el espanto:

—¡Sara. Sar? ¿Eres tú? Sí, tú eres. ¿A que has venido? ¿Quién te ha traído? ¿De dónde sales?

—¡Mi hijo! ¡Pues qué!—exclamó Sara,—¿no tienes tú en tu casa á nuestro hijo? ¿No es nuestro hijo el heredero de tu nombre y de tus dominios? ¿No es esto justo? ¿No es nuestro hijo tu hijo primogénito? ¿No soy yo tu esposa ante Dios?

—¡Oh! Calla, calla,—exclamó Dolfos Vellido.—Yo no te amaba; yo te engañé: Dios me ha castigado; han sobrevenido los años, y con ellos el dolor de la conciencia; yo no te dije amores, sino por que tú eras el alma y la voluntad de tu padre; porque teniendo yo tu amor, tenia la voluntad de tu padre; yo era pobre, yo estaba injuriado, yo necesitaba desagravio. Para desagraviarme, hombres; para tomar los hombres á sueldo, dinero.

—Y tú, miserable asesino y ladron,—exclamó Sara, que á pesar de que sabia que la oía Vellido Dolfos y doña Sancha no habia podido contener la explosion de su dolor,—sí, causante de la ruina y la vergüenza de mi padre, tú le obligastes á poner fin á sus dias, desesperado; y yo, yo, me encontré huérfana y pobre, deshonrada, con un hijo tuyo, perdida por tí, entregada á la mayor de las desesperaciones.

—¡Oh! perdon, perdon,—exclamó Dolfos Vellido;—tú te has vengado cruelmente Sara, tú me has robado al hijo de mi amor.

—En cambio te dejé tu hijo, tu hijo primogénito,—exclamó Sara con la voz ronca; - tu hijo que legítimamente ocupa en tu casa el segundo lugar despues de tí.

—¡Oh! sí, sí,—exclamó Dolfos Vellido;—mi hijo

Vellido ocupa el lugar que le corresponde. Sí, yo te habia jurado hacerte mi esposa; tu hijo es mi primogénito; yo le amo, él me heredará; él ignorará siempre este terrible secreto. Pero vuélveme mi otro hijo, Sara; vuélvemelo en caridad, por el amor de Dios. Satisfécete con estos veintiocho años de la terrible venganza que contra mí has ejercitado: veintiocho años que han sido para mí siglos de dolor y de tormentos.

—Yo no puedo perdonarte,—exclamó Sara;—la sombra de mi padre, sangrienta y terrible, está entre nosotros. Yo no puedo decir á tu hijo, que me cree ya su madre; ese es tu padre, el padre infame; yo no puedo, yo no debo hacer partícipe á más personas de este secreto espantoso. Pero está tranquilo en cuanto á tu hijo; él es un cumplido caballero; él es rico cuanto basta para sostener el esplendor de su rango; tu le conocerás, sí, pero guárdate bien de revelarle el secreto de su nacimiento si no quieres que acabe de caer sobre tí la maldicion del Señor.

—¡Oh! Te lo juro, te lo juro, callaré,—exclamó anhelante el viejo;—callaré, pero que yo conozca á mi hijo perdido, que lo vea antes de morir.

—Tú hijo está en Italia, pero yo le enviaré un correo y le pediré que vuelva, y él volverá; tú le conocerás en mi casa. ¡Oh! peor para tí si no eres prudente, porque tú habrás traído la zizaña á dos hermanos que, si algo les acontece, las consecuencias serán terribles.

—¡Ah, no! yo callaré; yo gozaré en secreto la felicidad de conocer á mi hijo, y aumentaré su patrimonio; y si tú me perdonas, podrá pasar en paz los pocos días que me quedan de vida, porque creeré que Dios me ha perdonado.

—Que te perdone Dios, infame,—exclamó Sara.—
En cuanto á mí, yo no te perdono.

Y se levantó y salió, dejando anonadado á Dolfos Vellido.

Encontró llorando á doña Sancha.

—¡Oh! Perdonadme vos,—dijo Sara;—la culpa no es mia; yo no he podido resistir; al ver á ese hombre he sentido sed de sangre y de exterminio; solo por mi hijo, por el vuestro, he podido; yo apuraré el horrendo martirio de volver á ver á ese hombre. Pero me duele lo que vos sufrís, vos que de nada teneis la culpa, vos que sois una víctima como yo.

—¡Oh! yo no tengo nada que perdonaros,—exclamó doña Sancha;—vos habeis hecho lo que vuestro corazon, la sangre de vuestro padre, de vuestra honra, el porvenir de vuestro hijo, vuestra justa venganza, os obligaban á hacer. Pero que yo conozca pronto á mi hijo, que vuelva pronto de Italia. Nada temais, señora, yo seré prudente. No venderé: vuestro secreto, evitaré que lo venda mi marido.

—¡Ah!—exclamó Sara.—Dios quiera, señora, que no vengan sobro nosotros desgracias más terribles aún.

Poco despues Sara volvía con Abigail, que no sabia á qué habia ido á casa de Dolfos Vellido, á la suya, que no debia abandonar ya más.

Se habia propuesto vivir continuamente en Zamora, en público, como castellana, como dama, como viuda, con su hijo, que por tal pasaba.

Y con su sobrina, que tal lugar tenia á su lado Abigail.

En cuanto á Vellido Dolfos, se separó consternado de su escuchadero.

No podia tener duda.

Era hijo de aquella hermosísima mujer, de aquella Sara cuya belleza le habia impresionado de una manera terrible.

Vellido Dolfos no podia explicarse cómo su corazón se partia, y de una manera tan poderosa, entre tres mujeres.

Peró sobre las otras dos dominaba Jesabeth.

Era necesario resignarse, atenerse á un solo amor. Esto lo prescribian el deber y la conveniencia.

Vellido Dolfos, desesperado, se salió de su casa y se fué á la plaza del mercado.

El lugar que en ella, en otras ocasiones, habia ocupado Jesabeth, estaba desierto.

Vellido Dolfos no pudo contenerse.

Se fué á la judería y se entró casa de Abacuc al que encontró sentado al lado de la chimenea.

Al otro lado, silenciosa y abstraída, estaba Jesabeth.

—Y bien,—dijo Abacuc;—¿tienes ya duda alguna acerca de tu origen? ¿Puedes creer que no eres judío por parte de tu madre?

—No,—exclamó con voz ronca Vellido Dolfos,—y me importa muy poco si tengo el amor de Jesabeth.

¡Ah! Dios quiera,—exclamó la jóven,—que mi amor te satisfaga.

—El secreto se guardará profundamente,—dijo Abacuc;—mi hija te ama lo bastante para no imponerte ningun sacrificio, y yo te amo de tal manera que consiento en que seas secretamente su esposo, mientras en Zamora habitemos. Despues, tú venderás tus dominios; tú trasferirás tu nobleza y tu señorío á otros rei-

nos donde nadie conozca á Jesabeth. Pero no precipitemos los acontecimientos; yo no puedo exponer impremeditadamente á una inmensa desgracia á mi hija; yo no tengo, yo no puedo tener confianza en tí; hasta que yo no pueda dudar de que verdaderamente la amas, de que no amas á otra que á ella, de que ella es tu vida y tu alma, tu único deseo, tu única felicidad, no serás su esposo. Ahora vete.

Dominado por el respeto que le imponía el terrible Abacuc, Vellido Dolfos salió en silencio, lanzando una mirada desesperada á Jesabeth.

—¡Oh, padre mio!—exclamó ésta;—no sé por qué estos amores míos van á ser para vos y para mí una terrible desgracia.

—Que se cumpla la voluntad de Dios,—exclamó Abacuc.

Capítulo XXII

En que se ve que Jesabeth era una mujer de gran corazón.

Aquella noche, despues de la cena, Abacuc dijo á Jesabeth:

—Terminemos la dolorosa historia que te estoy relatando.

Jesabeth se sentó junto al hogar y escuchó vivamente interesada á su padre.

Para Roboan el amor de Ada era terrible.

Se mezclaba el conocimiento del horrendo pecado que cometia con el terror á la justicia de Dios.

Pero no fué esto solo.

Su padre, loco para todos, no fué loco para reconocer á su hija.

Ada se parecia extraordinariamente á su madre.

Un dia el loco se arrojó á los brazos de Ada y la besó.

Pero de una manera impura, ansiosa.

El desdichado creia, no que Ada era su hija, sino que su mujer habia resucitado y que venia á acompañarle en sus dolores.

Ada gritó.

Acudió Roboan y separó á duras penas á su esposa de los brazos de su padre.

Tan violenta fué la conmocion que experimentó Elías á la vista de Ada, de tal manera influyó en su cerebro, que recobró de improviso la razon.

Entonces no abrazó á Ada de una manera impura.

Lloró.

Se afligió.

Se horrorizó.

Para él era como un sueño lo que por él habia pasado durante su locura.

Pero esto no le impedia reconocer, por la juventud de Ada y lo extraordinario de su belleza, infinitamente mayor que la de su madre, aunque á ella se pareciese de una manera indudable, y no pudo ménos de comprender que no se trataba de su esposa, sino de su hija.

Y encontraba á su hija, que no dudaba que lo fuese, casada con su hermano, ignorante de los vínculos que á él por la naturaleza la unian, y que hacian de su nacimiento por él un incesto.

Elías creyó que Roboan ignoraba tambien que Ada era su hermana.

El horror de Elías al saber que Roboan habia adjurado de la religion hebráica para abrazar la religion ismaelita, se centuplicó al conocer el casamiento de los dos hermanos.

Temeroso de Dios, espantado por la ira del Señor, llamó á su hijo y le reconvino.

—Tú has abjurado,—le dijo,—de la religion de tus padres; tú has renegado de la ley de Moisés para adoptar la ley de Mahoma, y Dios te ha castigado de una manera terrible; Dios ha hecho que encuentres á tu hermana y te enamores de ella sin conocerla y con ella te unas, consumando un casamiento incestuoso.

A Roboan se le ennegreció el alma.

Miró á su padre como su más mortal enemigo.

Su padre podia decir á Ada:

—Tú no eres Fátima, tú eres Ada; tú eres mi hija, sangre de mi sangre, hueso de mi hueso, habida por mí en la misma madre del que es tu esposo.

Roboan se estremecia:

Roboan temia que Ada horrorizada se separase de él.

Ada para Roboan era la vida y la muerte, el sér y el nacer, el alma, la eternidad.

Para evitar que Ada supiese que era su hermana, se sentia capaz de todo.

Conocia la severidad de su padre.

Sabia que éste en nada se detendria.

Estaba resuelto á enmudecerle.

Probó, sin embargo, á persuadir al anciano.

Roboan le dijo:

—Has estado tanto tiempo privado de tu razon, que no puedes tener una absoluta confianza en ella. Tú te engañas, tú has creido encontrar en Fátima una semejanza con mi madre, que sin duda no existe; Fátima es hija del jeque de los bandidos de la montaña. Si no te convenciere mi sola afirmacion, Almondir no dudará en afirmarte que Fátima es su hija.

—En el cuerpo de mi hija hay señas que yo no he podido ver; mi hija tiene en la pierna izquierda un lu-

nar del tamaño de un sequin de oro, cubierto de un bello finísimo, completamente negro; tiene además en la parte superior de la espalda, á la izquierda, una especie de cicatriz en el antebrazo derecho; junto al codo, tres pequeños lunares rojos que forman un triángulo perfecto. ¡Ah! Si tú no te arrepientes, si no vuelves á la religion de tus padres, si no te separas de tu hermana, si no te entregas á la dureza de una rígida penitencia para aplacar la cólera del Señor, ella sabrá que es tu hermana.

—Tú no harás eso,—exclamó Roboan palideciendo mortalmente y dejando ver una expresion feroz en sus ojos.

—¡Ah! tú me amenazas,—exclamó con irritacion el viejo Elias,—tú estás poseido de Satanás. Pues bien: yo no perderé mi alma por un temor indigno. Ada sabrá que es tu hermana.

Ada, que tenia más de un motivo para estar cuidada y que habia visto en Elias más de un fenómeno extraño, se habia puesto en escucha cuando Elias se habia encerrado con su marido.

Al llegar la situacion difícil en que la revelacion del viejo habia colocado al padre frente al hijo, Ada, sobrecogida, temiéndolo todo; Ada, que todo lo habia escuchado, llamó á grandes golpes á la puerta.

Gritó viendo que inmediatamente no la abrian.

Se desesperó.

Al fin Roboan, delirante, fuera de sí, dominado por la gravedad, por lo terrible de la situacion, abrió la puerta, y Ada entró descompuesta y pálida, y se colocó entre el padre y el hijo.

—Todo lo que en esta tierra de dolores sucede,—

exclamó,— es porque así lo quiere la voluntad de Dios; porque ha sido terrible condenar á las criaturas, permite Dios lo terrible; las pobres criaturas, que nada pueden hacer más que obedecer á su destino, ¿por qué se han de condenar por lo que ha sucedido, si Dios ha permitido que les suceda?

Esta blasfemia tan comun en los desesperados y en los ignorantes que no comprenden lo sábio, lo justo, lo necesario de la accion de la providencia de Dios, demostraba que Ada estaba resuelta á todo.

Era la suya una protesta de Satanás.

El viejo la escuchaba anhelante, confuso, con la mirada dilatada y cobarde, transido de horror,

—Sí,—dijo Ada,—yo soy tu hija, yo soy hermana de mi esposo. No puedo dudarlo, no puedo negarlo, no quiero; en mi pierna derecha existe ese lunar de que tú has hablado, padre mio; en mi espalda, la señal semejante á una cicatriz; en mi brazo el triángulo, la imagen del sello de Salomon, formada por tres pequeños lunares rojos. Sí, hija tuya soy, hermana de mi esposo; pero yo le amo, yo le amo con toda mi alma, y por su amor es poco para mí la condenacion eterna. Luego, ¿por qué ha permitido Dios que yo conozca á Roboan sin saber que era mi hermano? ¿Por qué ha permitido Dios que al vernos el uno y el otro caigamos ambos en el fuego inextinguible de un amor eterno? Esta ha sido la voluntad de Dios. ¿Acaso Dios no ha permitido otras veces el amor no solamente del espíritu sino de la materia entre hermanos? ¿Las hijas de Lot no fueron las concubinas de su padre? ¿Qué condenacion caia sobre los hermanos de los antiguos tiempos que en concubio vivian? ¿Qué condenacion cayó sobre Lot y so-

bre sus hijas? Pues lo que fué lícito y aun conveniente en los antiguos tiempos, ¿por qué no ha de ser conveniente y lícito en los tiempos en que vivimos? ¡Que! ¿no es el amor la ley eterna, la Ley inmutable, la ley irremisible? ¡Que! ¿el amor no es Dios? Sin el amor, ¿existiría nada de lo que existe?

—En los antiguos tiempos,—exclamó el viejo Elías,—las tribus errantes eran pequeñas en número; por lo tanto, Dios consentía el concubio entre los hermanos, entre los primos hermanos y aun entre el padre y el hijo; el hijo y la madre. Así Israel creció, así sus tribus se hicieron numerosas, y vino á ser perjudicial y maldito lo que ántes habia sido conveniente y acepto á Dios; la ley lo prohíbe, la ley castiga el incesto con la muerte del fuego: esta es la ley de Dios, recibida por revelacion; porque á la ley de Dios falta un maldito de Dios, y Dios en su justiciera providencia, permite el horror y con él castiga á los que de El se han apartado; á los que han negado su justo nombre; á los que han rechazado su ley inapelable; á los que han apostatado y manchado la cuna en que sus buenos padres halagaron sus sueños. Dios castiga de una manera terrible al réprobo que olvida y desprecia la primera oracion que le enseñó á hablar su generosa madre. Roboan ha apostatado oyendo la ruindad humana, queriendo encontrar el beneplácito y la estimacion en el hombre que le habia amparado y de los suyos. El agradecimiento es justo y honra al que le manifiesta, pero el agradecimiento tiene su límite en el crimen; no porque estés agradecido á un hombre, has de olvidarte de tu Dios y ofenderle, siendo Dios el sér omnipotente y misericordioso á quien, ante todo, debes agradecimien-

to. Tu hermano ofendió á Dios y Dios, le ha castigado inspirándoos á entrambos el amor de Satanás que os ha unido.

—No hay más que un amor,—exclamó Ada, mientras que Roboan escuchaba convulso;—el amor que de Dios viene, que hace que una flor se vuelva hácia su distante compañera y se cruce, por medio del viento, el amor que ha de fecundarla. El amor existe en todo; sin el amor nada viviria; el amor es la ley eterna, la dulce ley que mantiene, fructifica y reproduce todo lo criado. El amor no puede ser jamás maldito, y por nuestro amor no podemos pecar; por seguir los impulsos de nuestro amor, no puede maldecirnos Dios.

—Anatema,—exclamó el anciano rasgando sus vestiduras y golpeándose la frente con los puños.—Anatema sobre vosotros que ofendeis, ¡insensatos! á vuestro Dios y hollais las canas de vuestro padre. Maldita sea la horrible noche, el momento terrible en que os engendré, para veros entregados al crimen, á la impureza, á la idolatría, á la infamia. Anatema sobre vosotros, y á vuestro padre maldigo en el nombre de Dios.

—¡Padre!—exclamó Roboan desesperado arrojando llamas por los ojos:—padre, mirad lo que decís; mirad que nos lleváis al último extremo de la desesperacion,

—No hay temor que me espante, no hay horror que pueda apartarme del temor de Dios; yo no puedo consentir continueis impunemente en vuestro horrendo delito. Yo os mando en nombre de Dios que os separéis; que abjureis de vuestros errores; que os entregéis á la soledad y la penitencia, para aplacar por este medio la cólera del Señor; y si así no lo hiciérais, convencidos y horrorizados de vuestro crimen, jueces

y sacerdotes hay en la tierra, que ya hebráicos, ya musulmanes, os repulsen y os castiguen, para que no seais escándalo de las gentes y espíritu de maldición, que todo lo corrompen y lo envenenan.

— Vos callareis, padre, vos callareis,—rugió Roboan con voz cavernosa;—vos no direis á nadie que Ada es mi hermana.

— Bien se ve que no ha de detenerse ante ningun camino el que ya á los crímenes esia acostumbrado. Bien se ve que no habrá respeto humano que contenga á aquel á quien no ha podido contener el respeto divino. Pero si vosotros no temeis perder vuestras almas, por que tal vez despreciáis á Dios, por que os habeis vuelto á Satanás, yo no puedo ser como vosotros; yo gritaré, yo pediré justicia, yo me desgarraré el corazon señalando á mis hijos al castigo de los jueces de Dios y de los jueces de los hombres. Yo cumpliré, sin ahorrar dolor ni desesperacion, los deberes á que Dios me ha sujetado al hacerme padre. Yo no consentiré que continúeis vuestro amor.

— Vos callareis,— repitió de una manera más terrible Roboan,—ó yo os enmudeceré. ¡No veis que para mí no hay más Dios, ni más padre, ni más ley, que el amor con que mi Fátima me devora el alma.

— ¡Maldito, maldito, maldito!—exclamó Elías entregándose á un frenesí de cólera.— Llega, hiere, extermina; acaba con el autor de tus dias, en mal hora venido al mundo para apurar tanto dolor, tanta desventura. Hiere, no te detengas, pasa sobre todo, déjate enseñorear de tus pasiones. Sigue á tu dios, Satanás, y busca tu recompensa en las eternas penas del infierno.

Y el viejo se habia abierto su hopalanda.

Presentaba su flaco pecho á su hijo, y le miraba con ojos contellantes, terribles, impregnados de horror y de indignacion.

—¡Que no callareis! — exclamó Roboan; — ¡que estais resuelto á denunciarnos á la justicia para que la justicia nos separe! ¡oh, insensato! y como creer que yo puedo dejarme herir de una tan terrible manera en el alma?

—Hiere, — exclamó el padre con una voz sobrenatural.

Ada no se interponia.

Ada estaba aterrada.

Ada veia en su padre la intencion de denunciarla á la justicia, y la sola idea de verse separada de Roboan le enloquecia.

Empezaba á sentir un delirio de muerte y de exterminio.

Su padre se habia convertido en ella en un enemigo horrible.

En vez de interponerse, en vez de calmar la cólera de Roboan, exclamó:

—Hiere, destruye, enmudece. ¿Qué nos importa? ¿Qué hemos de exponernos por nada ni por nadie al horror de una separacion insoportable?

—El negro espíritu de las tinieblas acaba de hablar, — exclamó el viejo Elias. — No, no te detengas. Mata, extermina, causa el martirio de tu padre; la vida me es ya enojosa, insoportable, horrible, librame de ella, acaba de una vez.

—¡Ah! No, no, — exclamó Roboan limpiándose con una mano convulsiva el helado sudor que corria por su rostro, — tú serás misericordioso; tú tendrás compa-

sion de tus hijos; tú no querrás sumirlos en una desesperacion sin nombre, en una desesperacion inaudita. ¡Oh! Calla, calla, y respeta lo que el destino ha querido que sea, padre.

—Yo no soy tu padre, yo no soy vuestro padre; vosotros sois los réprobos abortados por el infierno.

Y como Roboan y Ada, temerosos de verse separados, se hubieran acercado instintivamente y se hubiesen asido de una manera convulsiva las manos, el viejo, en un movimiento de energía superior á lo que podia esperarse de su grande edad, se lanzó entre ellos y los separó de una manera violenta.

Luego, señalando sucesivamente dos puertas opuestas, dijo á Ada primero, luego á Roboan:

—Tú por allí, tú por allá; no volveréis más á veros.

—¡Padre!—exclamó Roboan poniendo mano á su puñal.

—¡Hiere, hiere, maldito!—exclamó con una voz inmensa, horrible, el viejo Elías.

—¡Qué hiera, dices? ¡Qué hiera?—exclamó Roboan, del cual se habia apoderado ya el delirio.—Pues bien, sea.

Y desnudando su puñal con una rapidez y una feroz bravura, dió tres puñaladas en el pecho del anciano.

Este continuaba mirando á su hijo de una manera sobrenatural.

Vaciló y cayó murmurando:

—Señor, Señor, yo encomiendo á tu justicia mi venganza.



**OID RODRIGO DE VIVAR.—Señor, yo encomiendo á tu justicia
mi venganza...**

Roboan, arrepentido ya de su accion horrible, se arrojó sobre su padre.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!—murmuró el viejo con voz débil,—no oigas, no oigas mi maldicion: al fin son carne de mi carne, hueso de mi hueso, sangre de mi sangre; yo los perdono, Señor.

Y no dijo más.

Su voz se habia enronquecido.

Un horrible estertor hervia en su pecho.

Sus ojos estaban extraviados y vidriosos.

Muy pronto se fijaron y quedó en ellos una inmensa expresion de dolor.

Habia muerto.

Roboan se levantó horrorizado de sobre el cadáver.

Permaneció inmóvil algunos instantes y luego dijo volviéndose á Ada:

—¡Oh! Si, sí, estamos malditos de Dios.

—¿Y qué importa,—exclamó Ada más violenta que Roboan?—si ya nada puede separarnos. Pero es necesario borrar las huellas del crimen.

Los parricidas cerraron la habitacion en que habia tenido lugar la horrenda catástrofe, y esperaron á la noche.

Cuando ésta llegó y avanzó, volvieron estremecidos al lugar del crimen.

Los esclavos se habian recogido ya.

La casa estaba en silencio.

Entre ambos asieron el cadáver y le bajaron al subterráneo.

Despues Ada llenó un cántaro en la fuente del patio, subió á la habitacion terrible y se puso á lavar la sangre de su padre que habia quedado extendida en

un ancho espacio, sobre el pavimento de mármol.

Roboan entretanto, con un azadon de que se habia prevenido, cavaba con gran fatiga una fosa en el subterráneo.

La tierra resistia á la herramienta.

Parecia como que se negaba á prestar una fosa para ocultar un tan horrendo crimen.

Y en vano Ada lavaba y volvia á lavar el pavimento de mármol blanco.

La sangre se habia impregnado en las losas, y determinaba en ellas una mancha indeleble.

Y de tal manera, que aparecia marcado con un color más oscuro el cuerpo del infeliz padre asesinado.

Era como una sombra acusadora que habia quedado sobre el pavimento.

Ada veia en aquella mancha confusa, que para ella se determinaba y tomaba forma, la imágen completa, perfecta, del venerable anciano.

Y así, ella frotando, él cavando, pasaron gran parte de la noche.

Por último, Roboan arrojó al fondo de la fosa el sangriento cadáver y le cubrió con la tierra.

La tierra que cubrió la fosa habia tomado un color negro.

Era otra mancha acusadora.

Roboan veia tambien en aquella negra mancha el retrato completo de su padre.

Se apartó de allí horrorizado, transido de terror.

Cerró la puerta del subterráneo, y arrojó la llave y el azadon á la cisterna.

Subió, y encontrando á Ada frotando, siempre frotando, la alzó y la arrastró consigo.

El espanto se habia apoderado de entrambos.

Por dequiera entre ellos veian la sombra de su padre que los maldecia primero, que los perdonaba despues.

Al fin el exeso de la exacerbacion del horror les produjo un sopor siniestro, y cayeron el uno junto al otro en su tálamo maldito.

Amanecia y los esclavos empezaban á ponerse en movimiento.

Uno de los de la caballeriza se puso á sacar agua de la cisterna para llenar el recipiente donde bebian los caballos.

De improviso sintió que el cubo pesaba más de lo ordinario, y cuando hubo salido por el brocal, vió que con el cubo venia un azadon.

Arrojada el agua en el recipiente, casi vacío aun, oyó un ruido metálico que habia producido una llave, la llave del subterráneo.

Dios permitia empezase á revelarse el crimen.

El esclavo se fué á buscar con el azadon y la llave al esclavo encargado de la casa.

Este hizo callar al esclavo que habia hecho aquel descubrimiento.

Algunos de los esclavos y de las esclavas que servian en la parte principal de la casa se habian apercebido, aunque confusamente, de la terrible querella que habia tenido lugar entre el padre y los hijos.

El jefe de los esclavos, leal hasta el fanatismo, fué á despertar á Roboan y le presentó el azadon y la llave.

El terror de Roboan llegó á su colmo.

Mandó á su fiel esclavó encerrase al otro que habia

sacado de la cisterna el azadon y la llave, y que no dejase además salir de la casa á ninguno de los otros esclavos.

Hizo cargar apresuradamente en acémilas los tesoros que en la casa tenia, y salió de ella, fletando inmediatamente un barco, en el cual se metió con Ada y con sus tesoros, haciéndose inmediatamente á la mar.

No se habia atrevido á esperar.

Temia que su crimen se revelase de un momento á otro.

Los esclavos se habian apercebido de algo terrible y habian quedado vestigios acusadores.

A los dos dias de navegacion, sobrevino una tempestad espantosa.

La falua que conducia á los parricidas, se vió obligada á cortar el timon y llevada por las olas, corrió de una manera tal, que en solos otros dos dias arribó al puerto de Barcelona, y tan mal parada que, á durar algunas horas más la navegacion, se hubiera ido á pique.

Saltaron en tierra los criminales y no se detuvieron en Barcelona más que el tiempo estrictamente necesario para reponerse de las rudas fatigas del viaje.

Parecia como que huian de algo pavoroso que los perseguia.

En efecto, veian aún junto á sí, á la luz del sol, entre ellos, la terrible sombra del asesinado viejo.

Llegaron, al fin, á Zamora, y les agradó la belleza de la ciudad, su fortaleza y lo apacible del clima.!

Determinaron detenerse en ella.

Tenian miedo sin embargo.

Querian ceultarse á la vista de los hombres, no

fuese que alguno que los hubiese conocido en Damasco arribase á tierra de España y llegase á Zamora, y les reconociese y acusase su crimen.

Entonces construyeron esa terrible casa sin puertas aparentes, cuyos ajimeces, cuyas galerías están cerradas por celosías espesas.

Pero para poder proveerse y para llorar ante Dios su culpa, practicaron dos minas, una que comunicaba con las sinagogas, otra que iba á parar á una casa humilde que tambien construyeron, que es esta casa, en la parte posterior de la cual cercaron un huerto y abrieron el pozo, que más que para proveer la casa de agua servia para dar entrada á la mina.

Una vez hecho esto, se encerraron en la casa con algunos esclavos y esclavas á quienes engañaron, así como al gran rabi.

Segun ellos, se apartaban del mundo para cumplir un voto hecho al Señor.

Nada tenia esto de extraño.

Sin duda pretendian aplacar á Dios, y el gran rabi respetó en ellos el misterio de la conciencia.

Ada dió á luz en la casa misteriosa á Jael.

Despues de esto, arrepentidos de su crimen, Roboan y Ada cesaron en su union maldita.

Esto era un nuevo castigo que les hacía sentir el Señor.

Estaban horrorizados el uno del otro.

Sentian lo voraz del remordimiento, y á la par su amor se habia hecho más devorador, más terrible.

Al fin ambos cayeron en una especie de insensatez, y cuando Ada se encontró ya en los últimos dias de su vida, postrada, débil, reveló su crimen al gran rabi

que habia ido á consolarla en los primeros momentos de su agonía.

El gran rabí se heló de espanto al tener la revelacion de aquel horrendo crimen.

Pero, ¿para qué denunciarle á la justicia de los hombres si ya estaba terriblementé castigado por la justicia de Dios?

Ada habia muerto.

Ada habia sido sepultada.

Yo, siguiendo los consejos de Jael, que nada sabia, habia ido á preguntar al anciano rabí, y éste me habia hecho la revelacion completa.

Cuando hubo terminado me dijo:

—La maldicion de Dios pesa sobre esa familia; yo no sé decirte si la maldicion ha cesado con el terrible castigo de los culpables, pero acuérdate de aquel formidable precepto de nuestra ley: *Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.*

Yo incliné la cabeza sobre el pecho.

Medité.

Oré al Señor.

Sentí no sé qué confianza que me levantaba el corazon y que no era otra cosa que el mentido ensueño de la esperanza de mi amor, y dije al anciano rabí:

—Posible es que Dios se haya satisfecho con el terrible castigo que ha hecho caer sobre las cabezas de los parricidas; Jael es inocente.

—Y si Dios no ha perdonado á la descendencia de los réprobos,—me dijo el anciano rabí,—si tú alientas en Jael hijosque como vosotrosean malditos...

—Y bien, yo la amo,—exclamé,—yo espero en la inagotable misericordia del Señor.

El gran rabi no insistió.

Comprendió que yo estaba tan ciego por Jael y Jael tan ciega por mí como lo habían estado, el uno por el otro, sus padres.

Se celebró nuestro casamiento, y tú, hija mia, has sido el triste fruto de ese casamiento que trae sobre tu cabeza una maldición que Dios no ha querido apartar de la nuestra.

La descendencia de Roboan y de Ada está sujeta por la justicia del Señor al martirio sobre la tierra, á la condenacion, á la eternidad.

Mira, mira. Tú has conocido un hombre terrible, al hijo de un lobo y una pantera; tú, que no habias amado jamás, no has podido defenderte del amor de ese hombre; le has amado en cuanto le has conocido como si le hubieras conocido toda su vida y antes de nacer, como si le hubieses conocido cuando estaba en la mente de Dios, en la eternidad. Yo sé bien que es inútil que yo me oponga á tus amores; tú y él romperiais por todo; él es tu destino, tú el suyo, como fueron el destino el uno del otro Roboan y Ada, como fuimos nuestro comun destino tu madre y yo. Podria bien, aniquilando á Vellido Dolfos, impedir las consecuencias de la locura de tu amor. Pero él es tu destino y tú moririas tras él. Yo no puedo matarte. Ahora medita, ve si encuentras en tu corazon fuerzas para sobreponerte á tu amor. Ahora ve si tu corazon puede vivir sin amor y hacer que en tí acabe la descendencia condenada de una raza maldita.

—Yo le amo, padre mio,—exclamó Jesabeth, que

lloraba desde mucho tiempo antes;—pero yo juro que la raza maldita acabará en mí; yo juro que nuestra familia no tendrá más desdichados descendientes; Dios verá mi martirio y tal vez me perdonará y os perdonará á vos, porque me amais tanto que mi martirio será para vos un martirio infinitamente mayor. Pero no más sangre, padre mio, no más latrocinios; volvámonos á Dios y aplaquemos su ira con el amor, con la penitencia y con el ejercicio de la caridad.

—¡Oh! bendita seas tú, hija mia,—exclamó Abacuc;—Dios sin duda nos ha perdonado, pues ha dejado salgan de tus labios tales palabras de resignacion, de virtud y de esperanza. Pero, ¿cómo haremos en el punto á que hemos llegado, habiéndote yo prometido á Vellido Dolfos?

—Dejadme hacer, padre mio; Dios me iluminará, Dios me dará fuerzas.

Y Jesabeth lloraba de una manera mucho más desconsolada que antes.

—Cesemos, cesemos,—dijo Abacuc contristado;—recojámonos, tengamos confianza en Dios, que Dios dirá.

Y Abacuc se reclinó en el divan, y Jesabet, anegada en llanto, se metió en su aposento para pasar la noche más terrible de toda su vida.

Capítulo XIII.

De cómo, por fin de todos aquellós terribles sucesos, Jesabeth comprendió que Dios habia alzado de ella la maldición que pesaba sobre su familia.

Pasó el tiempo.

La casa del Misterio habia quedado completamente deshabitada.

Ya no tenia objeto.

Doña Violante de Santurce y doña Estrella, esto es, Sara y Abigail, habian declarado á sus conocimientos de Zamora que habian resuelto no viajar más y permanecer de asiento en la ciudad.

Esto habia alegrado á todo el mundo, por que los saraos de la riquísima doña Violante eran encantadores.

Su hijo don Fernando de Acuña debia tambien cuando viniese de Nápoles, de donde le habia mandado su madre que viniese, establecerse definitivamente en la ciudad, segun Sara habia dicho á todo el mundo.

En cuanto á Jesabeth, no habia vuelto á ponerse en la plaza del mercado con sus hortalizas.

Vivia en su casa con su padre.

Este no se arrastraba ya sobre el suelo.

Habia dicho á todo el mundo que un famoso hechicero que habia pasado por Zamora, y sobre todo un milagro de Dios, le habian curado de su parálisis.

Vivian con comodidad, aunque sin lujo, en su antigua casa, que habia sido recompuesta para hacerla más habitable.

En cuanto á la casa del Misterio, lo repetimos, estaba abandonada, desierta.

Su riquísimo mobiliario, sus tapicerías y sus alfombras se empolvaban.

La polilla se apoderaba de ellas.

Era una tumba silenciosa dentro de la cual yacia una historia horrible.

El epilogo de aquella historia debia representarse fuera de aquella casa.

Vellido Dolfos continuaba combatido y de una manera más terrible cada dia por sus tres amores.

Como que no habia conocido á su madre; como la habia visto de repente; como Vellido Dolfos era una naturaleza exuberante, sensual y egoista, al ver de improviso ante sí á la hermosísima Sara con todos los encantos irresistibles que aparecen en la hermosura de las matronas, no habia podido defenderse de su violento impulso de voluptuosidad, que se habia exacerbado, que se habia convertido en una pasion, que no esclarecia sin embargo el amor completo de la materia y del espíritu que se habia apoderado de él por Jesabeth.

En cuanto á Abigail, le excitaban tambien la materia y el espíritu.

Abigail, por su grande hermosura, por su juventud, por su pureza, excitaba violentamente su sensualidad, y se hacia sentir de su espíritu por el amor que le mostraba, amor inmenso que llenaba completamente el alma de la pobre niña.

Estos tres amores estaban terriblemente contrariados, recludos á perpétuo silencio, como podria decir un curial, respecto á Sara, porque aunque todo el mundo lo ignorase, á excepcion de unas pocas personas, él era una de aquellas personas que sabian que Sara era su madre.

Réprobo hasta donde un hombre puede ser réprobo, Vellido Dolfos no se habia detenido ante aquel inconveniente.

Habia procurado, exajerando su amor de hijo, hacer nacer una pasion incestuosa en su madre.

Pero Sara estaba muy lejos de haber perdido la conciencia y la dignidad y el pudor, ese pudor de la madre respecto al hijo, que es el pudor de los padres.

Sara comprendia á Vellido, y el comprenderle era para ella uno de los mayores tormentos que pueden imaginarse.

Aguilataba exatamente el rostro del alma de su hijo, y la encontraba tan miserable que no podia menos de sentir el dolor de su juicio en sus entrañas.

Si una madre pudiera aborrecer ó despreciar á su hijo, Sara, por las monstruosidades que en Vellido veia, le hubiera aborrecido y despreciado.

En cuanto á Jesabeth, los amores de Vellido estaban tambien violentamente contrariados.

Es cierto que Jesabeth se le mostraba apasionada, y una alegría inmensa que aparecía en su mirada, que fluía de su semblante, de su sonrisa, de la agitación de su cerebro, se manifestaba en ella á la vista de Vellido Dolfos.

Pero Jesabeth habia dicho á su padre:

—Yo por medio de mi martirio procuraré que la maldición que atormenta á nuestra familia no pase de nosotros.

Y Jesabeth, en nombre de los hijos que no tenia, que no podia tener, pero que para ella existian de una manera abstracta é infinita, se sentenciaba á todos los martirios que una buena madre puede arrostrar y arrostra por sus hijos.

Cuando Vellido Dolfos la excitaba, cuando Vellido Dolfos llegaba ante ella verdaderamente desesperado, excitado por su grande y conmovedora hermosura, Jesabeth contestaba tristemente:

—Aún no es tiempo.

Y todos los esfuerzos, todas las lágrimas, todas las desesperaciones de Vellido Dolfos eran inútiles para vencer la firmeza de Jesabeth.

Pero la producian un martirio insoportable, la enloquecía, porque ella propendia á Vellido Dolfos de una manera tan violenta, como Vellido Dolfos propendia á ella.

Contrariado se sentia tambien Vellido en sus otros amores por Abigail.

Abigail era digna, altiva, celosa, intransigente.

—Si me amais como decís,—respondia á las insinuaciones, á las excitaciones de Vellido Dolfos,—¿por qué no me pedís por esposa á mis padres? Yo no puedo

conceder á vos, á un hombre que no encuentra toda su felicidad, toda la satisfacion de su deseo en ser mi esposa.

Y esto enmudecia á Vellido Dolfos.

Si él hubiera hecho la proposicion, hubiera sido aceptada.

Y no podia hacerla.

Porque dado que existiese por Abigail un empeño sensual, voluntarioso, intransigente, la pasion que experimentaba por Abigail era infinitamente menor, incomparable á la que sentia por Jesabeth, que podia decirse era la que predominaba en el alma, en el sér entero de Jesabeth.

Vellido hubiera visto colmadas todas sus monstruosas aspiraciones teniendo por esposa á Jesabeth, envolviéndose entre un misterio vergonzoso y repugnante, á unos horribles amores con su madre, teniendo por manceba á Abigail.

Y aun así, vencidas otras tres dificultades, se hubiera creado dificultades nuevas respecto á otras mujeres.

Porque Vellido Dolfos no amaba en la mujer la individualidad, esa individualidad que simpatiza con la nuestra, que absorbe todas las aspiraciones sensuales y esperitual es de nuestra alma, que hace que la mujer que amamos, dado que sea fea, representa para nosotros todas las bellezas de la materia y del espíritu en una esfera muy superior á la de todas las demás mujeres.

Vellido Dolfos, en fin, era materia y no más que materia, y materia sensual y corrompida.

Únicamente bajo este punto de vista podia con-

prenderse la vulgaridad de sus amores, cosa muy frecuente á la humanidad.

Así pasó un año en una lucha sorda y terrible.

Israel, bajo el nombre de don Fernando de Acuña, habia vuelto de Italia y amaba con toda su alma á Abigail.

Israel era un sér completamente distinto de su hermano.

Era espíritu y no más que espíritu, y espíritu noble y digno.

En él se manifestaba la gran lógica del sentimiento recto.

Era una personalidad dotada de un carácter digno, de un carácter respetable.

No se le habia revelado el secreto, y consideraba á su hermano como á un grande amigo de su madre, á quien su madre estimaba en mucho.

Amaba instintivamente, de una manera tiernísima, á doña Sancha Dávalos, á su padre, aunque ni por asomo habia sospechado fuese su madre doña Sancha, y compadecia y queria á Dolfos Vellido, á cuyo lado pasaba de tiempo en tiempo algunas horas, horas que eran de un inefable placer y de un dolor intenso para aquel viejo criminal, devorado por el remordimiento.

Sentia una repulsion invencible contra su hermano.

Si se hubiese revelado el secreto á Israel, se le hubiera amargado el alma al ver que era imposible cesarse en él la antipatía hostil que le hacia sentir Vellido Dolfos.

Pero bravo y prudente y reservado, Israel trataba amigablemente, en la apariencia, á aquel hombre á quien veia estimado por su madre, hasta un extremo

tal que podía llamarse amor maternal, y que era á la par hijo, á lo que él creía, de doña Sancha y de Dolfos Vellido.

La virtud de Israel hacia respetase en Vellido Dolfos el afecto que le dispensaban todas aquellas personas, respecto á las cuales Israel por el instinto de su corazón, se veía obligado á amar y á respetar.

Lo que más atormentaba al pobre Israel, era que adoraba á Abigail, que Abigail era para él la suma de todas las perfecciones.

Como acontece generalmente en un hombre enamorado respecto á la mujer que le enamora.

Y veía con esa vista de los celos, que es la vista más perspicaz que puede darse, que aunque Abigail trataba con reserva á Vellido Dolfos, estaba enamorada de él, como vulgarmente suele decirse, hasta las entrañas.

Se iba desarrollando una nueva fatalidad.

Llegó la muerte de don Sancho IV, el Brabo, y por consecuencia, y con arreglo al testamento de don Fernando I, la infanta doña Urraca fué á Zamora, convertida ya de ciudad en reino, á coronarse.

Vellido Dolfos representaba, causa de la ineptitud de su padre, una de las primeras personas de aquel nuevo y pequeño reino, al igual de Arias Gonzalo y de otros ricos-hombres.

Arias Gonzalo fué nombrado mayordomo mayor de la casa de la reina.

Distribuyéronse entre otros ricos-hombres los altos cargos de la casa real, y el de copero de la reina fué conferido á Vellido Dolfos en nombre de su padre.

Vellido Dolfos se vió en frecuente contacto con doña Urraca.

La espléndida hermosura de ésta, su altivez, la ligereza de sus maneras, hicieron creer á Vellido Dolfos, mal aconsejado por sus grandes presunciones, que no era para él difícil empeñar en unos amores á la aparentemente ligera doña Urraca, y llegar por ella á ceñir la corona.

Doña Urraca engañaba.

Gustaba de los hombres hermosos y era para ellos pródiga de sonrisas y de coqueterías.

Pero doña Urraca tenía un amor desventurado en el fondo de su alma, amor que la defendía de todo otro amor; amor exclusivo, violento.

Ya sabemos que este amor era el Cid.

Se comunicó hábilmente Vellido Dolfos, que era un seductor esperto y consumado, á doña Urraca.

Pero esta le dejó convencerse de una manera tan hábil, como hábiles eran las insinuaciones de Vellido, que se había equivocado de una manera grosera y que debía renunciar por completo á su esperanza de llegar á ser rey por medio de un casamiento con ella.

No había mediado ni una sola palabra, ni un solo signo de inteligencia, y sin embargo Vellido Dolfos tuvo la certidumbre de que doña Urraca era de todo punto para él un imposible.

Pero el espíritu rebelde de Vellido se obstinó en vencer aquel imposible, y empezó una lucha subterránea, aceptada en nombre de su altivez por doña Urraca, lucha que por subterránea que fuese trasminó, se interpretó mal y dió lugar á murmuraciones y á suposiciones calumniosas.

Había gentes que decían, y lo creían, que Vellido Dolfos y la reina eran amantes, y que si no había so-

brevenido un casamiento era á causa del orgullo de doña Urraca, que no queria para marido ménos que un rey.

Aun se decia que andaba en tratos de casamiento con el vecino rey de Portugal.

La maledicencia le acusaban.

Aquel que nada habia visto, que nada sabia, decia haberlo visto todo, porque creia de buena fé lo que le habian dicho y pretendia pasar por bien informado.

A más de esto, Vellido Dolfos, vanidoso y audaz, aprovechaba todas las ocasiones que podia para darse las ínfulas de favorito de doña Urraca.

Esta ignoraba lo que ya se decia, porque nadie se atreve á decir á una reina lo que de ella afirma la maledicencia, y confiada en que nadie podia juzgar mal de ella, ayudaba fatalmente á la maledicencia con apariencias que no contenian cuidado alguno.

Esto trascendia más y más, hasta que todo el mundo tuvo á doña Urraca por nna mujer sin pudor, y á Vellido Dolfos por un mal caballero que medraba á costa de los torpes amores de su reina.

Jesabeth se enceló.

Se enceló Abigail.

Se puso en cuidado Sara.

Se afligieron Dolfos Vellido y doña Sancha.

La opinion pública iba mirando con desprecio á doña Urraca y con ódio á Vellido Dolfos.

Singularmente en Abigail los celos hicieron verdaderos destrozos en su corazon.

Minaron su entereza, falsearon su virtud, se desesperó, enloqueció, y al fin dió en los brazos de Vellido.

Habia pasado para esto mucho tiempo.

Se acercaba ya el momento de la catástrofe del rey don Sancho IV.

A aquella catástrofe debían acompañar otras.

Israel desesperado, Israel, que había contenido sus celos, celos mientras sus celos no habían podido decirle que Abigail pertenecía á Vellido Dolfos; cuando no pudo dudar de ello, porque los celos observan continuamente y ven mucho; cuando por imprudencias inevitables de los dos amantes, sintió deshecho el corazón y enlutada su alma, no pudo ya dejar de ocultar su ódio á Vellido Dolfos.

Al fin este ódio estalló.

Una noche en que había sarao en casa de Sara, al que asistía toda la gente principal de Zamora, un sarao deslumbrante, Israel pidió á Abigail ser su caballero para una danza.

Abigail se disculpó alegando que se sentía mal.

Pero cuando la danza iba á empezar, Israel la vió levantarse llevada de la mano por Vellido Dolfos para ocupar su lugar en el baile.

Llegó para Israel uno de esos momentos de locura, de abandono en que el hombre más prudente, de voluntad más firme, no puede contenerse, y lanzándose á los dos amantes, dijo á Abigail, á quien trataba con la confianza de una hermana:

—Si estabas indispuesta para danzar conmigo, no has de encontrarte buena para danzar con otro.

No eran estas palabras que pudiese sufrir el altivo y bravo Vellido.

—Hacedos atrás,—dijo con desprecio á Israel.—Mirad que si dais un paso más, vais á resbalar en sangre.

—Pero esa sangre será la vuestra, —dijo fuera de sí Israel.

—La vuestra sí, no la mía, —repuso Vellido.

—Eso lo veremos, —respondió Israel.

Y Vellido respondió:

—Pues á verlo.

Y ambos salieron tan rápidamente que cuando Abigail acudió á Sara para darle cuenta de lo que acontecia, ya los dos hermanos habian descendido al patio, habian pasado al extremo opuesto de la casa y estaban espada en mano.

No habian hablado ni una sola palabra.

Apenas estuvieron en el solitario huerto, desnudaron las espadas y se acometieron con furor.

Se aborrecian.

La luna llena les daba luz bastante para el combate.

Sara habia abandonado con Abigail el sarao, habian bajado, y los criados que en el patio habia les informaron de que Vellido Dolfos é Israel habian atravesado rápidamente y en silencio el patio, y se habian entrado en el huerto.

En el momento en que en el huerto entraron Sara y Abigail, oyeron el áspero ruido de las espadas.

Acudieron á donde aquel ruido sonaba.

Los vieron encarnizados en su combate, y Sara gritó:

—Deteneos, hijos míos; vuestro combate es imposible.

Pero al oír la voz de Sara, los dos enemigos redoblaron su ataque.

Tan terrible era este, que Sara no vaciló.

—No prosigais, no prosigais,—dijo;—sois hermanos.

Sara no habia encontrado otro medio para suspender el combate que aquella revelacion inesperada.

Pero la revelacion habia llegado tarde.

En el momento de pronunciarla Sara, la espada de Vellido penetraba en el costado de Israel y le atravesaba el corazon.

Israel cayó, muriendo á los pocos segundos.

Vellido Dolfos habia quedado inmóvil, aterrado, espantado.

El sabia que no era hijo de doña Sancha Dávalos.

Pero no se le habia dicho si existia aquel su hermano con quien habia sido trocado en su infancia.

De improviso se le revelaba aquel terrible secreto, y quien se lo revelaba era Sara, Sara, que debia conocerle perfectamente.

Vellido Dolfos se sentia fratricida, y sin atreverse á mirar á su hermano que yacia á pocos pasos de él, escapó transido de espanto.

Sara se arrojó delirante de dolor sobre el cadáver de Israel y se manchó en su sangre.

Abigail, causa de aquella tragedia, estaba transida de dolor.

Al ver cadáver á Israel, Sara rompió en alaridos, á los que acudieron los criados que en el patio habia.

Cuandió la noticia, y muy pronto acudieron los convidados del sarao, entre ellos doña Sancha Dávalos.

La desventurada, al ver el cadáver de su hijo, se arrojó sobre él asombrando á todo el mundo, y más cuando la oyeron decir:

—Hijo de mi alma, hijo de mis entrañas, Dios maldiga al homicida.

Se sabia ya que el homicida era Vellido Dolfos, al que todo el mundo tenia por hijo de doña Sancha.

¿Cómo era que doña Sancha maldecia á su hijo, por la muerte del hijo de doña Vio'ante de Santurce?

Estas palabras de doña Sancha se explicaron despues como se pudo.

Pero quedó en el aire, en las opiniones del vulgo, un misterio, una extraña historia indeterminada, algo que daba pábulo á todo género de deducciones.

Pero esta murmuracion no pasó á ningun género de certidumbre, y se quedó en la opinion pública empañando el honor de Dolfos Vellido, y no favorecia mucho á la buena reputacion de que gozaba Sara.

No habia logrado convencer á nadie la afirmacion de que doña Sancha habia llamado hijo solamente por el efecto que le tenia á Israel.

Porque habia acentuado y lo habian oido numerosos testigos: lo de mis entrañas, y la maldicion á Vellido Dolfos á quien todos tenian por su hijo legítimo.

¿Cómo por el hijo de otra habia maldecido á su propio hijo doña Sancha?

En fin, la murmuracion tuvo que contentarse con hacer suposiciones descabelladas, porque nadie se ponía en la verdad, nadie la sospechaba.

En cuanto á las consecuencias legales, se redujeron á que se hizo proceso á Vellido Dolfos.

Se le tuvo encerrado algun tiempo en una torre del castillo, y probado al fin que el lance habia sido en duelo, de caballero á caballero, aunque de solo á solo, y que en él no habia habido traicion, recayó senten-

cia, que con otras circunstancias hubiera sido de muerte, y que se redujo á dos años de prision en la misma fortaleza y á resarcimiento de daños y perjuicios á la familia del difunto.

Pero de parte de ésta, es decir, de Sara, sobrevino, como no podia ménos de sobrevenir, el perdon; se añadió á esto gracia de la reina, y Vellido Dolfos fué puesto en libertad y rehabilitado poco despues.

De modo que pudo continuar en el goce de todos sus privilegios preeminencias como rico-hombre, y en el cargo de cajero mayor de la reina.

Esto aumentó las murmuraciones contra doña Sancha.

Todos encontraban una confirmacion de los amores que se suponian entre ellos, y Vellido Dolfos en la gracia que ésta habia otorgado:

Se hablaba de tirania, de suspension de leyes, y empezaba á cundir un aborrecimiento sordo contra doña Urraca.

—Haceos estimar de esa desastrada, — se decia no con mucho recato, — y podeis matar impunemente á quien querais, y apoderaos sin miedo de cuanto se os antoje.

Vellido Dolfos habia escapado de la justicia humana.

Pero la justicia divina empezaba ya á hacerse sentir en él.

Su razon no aparecia ya muy segura.

Jesabeth se habia visto obligada á sostener contra él rudas disputas, á sufrir escenas terribles de abandono y de delirio.

Habia cobrado aborrecimiento contra Abigail, y la atormentaba, la maltrataba.

Habia arrancado á su madre la revelacion completa, y espantado de sí mismo y de la fatalidad que le perseguia, habia tomado ojeriza á su madre.

Se habia hecho feroz y peligroso, y todos le evitaban, todos le tenian por loco.

Sin embargo, doña Urraca le mantenía en su oficio de copero y le recibía como de costumbre, cosa que aumentaba las murmuraciones.

—Tan dejada de la mano de Dios está por él esa mujer,—decía,—que á pesar de su locura, que se hace insoportable, la soporta como si no existiese.

Llegó á esto el cerco de Zamora por don Sancho el Bravo.

Y de tal manera, como sabemos, se vieron apretados en la ciudad, que doña Urraca se creyó obligada á contar con su hermano, y Vellido Dolfos concibió el proyecto que llevó tan ferozmente á cabo.

Doña Urraca, irritada por lo que la acontecía; doña Urraca que por una casualidad, porque necesitaba aire libre que respirar, y para ello se habia asomado á la ventana de su cámara, habia sido testigo del infame asesinato, en el cual no tenia parte por sugestion de ningun género.

Irritada aún y llena de furor contra su hermano, no habia visto extraviada en la accion de Vellido más que el resultado de un acceso desesperado, de una lealtad irritada; habia bajado al postigo, le habia abierto y habia amparado á Vellido, que no se detuvo, que continuó su fuga.

Estaba ya en el colmo de su locura.

Salió del alcázar.

Atravesó la ciudad y fue á refugiarse á casa de Sara,

que aterrada por lo que acontecía á su hijo, le ocultó en un desvan.

Así es que durante las primeras pesquisas no pudo encontrarse á Vellido Dolfos.

Pero allí no estaba seguro.

Tres dias le mantuvo en su escondite Sara, valiéndose de una gran reserva.

Al fin una mañana antes del amanecer y disfrazado, Vellido Dolfos fué con Abacuc á la judería.

Abacuc, sin ser notado de nadie, llegó con él á su casa y le hizo pasar á la casa del Misterio, donde no podia estar más seguro, ó donde á lo ménos estuviese en una completa seguridad.

Se habian engañado.

Enamorados, celosos de Jesabeth, jóvenes de la nobleza que habian reparado que Vellido Dolfos frecuentaba la judería, que le habian seguido, que habian llegado á conocer que Vellido entraba en casa de Jesabeth y que ésta le amaba, no habiendo encontrado en toda la ciudad, aunque las pesquisas habian sido escrupulosísimas, á Vellido Dolfos; no habiendo podido salir éste de la ciudad porque ésta habia sido cercada y guardadas cuidadosamente sus puertas, parecia posible se hubiese amparado en la judería y en la casa de Jesabeth.

La casa fué registrada y nada se encontró.

Nada podia encontrarse.

Nadie podia suponer que la casa de Abacuc, por el huerto y por el pozo, estuviese en comunicacion con la casa del Misterio.

Sin duda habia algun escondite en la casa de Abacuc tan disimulado que no hubiese podido darse con él.

Los que se habian propuesto encontrar á Vellido

Dolfos porque le aborrecían y por hacer justicia en nombre de Zamora en aquel hijo espúreo que la había comprometido, que había manchado su honra, se propusieron cazarle.

Ellos no podían frecuentar la judería y vigilar.

Se hubieran hecho sospechosos.

Hubiera sido avisar á Abacuc, que indudablemente hubiera puesto un mayor cuidado en ocultar á Vellido.

Se vieron secretamente fuera de la judería con algunos de los judíos pobres que habitaban en ella, y como la avaricia, y una avaricia predominante, superior á todo, es un vicio muy comun entre los judíos, aquellos á quienes se había buscado y ofrecido una gran recompensa, se ofrecieron á espíar la casa de Abacuc.

Y la espíaron constantemente de día y de noche.

Al fin uno de ellos, que se había introducido saltando las tapias en el huerto, vió que Abacuc, con una linterna en la mano, se dirigía al pozo y descendía por él.

En el momento del descenso el espía avanzó.

Se asomó al brocal del pozo protegido por la oscuridad, y merced á la linterna que llevaba Abacuc le vió entrar por la puerta que sobre el agua en el pozo había.

Inmediatamente fueron avisados los que habían pagado este espionaje.

Se les advirtió de que se había reparado que en la casa del Misterio, en cuyos ajimeces y galerías no se había visto desde hacia mucho tiempo reflejo de luz alguna, hacia algunos días, á través de las celosías de

un ajimez alto por la parte que miraba á la sinagoga, se habia visto el reflejo de una luz.

Esto lo decian los espiones á los que los habian encargado de su espionaje en la mañana del mismo dia en que debia tener lugar el duelo de los hijos de Arias Gonzalo con Diego Ordoñez de Lara por Zamora.

Diez jóvenes nobles, seguidos de cincuenta servidores armados, se privaron de asistir al duelo, y despues de medio dia, hora en que lo tuvieron preparado todo, se fueron á la judería.

La ocuparon.

Guardaron las guaridas del alcázar.

Tomaron las puertas de los Leones, y despues de esto se fueron en derechura á la puerta principal de la casa del Misterio, que hacia más sesenta años no se habia abierto.

La puerta fué forzada á hachazos, en lo que no se invirtió poco tiempo, porque era muy fuerte y estaba guarnecida por dentro de chapas y barras de hierro.

Una vez forzada la puerta, penetraron en la terrible casa, sin que un solo judío se atreviese á penetrar en ella.

Tal era el terror supersticioso con que le miraban. Se revolvió la casa de alto á abajo.

Pero nada se encontró.

Sin embargo, Vellido, si allí se habia ocultado, no podia haber escapado.

La casa de Abacuc habia sido invadida.

Abacuc, desesperado, sintiéndose vendido, habia resistido, y á pesar de su valor de fiera, habia sido muerto por los jóvenes nobles que con parte de su gente en la casa habian penetrado.

Se habia respetado á Abigail.

¿Qué resistencia podia oponer una mujer?

Jesabeth, desesperada, se habia arrojado sobre el cadáver de su padre, y allí se la habia dejado, dando rienda suelta á su dolor.

Uno de los judíos habia bajado al pozo, provisto de una linterna.

Pero no habia encontrado la puerta.

Tan bien disimulada estaba.

Acabaron por creer que el judío denunciador los habia engañado por el cebo de la ganancia.

Ni en el pozo se habia encontrado puerta alguna, ni en la cripta de la casa del Misterio se habia dado con ninguna de las dos puertas que comunicaban la una con la misma que llevaba al pozo, la otra con la que conducia á la sinagoga.

Por esta última habia escapado Vellido Dolfos al sentir acometida la casa del Misterio, y habia cerrado la puerta secreta tan perfectamente, que los investigadores no habian podido reparar en ella.

Pero Vellido Dolfos estaba aterrado y el terror le perdió.

No se creyó seguro en la sinagoga.

El gran rabí tenia tambien miedo.

Disfrazó á Vellido Dolfos con las vestiduras de uno de los rabis inferiores, y con este disfraz se aventuró á probar su salvacion.

No se impedia á los judíos la entrada ni la salida en la judería.

Los marcaban sobradamente su traje, y sobre todo la fisonomía de su raza y la especie de expresion abyecta que les daban el conocimiento de que estaban des-

preciados por los cristianos; y los malos tratamientos á que los cristianos los sujetaban.

Pero al salir de la sinagoga Vellido Dolfos, un viejo escudero de la servidumbre de uno de los nobles que se habian propuesto coger á Vellido reparó en este momento de vacilacion, de miedo.

Sospechó y se fué hácia él.

Vellido Dolfos, que iba atento, al ver al viejo soldado que se le iba encima de una manera decidida, perdió toda prudencia, ó más bien se creyó perdido y dió á correr.

El escudero se lanzó tras él dando voces.

—¡A ese,—decia,—detenedle, reconocedle!

El miedo daba alas á Vellido Dolfos.

Más fuerte que su perseguidor, logró ponerse fuera de su alcance y llevar mucha ventaja á los que, excitados por las voces del escudero, se habian puesto en su persecucion.

Pero habia ya tumulto.

Corrian ya muchos hombres tras él.

Las voces se multiplicaban.

La puerta de la judería era muy estrecha, una especie de postigo, y estaba guardado.

Vellido Dolfos, viéndose atajado, tiró de su espada, que llevaba oculta bajo el ropon que le encubria, y embistió con los de la guardia.

Esta agresion era una revelacion completa.

El que de tal manera evitaba ser detenido, no podia ser otro que Vellido Dolfos.

En vano fueron los prodigios de valor y de destreza que empleó Vellido.

Mató dos hombres y puso á otros dos fuera de com-

bate, lo que irritó extraordinariamente á los que sobre él cargaban.

Le desarmaron al fin.

Le rindieron.

Le sujetaron, y al descubrirle uno de los que allí estaban le reconoció y exclamó:

—Ese es el traidor, el rícidida, el infame Vellido Dolfos, el que ha traído el quebranto y el duelo sobre Zamora.

Sucedió á estas palabras un alarido de rabia.

Los gritos de ¡muera, muera!

—¡No, no! arrastrémosle,—gritó una voz terrible.

Instantáneamente, y sin sapersede donde, salió una cuerda, y Vellido Dolfos fué derribado y atado por los pies.

Y se añadió á la cuerda una soga para que pudiesen tirar otros hombres, y empezó ese arrastre bárbaro á que de tiempo inmemorial acudía el pueblo español para satisfacer sus grandes venganzas.

—¡A la tela, á la tela del duelo!—gritaron los que iban delante.

Y por las calles de piso áspero y accidentado llevaban arrastrando el miserable cuerpo, que se destrozaba contra las asperezas, sin perder, para que su tormento fuese más terrible, la vida.

Y persistía, á pesar de todo lo supremo, de lo insostenible del dolor, del acrecimiento de aquel mismo dolor, la razon completa en Vellido Dolfos.

Y su vida se le representaba entera, y le acusaba y le hacia sufrir una expiacion suprema.

Veia á su hermano ensangrentado á sus pies.

Veía caer desesperado y blasfemando al rey don Sancho IV, junto al postigo de Zamora.

Se le representaba todo lo horrible de sus impuros amores por su madre, y pasaba ante él entera, de una vez, toda aquella sombría historia de la maldición de su familia que le había referido Abacuc.

Y persistía aún la vida en aquel miserable, sin que bastasen á matarle lo despedazado de sus miembros, los terribles golpes que recibía en la cabeza y que, como si Dios lo hubiese permitido, no le desvanecían, no le privaban del sentimiento.

Al fin cundió la noticia de que el duelo no había tenido lugar, de que había llegado el rey don Alfonso, de que éste con doña Urraca y el Cid y gran número de caballeros estaba en el alcázar.

Cambiaron de dirección los arrastradores y hasta el alcázar llegaron, recorriendo un largo y nuevo trayecto con el miserable.

Ya sabemos lo que había acontecido.

Ya sabemos que Vellido Dolfos, ó mejor dicho su cadáver, entregado por el Cid á la multitud, había llegado á la incendiada y á la abandonada casa de Dolfos Vellido, y había arrojado el cadáver al incendio.

¿Quién era, pues, la mujer que al retirarse la multitud al toque de cubre-fuego, al quedar la plaza completamente abandonada, había entrado en ella por una sombría callejuela, había adelantado lenta y fatídica, y se había sentado cerca del incendio en una piedra, permaneciendo allí encubierta, siniestra é inmóvil con la mirada fija en el lugar donde había sido arrojado al fuego el cadáver del traidor.

No podía ser otra que Jesabeth.

Era Jesabeth en efecto.

Jesabeth moribunda, porque aunque su enfermedad no era del cuerpo, que habia en ella una gran vida física, la enfermedad de su alma, esto es, su desesperacion, su hastio de la vida, la tenian en una agonía moral.

Todo cuanto habia amado en el mundo, habia caido ante ella miserablemente.

Vellido Dolfos habia llevado á su casa la desgracia, la expiacion, y una expiacion horrenda á su familia.

Abacuc habia sido despedazado por las espadas de los nobles que habian ido á buscar á Vellido Dolfos y por los servidores de aquellos.

Ella habia oido mientras estaba arrojada, desesperada, sobre el sangriento caláver de su padre, el alarido de feroz alegría que habian lanzado los que reconociendo á Vellido Dolfos, se habian arrojado sobre él.

Ella se habia alzado de sobre el cadáver de su padre y habia escuchado atentamente.

Habia salido envuelta en su ropón, echado sobre el semblante la capucha.

Habia visto que la casa del Misterio, á la que se habia puesto fuego, ardía completamente.

Se habia lanzado.

Habia salido á la ciudad.

Habia alcanzado á las masas delante de las cuales iban los que arrastraban á Vellido.

Aquellas masas aumentaban rápidamente á medida que el arrastre se prolongaba en el interior de la ciudad.

Jesabeth corria con la multitud de una manera nerviosa, inconsciente, extraviada, adormecida, silencio-

sa, aterrada, y sus piés pisaban con mucha frecuencia los rastros sangrientos que iba dejando tras sí Vellido Dolfos.

Parecia como si el miserable, arrastrado por un poder sobrenatural, la hubiese llevado tras sí de una manera inconsciente, en que ninguna parte tenian sus sentimientos ni su voluntad.

Jesabeth, por lo violentísimo de su dolor, por lo terriblemente horrible de su situacion, habia dejado de sentir.

La alentaba, la mantenía de pié, la permitia correr con aquella turba furiosa, una fuerza poderosamente material.

Estuvo en la plaza inmóvil, perdida entre la multitud, aniquilada en el espíritu, sin darse cuenta de lo que acontecia, como hemos dicho, moralmente muerta.

Y allí estuvo hasta que el cadáver fué entregado de nuevo á los arrastradores.

Y cuando éstos emprendieron de nuevo su terrible carrera, el mismo poder extraño que sobre ella influia la llevó tras el cadáver, la hizo correr hasta la plaza, en la cual se detuvo la multitud furiosa.

Ella de nada se apercibia, de nada podia apercibirse, puesto que habia muerto en ella la razon, que es la vida, el alma.

A medida que la multitud se iba dispersando por una parte, saliendo de la plaza, los restos se iban acercando al incendio, desapareciendo á la vez.

Al fin, Jesabeth, cuando la plaza estuvo desierta, avanzó lentamente.

Ella no se habia apercibido, porque de nada podia

apercibirse, de que el cadáver había sido arrojado a incendio.

Sin embargo, con aquel poder misterioso que la arrastraba, Jesabeth había llegado hasta ponerse delante del lugar donde al incendio había sido arrojado el cadáver, donde las llamas lo habían consumido.

Quedaba cerca de la piedra, donde Jesabeth se había sentado, el extremo de la soga, unido á la cuerda que se había atado á los piés de Vellido Dolfos.

El fuego había corrido á lo largo de la cuerda lentamente y se había extinguido en el nudo que había unido á la cuerda con la soga.

Tampoco reparaba en este indicio terrible Jesabeth, y sin embargo, su mirada extraviada, fria, terrible, se fijaba en el punto del fuego en donde se consumían los últimos restos de los huesos de Vellido Dolfos.

Cuando la última partícula de aquel cuerpo maldito se hubo consumido, Jesabeth, como si le hubiera caído una fatalidad, se alzó y permaneció rígida é inmóvil durante algunos segundos.

Entonces, como suele suceder en la mayoría de los locos, volvió á esclarecerse en ella la razon de una manera lúcida, poderosa.

Todo se presentó á su alma de una manera precisa, determinada.

Reparó en el resto de soga en cuyo extremo tenía puestos los piés, y no necesitó otra explicacion.

Vellido Dolfos había sido arrojado al fuego.

Jesabeth alzó los ojos al cielo y exclamó:

—Gracias, Dios mio, tú nos has hecho apurar el martirio; tú has tolerado hasta mí el hombre que de-

bia ser mi destino, que debía ponerme á prueba. Yo he amado con toda mi alma á ese hombre, á pesar de que le reconocia miserable é infame.

El arcángel de la tentacion ha batido perfectamente sobre mi cabeza sus alas emponzoñadas durante tres años.

He apurado una larga agonía y te he cumplido mi promesa, Señor Dios de Israel y de Jacob.

Habia aceptado el martirio por la redencion de mi familia.

Yo he querido que la maldicion que tú habias echado sobre ella, no continuase en una descendencia miserable.

Yo he recorrido sin vacilar la terrible senda del martirio de mi alma y he llegado á su fin.

Ahora tú, Señor, Jehová omnipotente, cumple en mí tu altísima voluntad.

Despues de esta oracion, de esta amarga y dolorosa manifestacion de su alma, Jesabeth se sintió como consolada.

Parecia como que un espíritu inmenso llenaba su sér y le fortalecia.

Se sintió curada de improviso de aquel su amor de maldicion.

Parecia como que el sortilegio habia cesado con la muerte de Vellido Dolfos.

Se pasó la mano por la frente y exhaló un largo gemido de consuelo.

Aspiró como por un sentimiento misterioso el perdón de Dios.

Ella habia sido acogida por el Señor, y el Señor la volvia la paz de su alma de una manera milagrosa.

Recordaba el cadáver de su padre, y si bien se estremecía de dolor, su corazón de hija, su conciencia reconocía que la muerte de Abacuc había sido justa.

Abacuc había cometido durante toda su vida el horror.

Abacuc había sido una fiera humana.

Abacuc no había tenido amor, ni dulzura más que para ella y para lo que ella había amado.

Abacuc había perecido en su desastrada suerte.

Jesabeth veía de una manera clara y distinta la mano de la Providencia.

Su espíritu se había purificado.

La voluntad de Dios lo había fortalecido.

Se abatió la capucha.

Se pasó las manos sobre su semblante sudoroso.

Se arrodilló y oró á Dios por el alma de su padre, por el alma de Vellido Dolfos, por el alma del rey don Sancho, asesinado por Vellido.

Y así pasó toda la noche, rezando y llorando.

Sonó al fin el toque de leva.

Los guardas de la ciudad abrieron las barreras y quitaron las cadenas que cerraban las calles.

Las puertas de la ciudad se franquearon.

En aquella hora la casa de Dolfos Vellido era un montón de enormes brasas que en unas partes humeaba, en otras aparecían con la última vida del incendio.

Son horribles la intensidad y la voracidad del fuego.

Jesabeth se caló de nuevo la capucha.

Recogió la soga siniestra.

La arrolló y la guardó bajo su repon.

Luego, y ántes de que ninguna persona apareciese en la plaza, que era muy temprano aún, y aun duraba el crepúsculo, se encaminó lentamente á la judería y entró en ella.

Capítulo XV

En que termina la leyenda de la familia maldita.

Cuando Jesabeth llegó á la plaza de la judería, vió que de la casa del Misterio no quedaba otra cosa que un monton de brasas inflamadas.

Otro monton semejante era su pequeña casa.

¿Qué se habia hecho del cadáver de su padre?

Jesabeth preguntó al primero que encontró al paso, y aquel, al oír su voz, al reconocerla, huyó espantado, como si se hubiese creído amagado por una inmensa desgracia.

Jesabeth se encaminó á la sinagoga, y se encontró en ella al gran rabí que habia pasado toda la noche en oracion y que oraba aún.

El no se aterró al reconocer á Jesabeth por sí mismo; pero se aterró por ella.

—Huye, hija mia.—dijo,—huye, ocúltate; yo no me atrevo á tenerte aquí, en la sinagoga; podria descu-

brierte la indignacion de nuestros hermanos; ellos están horrorizados de tí y de todo lo que te ha pertenecido, porque dicen que vosotros habeis traído la desgracia sobre nuestros hermanos amando y amparando á un miserable tal como Vellido Dolfos.

—Dejad, padre, que hagan lo que quisieren,—dijo Jesabeth,—que no harán más que lo que les permite hacer la voluntad de Dios. Yo estoy resignada, tranquila; yo reconozco la hora de la justicia de Dios sobre nosotros; yo pasaré lo que me quede de vida en la oracion, en la penitencia, en las buenas obras para que Dios me perdone y tenga misericordia de las almas de los míos que han perecido. Estad tranquilo respecto á mí, señor, pero hacedme una merced. El incendio de la casa del Misterio no puede haber llegado hasta su cripta. En ella hay enterrados un inmenso tesoro, parte de él es fruto del crimen, la otra parte la forman las riquisimas alhajas de mis abuelos. Yo quiero emplear ese inmenso tesoro en la caridad. Yo, allá en el fondo del negro valle donde duermen los muertos, voy á edificar un hospital de leprosos que yo misma cuidaré.

—Pero la lepra es una enfermedad contagiosa, hija mia,—exclamó estremeciéndose el rabí.

—Si Dios no lo quiere,—contestó Jesabeth,—la lepra no me contagiará.

—Que se cumpla la voluntad del Señor,—exclamó el anciano rabí poniendo sus dos manos trémulas sobre la hermosa cabeza de Jesabeth y bendiciéndola.

Luego la dijo:

—Sigueme.

Y bajó con ella á la cripta de la sinagoga.

Llegó el gran rabí á un humilde ángulo.

Tocó su resorte.

Se abrió una puerta secreta.

Apareció una mina.

La reconocieron.

Llegaron á otra puerta secreta que el gran rabí abrió, y se encontraron en la cripta de la casa del Misterio.

En efecto; allí no habia entrado el incendio, no habia podido entrar.

Era un ancho espacio, cuadrado, de gruesos muros, con una bóveda chata, sostenida por cuatro gruesos pilares.

Ni aun el humo habia entrado allí.

La puerta secreta que comunicaba con la parte superior habia impedido el paso del humo.

Gran número de tumbas se veian junto á los muros de la cripta: las tumbas de los ascendientes malditos de Jesabeth.

Entre dos tumbas, en sus ángulos, habia una fuerte arca de hierro.

Aquella arca estaba cerrada.

Las llaves de sus tres cerraduras se habian perdido.

Las tenia siempre consigo Abacuc.

Abacuc habia sido arrojado, habia perecido, ó mejor habia sido consumido por el incendio que habia devorado su casa.

—Es necesario forzar esta arca, —dijo Jesabeth, —en ella se encierra el consuelo de muchas desdichas.

El anciano rabí salió.

Jesabeth se sentó sobre una de las tumbas inmediatas al arca.

Era la de su abuela Jael.

Allí permaneció inmóvil, sumida en lo solemne de su situación, aferrándose en su resolución suprema hasta que volvió el anciano rabí.

Traía un martillo y un instrumento de acero parecido á un cortafrio.

El anciano era débil.

Pero en cambio Jesabeth era excesivamente vigorosa.

Tomó las herramientas, y con algunos golpes forzó las aldabillas que, afianzadas por dentro, cerraban el arca.

Alzó las tapas y apercibieron multitud de sacos de cuero.

Cada uno de aquellos sacos contenían mil doblas de oro cendrado.

Había además un cofrecillo, cuya tapa forzó también Jesabeth.

Estaba lleno de collares, de brazaletes, de diademas, de arracadas, de arracadas, de cintillos, todo de riquísima pedrería.

—Vos dareis á nuestros hermanos joyeros,—dijo Jesabeth,—estas alahajas para que las reduzcan á dinero.

La mirada de Jesabeth se fijó en una de aquellas alhajas que aparecía sobre las otras y brillaba de una manera siuglar.

Era una cruz de oro literalmente encubierta de gruesos y riquísimos diamantes.

Pendía de un collar de gruesas perlas.

Jesabeth fijó una mirada ansiosa en la cruz.

—¡Ah!—exclamó,—el signo del martirio de aquel Jesús, de aquel profeta en quien nosotros no reconocemos al Mesías. ¿Estais seguro, padre, de que Jesús no era verdaderamente el Mesías, el Verbo encarnado, el Hijo de Dios?

El rabí miró con espanto á Jesabeth.

—Tú estás loca, hija mia,—exclamó,—te extravía el dolor, tú blasfemas.

—¿No os parece, padre,—exclamó Jesabeth,—que esa cruz brilla con más fuerza que otros diamantes y que en su brillo luminoso hay algo que parece de color de sangre?

—Tú estás loca,—repitió el gran rabí.

—¡Ah!—exclamó Jesabeth tomando el collar del cual pendia la cruz y prendiéndosele á la garganta,—yo conservaré siempre sobre mí esta cruz; á lo ménos ella me recordará el gran Mártir de la caridad, sacrificado ciegameamente por nuestros ascendientes. ¿No me habeis dicho muchas veces, padre: Jesús no es un Dios, pero era el espíritu de la bondad, de la virtud y de la caridad? ¿No me habeis dicho que nuestros ascendientes cometieron un horrible crimen al pedir su crucificacion? ¿No tenemos ante los ojos la terrible leyenda del judío errante, de aquel cruel zapatero que cuando Jesús se detuvo agobiado por la cruz y le pidió agua para humedecer sus fauces abrasadas, le dijo:—¿Anda, anda? ¿No dice la leyenda, leyenda en que todos creemos, que despues de la muerte de Jesús aquel hombre impío y cruel se puso en marcha abrasado de hambre y de sed, y que anda, anda y andará eternamente sin encontrar la muerte, ni nada que calme su sed, ni su hambre? No, no; esta cruz me acompañará siempre.

—¡Ah! Tú ofenderás al Señor fuerte, al Señor único, al Dios de Moisés, de Israel, de Jacob y de Abraham; tú apóstata eres; tú estás todavía dentro de la maldición de tu familia. Y bien, yo no te denunciaré á la cólera de tus hermanos; yo rogaré por ti á Dios; yo te ayudaré para que ejercites tus obras de caridad.

Y el anciano salió con Jesabeth de la cripta.

Jesabeth llevaba consigo uno de aquellos sacos de cuero que contenían mil doblas.

El anciano rabí llevaba algunas riquísimas alhajas para reducirlas á dinero.

Tanto habia sufrido Jesabeth desde hacia muchas horas, y de una manera tan aguda, que cuando llegó á la sinagoga se agotaron al fin sus fuerzas.

El rabí y su familia acudieron á ella.

La pusieron en un lecho y la tuvieron secretamente en la sinagoga cuidándola.

El gran rabí era un gran médico.

Durante algunos días una terrible fiebre nerviosa mantuvo en un estado de insensatez y de gran peligro á Jesabeth.

Al fin la fiebre fué cediendo, y Jesabeth pudo dejar el lecho.

El anciano faqui habia explorado, respecto á ella, las intenciones de los habitantes de la judería.

Estos se habian calmado.

Estos habian reconocido la virtud y la bondad de la jóven, y la habian considerado inocente de lo que habia acontecido.

Abacuc, el miserable que habia amparado al traidor, habia muerto herido por la mano de Dios.

El gran rabí tuvo la seguridad de que Jesabeth por-

dia presentarse en público en la judería, segura de que más bien podía ser honrada que vilipendiada.

De todos modos, la jóven, tranquila con la confianza que la daba su fé en el Sér Supremo, se habia presentado sin miedo, resignada á todo lo que pudiera sobrevenirle.

Jesabeth se presentó con sus luengas ropas de luto.

Les costó á todos trabajo reconocerla.

Aparecia demacrada y pálida de una manera tal que parecia no debia recobrar la hechicera é incitante turgencia de sus formas, ni su hermosísimo color.

En sus negros cabellos aparecian multitud de canas, á pesar de que apenas habia cumplido sus diez y ocho años.

Pero su belleza se habia espiritualizado y aparecia más hermosa que nunca.

Los jóvenes más ricos y de mejor alcurnia de la judería, los que antes la habian ambicionado, la ambicionaron con más fuerza aún y la propusieron á porfia cada cual su casamiento con ella.

Pero ella respondió á todos dulcemente:

—Dios me manda que viva en la soledad y en la penitencia consolando á los pobres y á los enfermos; yo soy inmensamente rica; yo emplearé mis tesoros en la caridad.

Jesabeth llamó á su alerife.

Le llevó al valle de los muertos.

Eligió un terreno en la cumbre definida de una colina, y le dijo:

—Aquí construireis de una parte un grande hospital, de la otra parte una estensa hospedería; entre el hospital y la hospedería quedará una huerta de gran

extension; en medio de esa huerta, y en lo más alto de la colina, construireis un pequeño, rústico y humilde albergue donde yo viviré; vos hareis que la puerta de ese albergue mire al cementerio. Quiero ver desde mi retiro la tumba de mi madre.

El alarife dió sus trazas, y muy pronto la colonia de la caridad, como dieron en llamarle los que tuvieron noticia de la determinacion de Jesabeth, se pobló de trabajadores.

La obra fué grande y magnífica en el hospital y la hospedería, humilde y pobre en el albergue destinado á Jesabeth.

Tres años duró la construccion de la hospedería y del hospital y de los fuertes muros que cerraban la puerta.

Se construyó además en el ángulo Norte una fuerte torre con matacanes para que en ella existiesen veinte hombres bravos á sueldo, con su alcaide, que defendiesen el hospital y la hospedería de salteadores.

Pero si en todas estas obras gruesas se invertieron tres años, en un solo dia se construyó la barraca en que debia habitar Jesabeth.

Jesabeth hizo construir además otra gran barraca cómoda para los enfermos, y espidió por todas partes hombres recogiendo leprosos á quienes nadie queria admitir.

Jesabeth empezaba su obra de caridad.

Durante el dia animaba á los trabajadores para que la obra avanzase, y acudia á sus enfermos, y por la noche que pasaba en vela, sin tomar más que algunas horas de descanso, acogia á los pobres que habiendo

llegado tarde á Zamora, habian encontrado las puertas cerradas, y los servia.

Al fin estuvieron terminadas las obras.

Pero Jesabeth no destruyó las barracas provisionales.

Todo era poco para su caridad, para su hospitalidad.

Los árboles habian crecido en la huerta, que aparecia rica y frondosa.

Un profundo pozo la daba agua bastante.

La parte donde los leprosos podian solazarse, estaba destinada á la otra parte destinada á los huéspedes.

En ambas partes se dejaba ver continuamente Jesabeth, caritativa para los unos, afable para los otros.

Tan grandes eran sus tesoros, y de tal manera bajos los precios de todo en relacion con nuestros dias, que apenas si las magníficas construcciones que Jesabeth habia llevado á cabo habian hecho mella en ellos.

Con el resto Jesabeth adquirió extensos dominios cuyas pingües rentas sobraban excesivamente para el sostenimiento del hospital y de la hospedería.

Nos hemos avanzado tres ó cuatro años de la fecha de nuestro relato general para concluir de una vez con el episodio que contiene la historia de la maldicion de la familia de Vellido Dolfos.

Una noche de tormenta, una noche terrible, en el momento en que dejaban sentir los elementos un frio excesivo, Jesabeth, que velaba y oraba como de costumbre, vió de improviso ante sí un leproso informe, cuyas úlceras le cubrian de tal manera que le quitaban toda forma humana.

Era además pestilente de una manera insoportable. Su lepra parecía de las más contagiosas.

Pero sus ojos eran celestes, grandes, magníficos, fieros, iluminados por una luz misteriosa, y se fijaban de una manera amante, pero con una gran fiereza, en Jesabeth.

¿Por dónde había llegado allí aquel leproso?

¿Cómo había salvado el alto muro?

¿Cómo había penetrado en la torre cuya puerta estaba cerrada?

¿Era un sér real ó una vision producida por la exaltada fantasía de Jesabeth?

Pero si era una vision, ¿de dónde procedia la pestilencia insoportable que llenaba la barraca?

Jesabeth se levantó y acudió á sus frascos de bálsamos aromáticos, refrescantes, consoladores, despues de dar el saludo de paz á aquel que podia llamarse un aparecido.

Luego se acercó á él.

—No me toques, no me toques,—exclamó con una voz dulcísima el leproso,—mira que te contagiarás y te abrasará el fuego que á mí me devora.

—El Crucificado,—contestó Jesabeth,—el hombre de la paz, del amor, de la caridad, el mártir del Calvario me amparará. Y si no me ampara, que se cumpla la voluntad de Dios. Yo no he de dejar de verter sobre tí el bálsamo de consuelo.

—La fé de tu corazon te salva,—dijo el leproso.

Y Jesabeth sintió algo inefable.

Cesó la pestilencia.

Un deliquio inmenso se apoderó, llenó todo el sér de la jóven, que perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí había amanecido.

Tenia aún entre sus manos la vasija que contenía el bálsamo.

La quedaba el recuerdo vivo de aquel suceso.

¿Había sido un hecho real, una vision ó un delirio de la exaltada fantasía de la jóven?

La leyenda dice que fué un milagro, y lo dicen con todo el candor las creencias de la Edad Media.

Y aun afirma que el leproso era Jesucristo en persona.

Una leyenda semejante se cuenta del Cid.

Y tambien se dice que el leproso á quien dió la mano desnuda para sacarle del tremedal era Jesus.

Nosotros creemos que Jesabeth soñó: que Dios no necesita personificarse de tal manera para llevar á cabo los designios de su providencia.

Pero Jesabeth tuvo aquella vision por un hecho efectivo.

Se sintió abrasada por el amor de Dios.

El collar y la cruz que ceñía su garganta, que caía sobre su seno, la hacia experimentar una sensacion purísima.

Se convirtió al Cristianismo.

Reconoció la Trinidad de Dios, el Dios Hijo, el Dios amor, ó lo que es lo mismo, el Dios Espiritu-Santo, el eterno misterio que existe en todo lo citado, la Trinidad, reconocida por la judía en los más remotos tiempos de nuestra historia.

Trasfigurada y feliz, dilatada el alma, bienaventurada su vida, salió, atravesó el valle, oró por su madre al Dios de la Cruz al pasar por la puerta del cementerio, oró por todos aquellos desgraciados relacio-

nados con su historia, y se encaminó á Zamora.

Pero no entró en ella por la puerta de la judería, sino por la de los Leones.

Y rápida, anhelante, se fué al palacio del obispo, se arrojó á sus piés, le reveló la vision que habia tenido y el obispo declaró el milagro.

Acogió á Jesabeth.

Comisionó á dos graves padres franciscanos para que la instruyesen en los misterios del Catolicismo.

La fama de aquel milagro cundió.

Conocieron la virtud y la caridad de Jesabeth, y cuando se bautizó, el rey y la reina enviaron dos de sus ricos hombres, que con sus esposas, debian representar á los reyes como padrinos.

Jesabeth pidió la merced de que se la dejase fundar un convento.

Otorgólo el rey.

Vino brevemente la bula del Papa.

Consagró el obispo la hospederia.

Se habilitó un templo provisional mientras se construia el que debia permanecer, y Alfonso VI no anduvo escaso en mercedes para el convento de monjas hospitalarias de Nuestra Señora del Milagro.

María del Milagro se habia puesto por nombre al bautizarla á Jesabeth.

El Papa puso bajo la prelación de la Orden hospitalaria de caballeros de San Juan de Jerusalem el convento, y Jesabeth fué creada canonessa y comendadora de la Orden de San Juan de Jerusalem, con todos los derechos, privilegios y exenciones que la correspondian por aquella investidura, y que debian pasar á las preladas que la sucediesen despues de su muerte.

Se añadieron muros y torres almenadas, y al fin la Orden de San Juan de Jerusalem tuvo en Nuestra Señora del Milagro una fortaleza inexpugnable tal, sujeta á la prelada pero con gentes de armas y alcáide para la defensa.

Así, por motivo semejante, se crearon muchas de las encomiendas de las Ordenes militares.

Todo nacia de la fé de un milagro, una vision.

Y con mucha frecuencia, al rededor de estos establecimientos piadosos, se alzaba una poblacion que crecia hasta hacerse importante.

Pudiéramos citar muchas de estas; la leyenda de cuyo origen, leyenda romántica y sentida, rebosando de pasion, de heroismo y de fé, entretendria gratisimo á nuestros lectores.

María del Milagro, Jesabeth, no se enorgulleció por la autoridad, los privilegios y las exenciones que le habian concedido el Papa y el rey.

Las enormes rentas que ella habia creado con los tesoros del crimen, impulsado por la avaricia, mantenian sobradamente su castillo, su convento, su hospital, y quedaba un gran sobrante para invertirlo en obras piadosas.

María del Milagro continuaba viviendo en la parte más alta de la colina, en el centro de la huerta, en su humilde barraca, y á pesar de lo frugal de su alimento y de sus continuas penitencias. aunque demacrada y pálida, conservaba una belleza extraordinaria.

Solo el obispo la confesaba, que se la tenia en olor de santidad, y frecuentemente Jesabeth le revelaba al obispo que se habia repetido la vision.

El divino leproso se la habia aparecido durante la noche y la habia fortalecido.

Al fin de tal manera extremó su celo para con los leprosos María del Milagro que la acometió la lepra, una lepra horrible, que la abrasabasa y la sujetaba á tormentos continuos é insoportables.

Esto era lo más natural del mundo.

Tan ardiente habia sido su caridad para con los leprosos, que al fin se habia inoculado.

Entonces se aisló.

No permitió que nadie se acercase á ella.

Logró en fuerza de ruegos y lágrimas se estableciese una valla al rededor de su barraca, porque decia:

—Mi lepra es la más contagiosa de todas las lepras, la más terrible.

Se la dejaba el alimento junto á la puerta de la valla, en el suelo.

Y esto de ocho á ocho dias.

Y ella lo recogia.

Pero lo que era admirable, sobre todo, lo que á todos asombraba, lo que hacia que todos la amasen, la venerasen y la tuviesen por santa, era su angelical resignacion á los tormentos á que se veia sujeta.

Habian pasado doce años desde la fundacion del convento.

Apenas si María del Milagro contaba treinta y cuatro años.

Un dia vieron que María del Milagro no acudia á recoger sus provisiones.

Entraron y la encontraron muerta.

Dice la leyenda, que al verla, encontraron que la lepra habia desaparecido completamente; que la her-

moñura del cadáver llegaba hasta lo sobrenatural, hasta lo angelical; que se aspiraba una fresca y deliciosa ambrosía.

La leyenda no puede decir otra cosa para ser lógica.

Esto es, el milagro llevado á su último límite.

La beatificación de hecho manifestada por Dios en la santa.

Añade la crónica que á la muerte de María del Milagro curaron todos los leprosos que en el hospital habia, lo que era proseguir el milagro; que sucedieron portentos; que el cadáver de María del Milagro, que parecia más que muerta, dormida, se mantuvo fresco é incorrupto, y que encerrado en una urna de cristal se mostraba á la gente piadosa como una preciosa reliquia.

Respetemos la exageracion de la fé de nuestros mayores.

Ella produjo grandes cosas.

Ella ha dado por resultado nuestro gran carácter nacional.

De los demás personajes de esta leyenda, despues de que huyeron de Zamora, no hemos encontrado noticia alguna.

Sin duda el cronista, encariñado con Jesabeth, los olvidó.

En cuanto al castillo, el convento y la hospedería de Nuestra Señora del Milagro; el tiempo, que todo lo devora, los ha arrasado de sobre la paz de la calma en que un dia existieron.

Para encontrar su fundamento seria necesario hacer excavaciones al rededor de Zamora, como á tres li-

ros de ballesta ó tiro de fusil moderno, hácia la parte Norte de la ciudad, segun que nosotros hemos podido barruntar.

En cuanto á nosotros, no respondemos de la veracidad absoluta de esta leyenda.

Dejamos toda la responsabilidad al autor anónimo del viejo manuscrito en pergamino de que nos hemos valido, y que está á la disposicion de quien quiera venir á examinarlo.

Este fué un hallazgo que hicimos hace más de veinticinco años en una prenderia de Granada, y á él tal vez se debe nuestro drama *Cid Rodrigo de Vivar* y la presente leyenda.

Capítulo XVI

En que se habla de algunas cosas importantes, como carácter referentes al pueblo de Castilla de aquellos tiempos.

Volvamos á nuestra leyenda del Cid.

Zamora habia quedado de todo punto exculpada.

El asesinato de don Sancho II habia quedado reducido á la esfera de los crímenes particulares.

Vellido Dolfos habia obrado por sí mismo sin contar con nadie, y habia espiado su crimen de una manera horrible.

Zamora, así como las otras provincias castellanas que habian sido separadas del reino por el testamento más de padre que de rey del buen don Fernando I, habia sido incorporada de nuevo á la corona con gran satisfaccion de los zamoranos, que se sentian mucho más fuertes formando parte del gran conjunto nacional.

Es necesario conocer la organizacion de la Edad

Media para comprender que á las localidades las convenia mucho más el dominio del rey que el de los grandes señores feudatarios del rey.

Tenian más fueros, más libertades, más independencia, aunque esto fuera una paradoja.

Y por lo mismo, cuanto más extensos eran los dominios del señor, más el señor les convenia, más eficaces eran sus fueros y sus libertades, más independiente y más fuerte el municipio.

Nuestra pátria, creemos haberlo dicho repetidas veces, basa su gran carácter en el sistema municipal.

De aquí la gran potencia de sus libertades públicas.

El estado llano, aunque á veces no lo haya parecido, ha sido siempre el brazo prepotente de la corte.

Las ciudades y las villas de voto en Córtes contrabalanceaban la influencia y el poder del brazo noble y del brazo eclesiástico, y ponian á raya el poder real.

Nosotros tenemos, pues, enormes libertades, profundamente arraigadas.

Está en nuestro temperamento, en nuestra humanacion, en la composicion de nuestra sangre.

El héroe del libro que estamos escribiendo fué una prueba de ello.

El noble de solar, infanzon de nobleza, representaba, sin embargo, á la gran masa popular.

No era esto porque habia nacido tan noble que podia hombrearse con los reyes.

Era que él reasumia todas las grandezas, todas las pequenezes, todas las fuerzas, todas las debilidades, el espíritu entero del pueblo castellano.

Era que sin quererle, y como por una predestina-

cion, él había llegado á hacerse el ídolo de Castilla.

El ser simpático á todos y á cada uno de los castellanos, la justicia que es la libertad, la gloria que es la soberbia, el carácter inquieto y predominante, que es la independencia.

Decir Cid, es decir Castilla.

Y cuando un hombre representa el carácter completo de un pueblo, este hombre es el jefe, el rey, el dictador, el prohombre.

Así era que los reyes aborrecían al Cid y le sufrían mal.

Porque el Cid era la poderosa mano, el empuje indómito, la tenacidad misma reunida, la soberbia jamás dominada del pueblo castellano.

A él se volvían todas las miradas.

En él estaban todas las aspiraciones.

En él se sustentaban todas las esperanzas.

Si á la muerte del rey don Sancho II, y en otras mil ocasiones y siempre, el Cid hubiera querido, hubiera podido ponerse la corona de Castilla.

Y con Castilla, mandada por él, hubiera ceñido todas las coronas de España.

Y al refundir en una aquellas coronas, hubiera hecho de España el pueblo-rey.

De aquí, de la conciencia de la gente, de un pueblo de que esto es cierto, el instinto de las generaciones que se sucedieron, y en las cuales se infiltró la leyenda de su vida, el Cid sea aun en nuestros días el mito, la idea, la cosa, que representa de una manera resplandeciente nuestra soberbia nacional.

Obsérvese bien.

Héroes y de un talla inmensa hay en nuestra historia.

Los Alfonsos, sino todos, gran parte de ellos; San Fernando, don Jaime el Conquistador, Pedro el Grande de Aragón, Pedro I el del puñal, Fernando V, Isabel a Católica, Fernando de Córdoba, la pléyade de grandes hombres que rodearon el trono de los Reyes Católicos, todos ellos son una constelacion, por decirlo así, de gloria.

Pero esta constelacion empalidece cuando se nombra al Cid.

El Cid es la gran cosa.

El Cid es la epopeya.

El Cid es lo inmenso.

El gran don Jaime se queda chico cuando se le mide con el Cid.

¿Y qué es esto?

No era que el Cid era más bravo, ni más conquistador, ni más político que cualquiera de los héroes de nuestra luciente historia de la Edad Media.

Era que el Cid era puro, desinteresado, leal, justo, un modelo, en fin, del caballero cristiano, una pléyade de valor y de virtudes, un mito, en fin, representante de las grandezas y del carácter de todo un pueblo representado en un ser viviente.

Los actos del Cid todos juntos y cada uno de por sí, forman lo que pudiera llamarse una especie de evangelio político popular.

Es el héroe sin miedo y sin tacha.

Por eso era adorado en su tiempo.

La gloria de su nombre ha llegado resplandeciente

á nosotros y vivirá mientras viva la independencia española.

Y aun en la abyección, si á tal desgracia Dios quisiera conducirnos, resonaría como un eco doloroso el nombre del Cid.

¿Para qué quería el Cid una corona si él la tenía de hecho, mejor dicho, si ponía su planta sobre la corona de los reyes?

El levantando aquella corona de sus piés para ponerla sobre su cabeza, se hubiera empequeñecido.

Y no era así el Cid por soberbia ó por política; sino por temperamento, ya lo hemos dicho, por predestinación, lo cual hacía de él un estrañísimo vasallo que tenía por vasallos á reyes.

Y aquí del caso.

Así, pues, el Cid valía lo que valía, y su nombre vale hoy lo que vale, porque era la reunión del espíritu castellano; resulta que aunque el Cid ha muerto queda un Cid colectivo que hace de los reyes y de todo el que manda lo que el Cid de los reyes de su tiempo hizo.

El Cid era un rey de hecho, aunque un rey sin corona.

Ahora cada español, en la parte que puede, en la medida de sus fuerzas y de su importancia social, ya como un átomo, ya como una entidad mayor, es siempre una parte de soberanía, un rey sin corona, un déspota sin ejército, una rebeldía de derecho divino.

De lo que resulta que una redondilla que nosotros hemos hecho, y que no la citamos porque sea buena,

viene á ser una gran verdad tratándose de España:

Yo saco por justa ley
y por buena cuenta hallo,
que aquí no hay más que un vasallo
y ese vasallo es el rey.

Y esto no quiere decir que seamos demócratas recalcitrantes, ni que por esto haya de llamárenos republicanos, descamisados, ni blancos, ni negros, ni rojos, ni azules, sino que conocemos perfectamente el carácter de la noble tierra en que hemos tenido la dicha de nacer, y en su parte más bella por cierto.

No, esto no pertenece á ninguna opinion, á ninguna idea preconcebida.

Esto es conocer la verdad pura y neta.

De lo que se desprende que nosotros, por el mero hecho de ser españoles, y á más de españoles meridionales, sentimos en nuestra sangre una tal dosis de fuego, de independencia, de despotismo y de rebeldía ingénita á todo lo que pretende sobrepasarnos en media pulgada ó á igualarse á nuestra estatura, que no podemos ménos de conocer, con gran sentimiento, que somos un pedazo discolo de la gran soberanía nacional, como todos los otros grandes pedazos ni otros semejantes.

Y como este vicio ó esta virtud que en nosotros existe está en nuestra sangre y aun en el jugo del terreno que con sus frutos nos alimenta, de aquí que le llevamos las narices al rey más pintiparado que Dios haya podido criar.

Y que lo digan sino Felipe II y Cárlos V, á quienes

el múltiple rey España los tenia siempre rugiendo y dados al diablo.

De aquí que nosotros para sufrir á un rey necesitamos que ese rey sea un héroe ó una cosa inaudita, ó que tenga picardías bastantes para engañarnos, seducirnos, enmendarnos y sabernos tomar la cosa.

De lo que resulta que en España no se puede ser rey sin ser santo.

Porque un rey en España necesita todas las virtudes y toda la paciencia de un mártir.

Y dicho se está que si una hora y otra, un dia y otro dia, un año y otro año, sufre pacientemente el martirio sin estallar, cae de pié en el cielo.

Cuando la muerte acaba su martirio, y merece ser canonizado.

En España la revolucion es perpétua, formidable, terrible; revolucion por abstencion, no por explosion.

Estamos acostumbrados á esa oscilacion y no la sentimos; pero ella existe.

Ella lo derroca todo.

Ella fué la que sostuvo nuestros cien años de guerra contra los romanos hasta producir de hecho la emancipacion de este noble suelo.

Ella fué la que alimentó la gloriosa guerra de siete siglos cuando una raza. invasora primero, acabó por introducirse.

Ella ha sido la que despues del renacimiento nos ha traído á una libertad positiva de que no hay ejemplo en ningun pueblo del mundo.

Ella la que ha sacado á flota y de una manera visible nuestro terrible ejercicio de esa fuerza que se llama soberanía nacional.

Y ella será la que con el tiempo nos aporte á una constitucion fuerte, á una constitucion admirable, sin ejemplo en la historia, cuando la ciencia y la civilizacion, que son una misma cosa, nos hayan dado sus frutos maduros.

Tenemos la verdad, la grandeza, lo fecundo del sentimiento, y llegaremos, llegarán nuestros nietos y nos agradecerán el martirio que hemos sufrido para aportarles á una verdadera grandeza, á un verdadero bien estar, á una situacion digna.

El Cid era el más luciente de estos gérmenes que deben aprestar á España una situacion envidiable.

Como hemos visto, él lo dominaba todo y hacia buen uso del poder que en él habia puesto la Providencia.

Siempre inflexible. sin conocer otro vasallaje que el de la razon y el de la justicia, la gente de su tiempo le debia su libertad, independencia, su fuerza, su respetabilidad y su gloria.

Alfonso VI era otro Cid.

Pero le faltaba el carácter popular que el Cid tenia.

Se veia sujeto por la fatalidad, que llena el hueco de toda corona.

El Cid le hacia sentir involuntariamente sus rendijas.

Porque el Cid era todo el reino, mientras Alfonso VI no era más que el rey.

Porque el Cid representaba el principio de la soberania nacional, inconsciente entonces, pero entonces tal vez más en ejercicio que nunca, y no inspiraba recelos al reino en tanto que el reino lo recelaba todo del rey.

Alfonso VI, rey dos veces, porque además de haber nacido rey habia nacido casteliano, encontraba depresivo, injurioso, horrendo, monstruoso, el que se le exigiese juramento sobre si habia tenido ó no parte en la muerte de su hermano, y que se le dijere á sangre fria y con el acento de una gran autoridad: si jurais sereis rey; pero si no jurais, no.

Llevándose de su carácter Alfonso VI y de hombre á hombre, á pesar de su juventud, porque los leones son siempre leones, hubiera enviado á paseo al Cid en cuanto le hubiera exigido juramento, y se hubiera medido con él, porque al Cid no podia impunemente enviársele á paseo, y hubiera sido lo que Dios hubiera querido; porque de hombre á hombre, de caballero á caballero, la historia lo testifica, no va el valor de un maravedí de Alfonso VI al Cid.

Pero Alfonso VI no representaba más que al rey y el Cid representaba al reino.

No habia, pues, lucha posible.

Nadie es rey de su reino cuando el reino en cuestion no quiere recibirle por rey.

Y como Enrique IV dijo:—Paris bien vale una misa,—Alfonso VI dijo, por más que la cosa le irritase extraordinariamente:—Castilla bien vale un juramento.

Y bajó la cabeza y dijo que juraria.

Y dejó al Cid, resignado ya á todo, la fórmula y el ceremonial del juramento.

Conocia el Cid que Castilla no podia estar sin cabeza y que habia que llenar todas las formalidades, satisfacer las creencias, rendir un homenaje público á la justicia para que don Alfonso pudiese ser proclamado rey.

Harto sabia el Cid que don Alfonso estaba puro de toda pureza del crimen, del asesinato de su hermano.

Pero no le bastaba al Cid conocerlo.

Era necesario que lo creyesen todos.

Era necesario robustecer en su principio la autoridad real, porque un rey sin autoridad es un estorbo, un inconveniente, una perpétua causa de perturbacion.

Más lo que no se funda fuertemente en una autoridad bastante es un mando precavido, una concesion cuyo límite se toca á cada momento, una intensidad, un desgobierno, un no poder, hacer nada que sea útil y fecundo.

El principio de la autoridad legitima no puede dispensarse.

Sin él no hay sociedad posible.

Y esto queria el Cid.

Que el rey tuviese autoridad, que nadie pudiese cuestionar sobre la legitimidad de su imperio.

Y para esto era necesario cerrar todas las bocas, atajar todas las murmuraciones, hacer patente la absoluta inculpabilidad de Alfonso VI en la muerte de su hermano.

Hoy un juramento no serviria de nada.

Una sucesion de repugnantes perjurios, una revolucion en las ideas han hecho el juramento inútil; le han despojado de toda su autoridad, por decirlo así; le han privado de todo efecto.

Pero en los tiempos de que nos ocupamos, nadie creia hubiese nadie tan temerario que se atreviese á provocar la terrible justicia de Dios con un perjurio.

Por más que los casos de perjurios se hubiesen repetido, quedaba siempre la fé en Dios, la certidumbre

de que el perjuro era un réprobo que se atrevia á Dios.

Y esto se consideraba como un caso contado, como su accion particular.

Así es que el juramento hacia fé, establecia la confianza de la autoridad.

Y como urgia la proclamacion del rey; como era necesario que el rey cuanto antes tuviese toda la autoridad posible, apenas acabados los dramáticos sucesos de Zamora; retirada la infanta doña Urraca á una vida de soledad, de sufrimiento y de resignacion; puestas las cosas de Zamora en órden, el Cid determinó que el rey y la córte se trasiasasen á Búrgos.

Capítulo XVII

De cómo Alfonso VI tomó ojeriza al Cid, y por primer acto de su reinado le desterró de sus reinos.

De tal manera era violento y mal encubridor de lo que sentía el joven don Alfonso, que el Cid tenía la seguridad de que se iba creando, ó se iba creando en el rey para con él, un odio terrible.

Don Alfonso, como todos los reyes, y más que otros, estaba lleno de la conciencia de su derecho, y sufría mal toda cortapisa, toda oposicion:

El Cid se había convertido para él en un tirano.

No bastaba que se le hubiese exigido como una condicion imprescindible para ser rey el que jurase su no intervencion, ni aun con el deseo, en la muerte de su hermano, sino que se había constituido en un censor insoportable.

Don Alfonso, que había ido niño á Toledo y se había hecho nombre entre los moros, había contraído

ciertos hábitos musulmánicos que al Cid no le extrañaban, pero que sabia harto que podrian ser una contra para el rey.

Se habia acostumbrado al extraordinario lujo de los árabes.

No se sentia bien sino vestia sayos de oro y plata, calzas de riquísima seda, borceguíes bordados de aljofar, joyas riquísimas y deslumbrantes.

De todo lo cual habia traído su buen reparto, debido á la sagaz munificencia del viejo y político rey Almamun, á quien importaba mucho tener un buen amigo en el rey de Castilla, fronterizo de sus estados.

El reino estaba pobre, gastado por las guerras, y debia mirar muy mal y aun tomar como escandaloso aquel lujo del rey.

A más de esto don Alfonso era tan liberal (por esto sin duda le llamaron *el de la mano horadada*), que no habia gracia que se le pidiese que no la concediese.

Ni más ni ménos que como si no le hubiera sido posible decir *no* á nada.

Y de esto se prevalían los innumerables parásitos que formaban la gran masa de la corte.

No habia que pensar la montería que no fuese espléndida.

Y todo esto á pesar de estar la corte de luto por la muerte del rey don Sancho II.

Y habia otra cosa además que más que todas hacia que el Cid predicase constante y ágricamente al rey, y era la desenfrenada pasion que el rey don Alfonso sentia por la mujer, por toda mujer, porque le bastaba para que la codiciase la novedad.

Le habia rodeado en Toledo la poligamia.